



JUNICHIRO

TANIZAKI

La llave

Lectulandia

Brillante, elegante, oscuramente irónica, *La llave* es la historia de un matrimonio en declive, contada a través de dos diarios paralelos. Después de más de veinte años de matrimonio, un respetable profesor universitario en su cincuentena advierte que la relación con su bella esposa Ikuko se agota, y se ve incapaz de satisfacer sus necesidades más íntimas. Decide empezar un diario personal donde recoge sus deseos y fantasías con la intención de que ella lo lea, y reavivar así la pasión. Poco después, ella empieza también su propio diario. A través de la escritura, establecen un refinado y peligroso juego de erotismo, cargado de celos y tensión sexual, donde el voyeurismo y el exhibicionismo juegan un papel primordial.

**Lectulandia**

Jun'ichirô Tanizaki

# **La llave**

**ePub r1.0**

**jugaor** 18.07.15

Título original: (*Kagi*)  
Jun'ichirô Tanizaki, 1956  
Traducción: Keiko Takahashi y Jordi Fibla

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---





Este año me propongo escribir libremente sobre un tema del que hasta ahora no me había atrevido jamás a hacer ninguna mención en estas páginas. Siempre he evitado comentar mis relaciones sexuales con Ikuko, pues temo que ella pueda leer a hurtadillas mi diario y sentirse ofendida. Me atrevería a decir que sabe con precisión dónde lo guardo, pero he decidido no seguir preocupándome por ello. Desde luego, la rancia educación que recibió en Kioto le ha dejado un gran poso de moralidad chapada a la antigua, y la verdad es que más bien me enorgullezco de ello. Me parece improbable que se dedique a hojear los escritos íntimos de su marido. Sin embargo, no lo puedo descartar por completo. Si ahora, y por primera vez, mi diario se centra principalmente en nuestra vida sexual, ¿será ella capaz de resistirse a la tentación? Es una mujer sigilosa por naturaleza, amante de los secretos, que practica siempre la ocultación y finge no saber nada. Y lo peor del caso es que para ella todo eso no es más que pudor femenino. A pesar de que dispongo de varios lugares en los que esconder la llave del cajón cerrado donde guardo este cuaderno, es muy posible que una mujer como ella los haya registrado todos. Y, además, no le costaría nada hacerse con un duplicado de la llave.

Acabo de anotar que he decidido no preocuparme, pero tal vez haya dejado de hacerlo mucho tiempo atrás. Quizás en mi fuero interno haya aceptado que ella lo lea, e incluso haya confiado en que lo haga. En tal caso, ¿por qué cierro el cajón y escondo la llave? Tal vez sea para satisfacer esa necesidad que tiene ella de espiar. Por otro lado, si lo dejo donde es probable que lo encuentre, quizá crea que escribo pensando en que ella me va a leer y sea reacia a confiar en que digo la verdad. Incluso podría pensar que oculto el auténtico diario en alguna otra parte.

¡Ah, Ikuko, mi amada esposa! No sé si vas a leer estas páginas. Sería inútil que te lo preguntara, pues seguramente me responderías que tú no haces esas cosas. Pero en el supuesto de que lo hicieras, créeme, por favor, si te digo que lo anotado aquí no es ninguna invención, que cada palabra es sincera. No voy a insistir más, pues sólo conseguiría resultar más sospechoso. Que el propio diario sea testigo de la verdad que contiene.

No voy a limitarme, por descontado, a las cosas que a ella le gustaría leer. No debo evitar las cuestiones que serán desagradables, incluso dolorosas, para ella. El motivo de que me sienta obligado a escribir sobre esas cuestiones es la extremada reticencia de Ikuko, su «refinamiento», su «feminidad», su presunto pudor, todo cuanto hace que le avergüence hablar conmigo de cualquier cosa de naturaleza íntima, o que le impide escucharme en las infrecuentes ocasiones en que intento contarle alguna anécdota subida de tono. Incluso ahora, después de más de veinte años casados, con una hija ya lo bastante mayor para casarse, Ikuko está dispuesta a poco más que realizar la cópula en silencio. Jamás susurra palabras tiernas y

amorosas cuando yacemos abrazados. ¿Es eso propio de un verdadero matrimonio?

Me impulsa a escribir la frustración de no tener jamás la oportunidad de hablarle acerca de nuestros problemas sexuales. A partir de ahora, tanto si lee estas páginas como si no, supondré que lo hace y que le estoy hablando de una manera indirecta.

Ante todo, quiero dejar claro que la amo. Esto es algo que le he dicho no pocas veces, y creo que ella se percata de que es cierto. Pero mi vigor físico no está a la altura del suyo. Este año cumpliré cincuenta y seis (ella debe de tener ahora cuarenta y cinco), una edad en la que uno no está especialmente decrepito, pero de todos modos me fatigo con facilidad cuando hacemos el amor y una vez a la semana o cada diez días es suficiente para mí. Hablar con franqueza sobre este tema es lo que a ella más le desagrada, aunque lo cierto es que, a pesar de la debilidad de su corazón y de que su salud es más bien frágil en general, mi mujer se muestra anormalmente vigorosa en la cama.

Eso es lo único que rebasa mi comprensión, y no sé cómo tomármelo. No se me oculta que soy un marido inadecuado, y no obstante... Supongamos que ella tuviera una relación con otro hombre. (La mera sugerencia escandalizará a Ikuko y me acusará de llamarla inmoral, pero sólo estoy planteando un caso hipotético). Eso sería más de lo que yo podría soportar. Me basta imaginar semejante cosa para sentirme celoso. Pero lo cierto es que, por consideración a su salud, ¿no debería ella esforzarse un poco por reducir sus excesivos apetitos?

Lo que más me irrita es el declive constante de mi energía. Desde hace algún tiempo, el acto sexual me deja exhausto, y durante el resto de la jornada estoy demasiado cansado para pensar... Con todo, si me preguntara si me disgusta hacerlo contestaría que no, todo lo contrario. En modo alguno le respondo con desgana, y jamás el sentido del deber es un acicate de mi deseo. Para bien o para mal, la amo apasionadamente, y al decir esto he de hacer una revelación que ella juzgaría de repugnante. Debo decir que posee cierto don natural, del que es por completo inconsciente. De haber carecido yo de experiencia con muchas otras mujeres, tal vez no habría sabido reconocerlo, pero estoy acostumbrado a ese placer desde mi juventud, y sé que pocas mujeres tienen la adecuación física de mi esposa para el acto sexual. Si la hubieran vendido a uno de aquellos burdeles elegantes del viejo barrio de Shimabara, habría causado sensación, habría llegado a ser una gran celebridad y todos los libertinos de la ciudad se habrían arracimado en torno a ella. (Quizá no debería mencionar esto, pues, como mínimo, podría perjudicarme. Pero ¿cuál será su reacción cuando lo sepa? ¿Le agradará, se sentirá avergonzada o tal vez insultada? ¿No es probable que finja enojo cuando, en su fuero interno, se siente orgullosa?). Tan sólo pensar en ese don suyo provoca mis celos. Si, por casualidad, otro hombre lo supiera, y supiera también que soy un cónyuge indigno de ella, ¿qué sucedería?

Esta clase de pensamientos me trastornan, aumentan mi sentimiento de culpabilidad hacia ella, hasta que el remordimiento se vuelve intolerable. Entonces hago cuanto puedo por mostrarme más ardiente. Le pido que me bese los párpados,



por ejemplo, puesto que soy especialmente sensible al estímulo en ese lugar. Y, por mi parte, hago cualquier cosa que a ella parezca gustarle —besarle las axilas o lo que sea— a fin de estimularla y, de ese modo, excitarme todavía más. Pero ella no reacciona y opone una testaruda resistencia a esos «juegos antinaturales», como si estuvieran fuera de lugar en una relación sexual convencional. Por más que intente explicarle que esta clase de excitación preliminar no tiene nada de malo, ella se aferra a su «recato femenino» y se niega a ceder.

Por otro lado, Ikuko sabe que me inclino por cierto fetichismo de los pies y que admiro los suyos, tan extraordinariamente bien formados, hasta tal punto que nadie diría que son los de una mujer de mediana edad. Aun así, o precisamente a causa de ello, casi nunca me permite verlos. Ni siquiera en plena canícula se descalza. Si quiero besarle el empeine, exclama: «¡Qué asco!» o «¡No deberías tocar semejante parte!». En resumen, me resulta más difícil que nunca tratar con ella.

Que comience el nuevo año dejando constancia de mis quejas parece un tanto mezquino por mi parte, pero creo que es mejor poner estas cosas por escrito. Mañana será la «primera noche» del nuevo año, y sin duda ella querrá que seamos ortodoxos y sigamos la ancestral costumbre. Insistirá en la observación solemne del rito anual.

#### *4 de enero*



Hoy ha sucedido algo curioso. Últimamente tenía muy descuidado el estudio de mi marido y, esta tarde, cuando él había salido a dar un paseo, me dispuse a adecentarlo. Allí, en el suelo, delante de la estantería en la que yo había puesto un florero con narcisos, estaba la llave. Tal vez haya sido tan sólo un accidente, pero no puedo creer que se le haya caído por puro descuido. Eso habría sido muy impropio de él. Lleva un diario desde hace muchos años, y jamás había hecho nada parecido.

Por supuesto, hace largo tiempo que conozco la existencia del diario. Lo guarda en el cajón del escritorio y esconde la llave en algún lugar entre los libros o debajo de la alfombra. Pero eso es todo lo que sé, y no tengo interés en saber más. Jamás se me habría pasado por la cabeza abrir ese cuaderno. Pero lo que me duele es que él sea tan suspicaz. Al parecer, no se siente seguro si no se toma la molestia de encerrarlo y ocultar la llave.

En ese caso, ¿por qué habrá dejado la llave tan a la vista? ¿Acaso ha cambiado de idea y ahora quiere que lo lea? Tal vez comprende que, si me lo pidiera, yo me negaría a hacerlo, así que me está diciendo: «Puedes leerlo en privado: aquí está la llave». ¿Significa eso que cree que no la he encontrado? ¿O quizá lo que dice es que: «A partir de ahora reconozco que lo estás leyendo, pero seguiré fingiendo que no lo haces»?

En fin, no importa. Al margen de lo que él piense, jamás lo leeré. No tengo el



menor deseo de comprender su psicología más allá de los límites que yo misma me he fijado. No me gusta permitir que los demás sepan lo que pienso, y tampoco me interesa curiosear en lo que ellos piensan. Además, si él quiere mostrármelo, se me hace cuesta arriba creer que lo escrito sea cierto. Y tampoco creo que me resultara agradable leerlo.

Mi marido puede escribir y pensar lo que le plazca, y yo haré lo mismo. Este año doy comienzo a mi propio diario. Una mujer como yo, que no abre su corazón al prójimo, por lo menos tiene que hablar consigo misma. Pero no cometeré el error de dejarle sospechar lo que me propongo. He decidido esperar a que él salga de casa antes de ponerme a escribir, y ocultar el cuaderno en cierto lugar en el que mi marido jamás se le ocurrirá pensar. En realidad, uno de los atractivos que el diario tiene para mí es que, aunque sé exactamente dónde encontrar el suyo, él ni siquiera imaginará que también yo llevo un diario, y eso me proporciona una deliciosa sensación de superioridad.

Anoche tuvo lugar el primer acontecimiento del nuevo año... pero ¡cómo me avergüenza poner por escrito una cosa así! Mi difunto padre solía decirme: «La discreción ante todo». ¡Ah, si él supiera, cuánto lamentaría la manera en que me he degradado!... Como de costumbre, mi marido experimentó la culminación del placer y, como de costumbre, yo me quedé insatisfecha. Luego me sentí despreciable. Él siempre me pide disculpas por su insuficiencia, y no obstante me ataca porque soy fría. Lo que quiere decir al llamarme fría es que, según él, soy demasiado «convencional», estoy «inhibida» en exceso, en una palabra, soy demasiado aburrida. Al mismo tiempo, dice que soy muy activa en la faceta sexual, hasta un punto que es del todo anormal; sólo en ese aspecto no soy pasiva ni reservada. Pero se queja de que durante veinte años nunca he estado dispuesta a desviarme del mismo método, de la misma postura. Y, sin embargo, mis calladas insinuaciones jamás le pasan desapercibidas; es sensible a la menor indirecta, y sabe de inmediato lo que quiero. Tal vez ello se deba a que teme la excesiva frecuencia de mis solicitudes.

Mi marido me considera prosaica y poco romántica. «No me quieres ni la mitad de lo que yo te quiero», me dice. «Me consideras una necesidad, y defectuosa, por cierto. Si me amaras de veras, deberías ser más apasionada, deberías acceder a cualquier cosa que te pida». Según él, yo tengo en parte la culpa de que no pueda satisfacerme plenamente, pues si intentara excitarle un poco él no sería tan incapaz. Dice que no hago el menor esfuerzo por cooperar con él... que, por hambrienta que esté, lo único que hago es cruzarme tranquilamente de brazos y esperar a que me sirvan. Cree que soy una mujer insensible y rencorosa.

Supongo que mi marido no es irracional al pensar eso de mí, pero mis padres me educaron en la creencia de que una mujer debe ser reservada y modosa, y, ciertamente, jamás agresiva hacia el hombre. No es que yo carezca de pasión, sino que en una mujer de mi temperamento la pasión se encuentra en lo más profundo de su ser, está a demasiada profundidad para que se manifieste. En el momento en que

intento que aflore, empieza a desvanecerse. Mi marido no parece capaz de comprender que mi pasión es como una llama pálida y secreta, no resplandeciente.

He empezado a pensar que nuestro matrimonio fue un terrible error. Es probable que existiera una pareja mejor para mí, y también para él. Lo cierto es que no podemos ponernos de acuerdo sobre nuestros gustos sexuales. Me casé con él porque mis padres deseaban que lo hiciera, y durante los años transcurridos he creído que el matrimonio es siempre así. Pero ahora tengo la sensación de que acepté a un hombre totalmente inadecuado para mí. Tengo que aguantarle, por supuesto, ya que es mi legítimo esposo, pero hay ocasiones en las que me siento incómoda sólo con verle. No exagero, y no se trata de una sensación nueva para mí. La experimenté la primera noche de nuestro matrimonio, durante la luna de miel —hace tanto tiempo—, cuando me acosté con él por primera vez. Todavía recuerdo que me estremecí al verle la cara cuando se quitó las gafas de miope. Las personas que usan gafas siempre parecen un poco raras sin ellas, pero la cara de mi marido parecía de improviso cenicienta, como la de un muerto. Entonces se inclinó, acercándose a mí, y noté que sus ojos me perforaban. Le devolví la mirada sin poder evitarlo, parpadeando, y en cuanto vi aquella piel suave y brillante como el aluminio, me estremecí de nuevo. Aunque no lo había notado durante el día, vi que los pelos del bigote y la barba le despuntaban bajo la nariz y alrededor de los labios (tiende a ser velludo) y también eso me causó una vaga repugnancia.

Tal vez se debió a que nunca hasta entonces había visto tan de cerca el rostro de un hombre, pero incluso hoy no puedo mirarle con atención durante largo tiempo sin experimentar la misma repulsión. Apago la lámpara que está al lado de la cama para no verlo, pero es entonces, precisamente, cuando él la quiere encendida y desea examinar mi cuerpo con detenimiento, con tanto detalle como le sea posible. (Intento rechazarle, pero él insiste tanto, sobre todo en la contemplación de mis pies, que he de dejarle que los mire). Nunca he tenido relaciones íntimas con otro hombre, y me intriga saber si todos tienen unos hábitos tan desagradables. ¿Son esas innecesarias caricias juguetonas y pegajosas lo que una ha de esperar de todos los hombres?

7 de enero



Hoy Kimura nos ha hecho una visita para felicitarnos por el Año Nuevo. Yo había empezado a leer *Santuario*, de Faulkner, y regresé a mi estudio en cuanto hubimos intercambiado los saludos. Él habló con mi mujer y Toshiko durante un rato en la sala de estar, y entonces, alrededor de las tres, se las llevó al cine, a ver *Sabrina*. Regresó con ellas a las seis, se quedó a cenar y, tras la sobremesa, se marchó hacia las nueve.

Durante la cena, todos, excepto Toshiko, tomamos un poco de coñac. Últimamente Ikuko parece beber algo más. Fui yo quien la inicié, pero a ella le gustó

desde el principio. Si la estimulas a hacerlo, beberá una cantidad considerable. Es cierto que nota los efectos del alcohol, pero de una manera furtiva, secreta, sin que se trasluzca. Reprime su reacción tan bien que a menudo la gente no se da cuenta de lo mucho que ha bebido. Esta noche Kimura le ha servido dos copas y media de coñac, en una copa de jerez. Ella se ha puesto un poco pálida, pero no parecía embriagada. En cambio, Kimura y yo hemos enrojecido. Él no aguanta muy bien el licor, la verdad es que no lo aguanta tan bien como Ikuko. Pero ¿no ha sido esta noche la primera vez que ha permitido que otro hombre la persuadiera a beber? Él le había ofrecido una copa a Toshiko, quien la rechazó y le dijo: «Dásela a mamá».

Desde hace algún tiempo observo que Toshiko se muestra reservada con Kimura. ¿Es porque cree que él tiene demasiadas atenciones hacia su madre? Esa idea también me ha pasado por la cabeza, pero he llegado a la conclusión de que siento celos y he intentado descartarla. Tal vez estaba en lo cierto, a fin de cuentas. Aunque mi mujer suele mostrarse fría con los invitados, sobre todo con los hombres, con Kimura es bastante cordial. Ninguno de nosotros lo ha mencionado, pero se parece a James Stewart, que resulta ser el actor favorito de Ikuko. (He observado que no deja de ver ninguna de sus películas).

Naturalmente, procuro que Kimura nos visite con frecuencia, porque le considero un posible candidato a la mano de Toshiko, y le he pedido a mi esposa que observe qué tal se llevan los dos. Sin embargo, Toshiko no parece en absoluto interesada por él, y hace cuanto puede para no quedarse a solas en su compañía. Cada vez que viene a verla, incluso cuando van al cine, siempre le pide a su madre que los acompañe.

—Lo estropeas todo al ir con ellos —le digo a Ikuko—. Déjalos solos.

Pero ella se muestra disconforme y dice que, como madre, tiene la responsabilidad de acompañarlos. Cuando le replico que esa manera de pensar es anticuada, que debería confiar en ellos, admite que tengo razón, pero dice que Toshiko quiere que los acompañe. Suponiendo que así sea, ¿no se deberá a que la muchacha sabe que a su madre le gusta Kimura? De alguna manera, no puedo evitar la sensación de que han llegado a un acuerdo tácito al respecto. Es posible que Ikuko no lo sepa y crea que tan sólo hace de carabina, pero creo que en realidad ama a Kimura.

*8 de enero*



Anoche estaba un poco bebida, pero mi marido lo estaba mucho más. Me pidió una y otra vez que le besara los párpados, algo en lo que no había insistido últimamente, y yo había ingerido el coñac suficiente para hacerlo. Eso no habría tenido mayores consecuencias, de no haberle visto por descuido lo único que no soporto: su cara sin gafas. Al besarle cierro los ojos, pero anoche los abrí antes de

terminar, y su piel como de aluminio apareció ante mí como un primer plano en cinemascopio. Me estremecí y tuve la sensación de que yo misma palidecía. Por suerte, no tardó en ponerse de nuevo las gafas y, como de costumbre, empezó a examinar mis manos y pies. No dije nada y apagué la lámpara. Él extendió la mano, en busca del interruptor, pero yo empujé la lámpara y la alejé de él.

—¡Espera un momento! —me rogó—. Déjame que te mire otra vez. Por favor...

Tanteó en la oscuridad, pero no pudo encontrar la lámpara y, finalmente, abandonó el intento... Su abrazo fue mucho más largo que de costumbre.

Siento un profundo desagrado hacia mi marido, pero le amo casi con la misma intensidad. Por mucho que él me repugne, jamás me entregaré a otro hombre. De ninguna manera podría abandonar mis principios, que me obligan a la fidelidad. Pese a lo mucho que me exaspera su manera morbosa y repulsiva de hacer el amor, es evidente que sigue enamorado de mí y siento que, de alguna manera, he de responder a su afecto.

Ojalá hubiera conservado en mayor medida su vigor de antaño... ¿Por qué se ha reducido tanto su vitalidad? Según él, la culpa es mía, porque soy demasiado exigente. Dice que las mujeres pueden tolerarlo, pero no los hombres que trabajan con el intelecto, a quienes esa clase de excesos pronto hacen mella. Me azora al decirme esas cosas, pero sin duda sabe que no tengo la culpa de mis necesidades físicas. Si realmente me quisiera, debería aprender a satisfacerme. No obstante, confío en que recuerde que no puedo soportar esos innecesarios hábitos juguetones que, lejos de estimularme, dan al traste con mi buena disposición de ánimo. Mi naturaleza siempre me inclina hacia las costumbres tradicionales, y quiero realizar el acto ciegamente, en silencio, bajo gruesos edredones, en el dormitorio a oscuras. Es un terrible infortunio para un matrimonio que los gustos de cada uno estén tan enfrentados en este aspecto. ¿No habrá alguna manera de que lleguemos a un acuerdo?

*13 de enero*



Hoy Kimura vino hacia las cuatro y media y nos trajo unas huevas de mújol que le habían enviado sus padres desde su ciudad natal. Después de charlar con Toshiko e Ikuko durante una hora más o menos, Kimura se levantó para marcharse. En ese momento yo bajé de mi estudio y le pedí que se quedara a cenar. Él aceptó enseguida, diciendo que estaría encantado, y se puso cómodo. Volví arriba, mientras Toshiko preparaba la cena. Mi mujer permaneció en la sala de estar con él.

No teníamos nada especial que ofrecerle, excepto las huevas que él mismo había traído y un poco de *sushi* de carpa que Ikuko compró ayer en el mercado de Nishiki, por lo que empezamos a tomar coñac y a picar esas cosas. A Ikuko no le gustan los

dulces, sino lo que suele agradar a los bebedores, y en especial el *sushi* de carpa, mientras que a mí me gusta tanto lo dulce como lo salado, aunque el *sushi* de carpa no me hace mucha gracia. En casa sólo lo come mi mujer. También a Kimura, que es de Nagasaki, le gustan las huevas de mújol, pero no el *sushi* de carpa.

Hasta hoy Kimura nunca nos había hecho un regalo, y con ese gesto parece haber buscado que le invitáramos a cenar. Me pregunto qué se propone. ¿Cuál de ellas le atrae, Ikuko o Toshiko? Si yo estuviera en su lugar y hubiera de decir cuál de las dos me parece más atractiva, no tengo la menor duda de que, a pesar de su edad, elegiría a la madre. Pero no sé qué pensará Kimura. Tal vez su verdadero propósito sea ganarse la voluntad de Toshiko. Puesto que ella no parece nada entusiasmada, puede que esté tratando de mejorar sus posibilidades congraciándose con Ikuko...

Pero ¿qué es lo que yo pretendo, ya que estoy en ello? ¿Por qué he invitado de nuevo a Kimura a cenar esta noche? Debo admitir que mi propia actitud ha sido bastante extraña. Hace cosa de una semana, el día 7 por la noche, ya estaba un poco celoso... tal vez más que un poco... de Kimura. (Creo que este sentimiento se inició hacia finales de año). Sin embargo, ¿no es cierto que he gozado de ello en secreto? Tales sentimientos siempre me han proporcionado un estímulo erótico y, en cierto sentido, son tan necesarios como agradables para mí. Esa noche, estimulado por los celos, logré satisfacer a Ikuko. Me doy cuenta de que Kimura está resultando indispensable en nuestra vida sexual. No obstante, quisiera advertirla, aunque no tenga ninguna necesidad de hacerlo, de que no vaya demasiado lejos con él. No es que no deba existir un factor de riesgo; y, en realidad, cuanto mayor sea el peligro, tanto mejor. Quiero que ella me vuelva loco de celos. Deseo que me haga sospechar que ha ido demasiado lejos. Quiero que haga eso.

De todos modos, ella debe darse cuenta de que lo que le pido, por difícil y escandaloso que pueda parecer, redundará en beneficio de su propia felicidad.

*17 de enero*



Kimura no ha vuelto, pero ahora Ikuko y yo tomamos coñac todas las noches. Basta insistir un poco para que ella consuma una cantidad sorprendente. Me gusta ver cómo se esfuerza por mantenerse sobria y pálida y por parecer fría. En esas ocasiones hay en ella algo tan seductor que desafía la descripción.

Por supuesto, mi propósito es hacer que se embriague y entonces acostarme con ella, pero ¿por qué no cede con elegancia? Cada vez se vuelve más perversa y no me permite que le toque los pies. Eso sí, ella hace lo que quiere.

20 de enero



Hoy he tenido dolor de cabeza durante todo el día. No ha sido exactamente una resaca, aunque anoche debí de beber mucho.

El señor Kimura parece preocupado al verme beber tanto, y no le gusta que tome más de dos copas de coñac.

—¿No cree usted que ya es suficiente? —me pregunta, tratando de disuadirme.

Mi marido, en cambio, sigue ofreciéndome más. Al parecer conoce mi debilidad por el alcohol, y desea darme todo cuanto quiero. Pero ya he alcanzado más o menos mi límite. Hasta ahora me las he arreglado para beber sin que se notara lo embriagada que estaba, pero lo paso mal a causa de los efectos secundarios. Debo tener más cuidado.

28 de enero



Esta noche Ikuko ha perdido el sentido. Estábamos sentados a la mesa, cenando con Kimura, cuando de repente ella se puso en pie y salió de la estancia. No regresó, y Kimura me preguntó si podría ser que se encontrase mal. Como sé que a veces, cuando ha bebido más de la cuenta, se encierra en el lavabo, le dije que creía que no tardaría en volver. Pero su ausencia se prolongó tanto que Kimura notó mi preocupación y fue en su busca.

Al cabo de un momento llamó a Toshiko desde el pasillo y le pidió que acudiera. (Esta noche, una vez más, la muchacha había cenado a toda prisa, retirándose lo antes posible a su habitación).

—Me temo que ocurre algo malo —le dijo—. No encuentro a tu madre por ninguna parte.

Pero Toshiko dio con ella, la halló sumergida en la honda bañera de madera. Se sujetaba con ambas manos al borde de la bañera, apoyaba la cabeza en ellas y tenía los ojos cerrados. Ni siquiera se movió cuando Toshiko intentó despertarla.

—Mamá, no te duermas en un sitio como éste —le dijo Toshiko, pero ella no le respondió.

Kimura volvió corriendo a decírmelo.

—Tenemos un problema, profesor —me dijo.

Fui a ver lo que le ocurría a mi mujer. Lo primero que hice fue tomarle el pulso: era débil, sólo de cuarenta pulsaciones por minuto. Me desvestí, me metí en la bañera, la alcé y la llevé al vestidor adjunto, donde la tendí en el suelo de madera. Toshiko la envolvió en una gran toalla de baño.

—Voy a prepararle la cama —dijo.

Kimura, sin saber qué podía hacer, estaba inquieto e iba de un lado al otro del vestidor. Cuando le pedí que me ayudara, pareció aliviado.

—Se enfriará si no la secamos enseguida —le dije—. ¿Te importaría echarme una mano?

La secamos entre los dos con toallas limpias. (A pesar de la emergencia, no me olvidé de «utilizar» a Kimura. Él le secó el torso y yo lo hice de cintura para abajo. Puse cuidado en secarla bien entre los dedos de los pies, y le pedí a Kimura que hiciera lo mismo con los de las manos. Mientras realizábamos esta tarea, no dejaba de observar sus movimientos y la expresión de su rostro).

Toshiko trajo una camisa de dormir, pero en cuanto vio a Kimura, que me estaba ayudando, se apresuró a salir en busca de la botella de agua caliente. Le pusimos a Ikuko la camisa de dormir y la llevamos a la habitación.

—Podría tratarse de anemia cerebral —dijo Kimura—. Tal vez sería mejor que no le aplicásemos la botella de agua caliente.

Los tres discutimos si era necesario o no llamar al médico. Yo estaba dispuesto a recurrir al doctor Kodama, aunque no me hacía gracia que ni siquiera él viese a mi mujer en un estado tan vergonzoso. A pesar de todo, como Ikuko tiene el corazón débil, finalmente le pedí que viniera.

El doctor Kodama confirmó que el trastorno era anemia cerebral.

—No hay ningún motivo de alarma —añadió, sin embargo.

Entonces le puso una inyección de Vitacanfor. Cuando el médico se marchó eran las dos de la madrugada.

## 29 de enero



Puedo recordar todo lo que sucedió anoche hasta el momento en que empecé a encontrarme mal y abandoné la sala. Incluso recuerdo vagamente que fui a darme un baño y perdí el sentido en la bañera. No estoy segura de lo que ocurrió después. Al amanecer, cuando me desperté y miré a mi alrededor, vi que estaba en la cama. Alguien debía de haberme llevado hasta ella. Durante todo el día he notado tal pesadez de cabeza que no he tenido ganas de levantarme. He dormido a ratos, me despertaba y, poco después, volvía a sumirme en el sueño. Ahora, por la tarde, como me encuentro algo mejor, puedo escribir estas líneas. Tengo intención de volver a dormirme enseguida.





Mi mujer no se ha levantado desde el incidente de anoche. Era alrededor de medianoche cuando Kimura y yo la llevamos al dormitorio, las doce y media cuando llamé al doctor Kodama y las dos de la madrugada cuando éste se marchó. Le acompañé a la puerta, y vi que la noche era clara y estrellada, pero muy fría. La estufa del dormitorio suele mantenernos cómodos hasta la mañana con una sola palada de carbón, que le echo antes de acostarnos. Pero anoche acepté la sugerencia que me hacía Kimura y dejé que echara a la estufa suficiente combustible para mantener la habitación bien caliente.

—Bueno, si no puedo hacer nada más, me marcharé —dijo entonces.

Yo no podía permitir que se fuera a aquellas horas.

—¿Por qué no pasas la noche aquí? —le pregunté—. Podría buscarte un sitio donde dormir.

—No se moleste, señor, se lo ruego —replicó—. No vivo lejos de aquí.

Tras ayudarme al traslado de Ikuko a la habitación, permaneció a la espera, intranquilo, de pie entre las dos camas, ya que no había ninguna silla sobrante. Por cierto, Toshiko desapareció en cuanto él entró en el dormitorio.

Kimura insistió en volver a casa, y finalmente se marchó, como yo esperaba que hiciera. Desde hacía largo rato cierto plan se estaba formando en mi mente, y necesitaba intimidad para llevarlo a cabo. Una vez me aseguré de que él se había ido y de que Toshiko no entraría de nuevo, fui a la habitación y le tomé el pulso a Ikuko. Era normal, y el Vitacanfor parecía haber surtido efecto. Mi mujer parecía sumida en un sueño profundo. Claro que tal vez lo fingía, pero pensé que esa posibilidad no debía obstaculizar mi propósito.

Empecé por cargar la estufa para que calentara todavía más, hasta que el fuego rugió. Entonces, lentamente, retiré el paño negro que había colocado sobre la pantalla de la lámpara de pie. Moví sigilosamente la lámpara de al lado de mi mujer, situándola de tal manera que ella yaciera en el interior del círculo luminoso. El corazón me latía con fuerza. Me excitaba al pensar que por fin esa noche podría llevar a cabo lo que tanto había soñado. Salí un momento del dormitorio sin hacer ruido, desconecté la lámpara fluorescente de mi despacho, volví al dormitorio y la coloqué sobre la mesilla de noche. Esto era algo en lo que había pensado tiempo atrás. El pasado otoño sustituí mi vieja lámpara de escritorio por una fluorescente, porque preví que más tarde o más temprano tendría una oportunidad como ésta. En aquel entonces Toshiko y mi mujer se opusieron al cambio, diciendo que afectaría a la radio, pero repliqué que mi vista se estaba debilitando y que me resultaba difícil leer a la luz de la vieja lámpara. Si bien eso es cierto, había otro motivo: el deseo de ver a Ikuko desnuda bajo ese blanco resplandor. Ésa había sido mi fantasía desde que empecé a tener noticia de que existía la luz fluorescente.

Todo salió tal como yo lo había esperado. Retiré la ropa de cama, le quité con cuidado la camisa de dormir y puse a Ikuko boca arriba. Yacía allí completamente desnuda, bajo la luz de las dos lámparas cuya brillantez era similar a la del día, y entonces me puse a examinarla con detalle, como si estuviera estudiando un mapa. Durante un rato, mientras contemplaba el hermoso cuerpo, sin mancha alguna, me sentí desconcertado. Era la primera vez que podía contemplar a placer, sin ningún obstáculo, la desnudez total de mi mujer.

Supongo que la mayoría de los maridos están familiarizados con todos los detalles físicos de sus esposas, incluso con cada una de las arrugas de las plantas de sus pies. Pero Ikuko nunca me ha dejado examinarla de esa manera. Claro que, al hacer el amor, he tenido ciertas oportunidades, pero jamás por debajo de la cintura, nunca más de lo que ella me ha permitido ver. Sólo mediante el tacto he podido representarme la belleza de su cuerpo, y por ello ardía en deseos de contemplarla bajo esa luz brillante. Lo que vi superó con creces mis expectativas.

Por primera vez la veía de cuerpo entero y podía explorar sus secretos ocultos durante tanto tiempo. Ikuko, nacida en 1911, no tiene la clase de figura alta, occidental, tan frecuente entre las jóvenes de hoy. Ha sido buena nadadora y ha jugado al tenis, y está bien proporcionada para ser una japonesa de su edad. Sin embargo, no tiene unos senos bien desarrollados ni tampoco unas nalgas destacables. Por otro lado, aunque sus piernas son largas y elegantes, difícilmente se las podría considerar armónicas. Las pantorrillas son protuberantes y los tobillos no tan delgados como debieran. Pero, más que las piernas esbeltas, de aspecto extranjero, siempre me han gustado las piernas un poco arqueadas de la anticuada mujer japonesa, como las de mi madre y mi tía. Y en lugar de unos senos y unas nalgas muy desarrollados, prefiero los suaves abultamientos de las deidades que hay en el templo Chugu. Yo había supuesto que el cuerpo de mi mujer debía de tener esa forma, y resultó que estaba en lo cierto.

Lo que superaba cuanto yo había imaginado era la pureza absoluta de su piel. La mayoría de la gente tiene por lo menos un pequeño defecto, alguna manchita oscura, una marca de nacimiento, un lunar o algo por el estilo, pero aunque examiné su cuerpo con el mayor esmero, no encontré absolutamente nada. Le di la vuelta, colocándola boca abajo, e incluso contemplé la cavidad entre las blancas redondeces de sus nalgas... ¡Qué extraordinario resultaba que una mujer llegara a los cuarenta y cinco años de edad y hubiera sido madre sin que su piel presentara la menor imperfección! Nunca hasta entonces había podido contemplar aquel cuerpo espléndido, pero tal vez fuese mejor así. Sorprenderte, al cabo de más de veinte años juntos, por la primera constatación de la belleza física de tu esposa... no hay duda de que eso es tanto como dar comienzo a un nuevo matrimonio. La etapa de la desilusión ha quedado muy atrás, y ahora puedo amarla con el doble de la pasión que sentía.

Volví a ponerla boca arriba y durante un rato permanecí allí en pie, devorándola

con los ojos. De pronto me pareció que sólo fingía estar dormida. Al principio lo estaba de veras, pero se había despertado y, entonces, sorprendida y horrorizada por lo que estaba sucediendo, había tratado de ocultar mediante el fingimiento la turbación que experimentaba. Tal vez aquello no era más que una fantasía, pero quería creerla. Me cautivaba la idea de que aquel cuerpo exquisito, de piel blanca, al que podía manipular sin miramientos, como si careciera de vida, estuviera vivísimo y fuese consciente de cuanto yo le hacía. Pero en el caso de que realmente estuviera dormida, ¿no es peligroso que escriba sobre las libertades que me he tomado con ella? Apenas tengo duda alguna de que lee este diario, en cuyo caso mis revelaciones podrían inducirla a abandonar la bebida... No, no lo creo, pues dejar de beber confirmaría que lo lee. De lo contrario, ella no sabría lo que había sucedido mientras permanecía inconsciente.

Durante más de una hora, desde las tres de la madrugada, me entregué al placer de contemplarla. Por supuesto, eso no fue lo único que hice. Quería descubrir hasta dónde me dejaría llegar, en el caso de que sólo fingiera estar dormida, y me proponía azorarla de tal manera que no le quedara más remedio que seguir fingiendo hasta el final. Uno tras otro, puse a prueba todos los caprichos que ella tanto detesta, todas las travesuras que ella considera molestas, repugnantes y vergonzosas. Finalmente cumplí mi deseo de prodigarle caricias con la lengua en los hermosos pies, y lo hice con total libertad. Probé cuanto me pasó por la imaginación, cosas, según decía ella, «demasiado vergonzosas para mencionarlas».

En un momento determinado, curioso por ver cómo reaccionaría ella, me incliné para besarle un lugar especialmente sensible y las gafas se me cayeron sobre su vientre. Ella abrió un momento los párpados, como si se hubiera despertado con un sobresalto. También yo me sobresalté, y me apresuré a apagar la lámpara fluorescente. Entonces vertí agua en una taza, añadí agua caliente de la tetera que estaba sobre la estufa, mastiqué una tableta de Luminal y media de Quadronox y transferí la mezcla directamente de mi boca a la de ella. Ikuko la engulló como en un sueño. En ocasiones una dosis tan pequeña no surte efecto, pero yo sabía que así ella tendría una excusa para fingirse dormida.

En cuanto me cercioré de que efectivamente lo estaba (o por lo menos que lo fingía), me dispuse a realizar el último de mis deseos. Puesto que los preliminares, minuciosos y sin estorbos, me habían llevado a un grado máximo de excitación, pude llevar a cabo el acto sexual con un vigor que me dejó asombrado. No era el de siempre, tímido y flojo, sino un hombre lo bastante potente para satisfacer la lujuria de Ikuko. Pensé que, a partir de entonces, tendría que hacerla beber más a menudo.

Y sin embargo, aunque ella tuvo varios orgasmos, aún parecía estar sólo despierta a medias. En ocasiones abría un poco los ojos, pero miraba en otra dirección. Movía las manos lenta y lánguidamente, con los movimientos soñolientos de un sonámbulo. Pronto ocurrió algo que nunca había sucedido hasta entonces: empezó a buscar a tientas como si quisiera explorarme el pecho, los brazos, las mejillas, el cuello, las

piernas... Hasta entonces ella nunca había tocado ni mirado, si podía evitarlo, parte alguna de mi anatomía.

Fue entonces cuando pronunció el nombre de Kimura. Lo dijo en una especie de murmullo delirante, débil, muy débilmente, pero lo dijo con toda certeza. No estoy seguro de si deliraba de veras o si sólo era un subterfugio. ¿Soñaba que estaba haciendo el amor con Kimura o me estaba diciendo cuánto anhelaba hacerlo? Tal vez me advertía que si la emborrachaba de nuevo volvería a soñar con Kimura, y por lo tanto no debía someterla a esas vejaciones.

Esta tarde, alrededor de las ocho, Kimura ha telefonado para preguntar por Ikuko.

—Debería haber pasado un momento para ver cómo sigue —me dijo.

—No le ocurre nada preocupante —le informé—. Le he dado un sedante, y está dormida.

### *30 de enero*



Son las nueve y media de la mañana y no me he levantado de la cama desde anteanoche. Hoy es lunes, y mi marido ha salido de casa hace media hora. Antes de marcharse, entró de puntillas en el dormitorio, pero fingí que dormía. Escuchó un momento mi respiración, volvió a besarme los pies y salió. La anciana asistente entró para ver cómo estaba, y le pedí que me trajera una toalla caliente. Tras un breve lavado de cara, le pedí leche y un huevo pasado por agua. Cuando le pregunté por Toshiko, me dijo que estaba en su habitación. Pero la muchacha no acudió a verme.

Supongo que estoy lo bastante bien para levantarme, pero he decidido quedarme aquí tranquilamente y escribir en mi diario. Es una buena oportunidad para pensar en lo que ha sucedido. En primer lugar, ¿por qué cometí la tontería de beber tanto el sábado por la noche? Supongo que mi estado físico ha tenido algo que ver con ello. Por otro lado, el coñac no era el Tres Estrellas que solemos tomar, sino una marca nueva que mi marido había traído, una botella de Courvoisier, «el coñac de Napoleón». Era tan delicioso que tardé en descubrir que había tomado demasiado. Puesto que no me gusta que me vean cuando estoy embriagada, tengo la costumbre de encerrarme en el lavabo en cuanto me siento inestable, y esa noche tuve que volver a hacerlo. ¿Cuántos minutos estuve allí? No, ¿no sería más bien una hora, o incluso dos? No me sentía en absoluto mareada. En realidad, tenía una sensación eufórica.

Mi mente estaba confusa, pero no totalmente desconectada de la realidad. Recuerdo algunas cosas inconexas, como que sentía tal fatiga en la espalda y las piernas por haber estado acucillada sobre el inodoro de estilo japonés antiguo que, sin darme cuenta, me incliné hacia delante, apoyándome en ambas manos. Mi cabeza

bajó hasta tocar el suelo. Entonces, con la sensación de que me saturaba el olor del lavabo, me levanté y salí. Tal vez quería lavarme para eliminar el olor, o tal vez, sencillamente, no quería reunirme con los demás mientras aún me sentía inestable. Sea como fuere, parece ser que fui directamente al baño y que me quité la ropa. Digo que «parece» porque eso permanece en mi mente como los acontecimientos de un sueño lejano, aunque la verdad es que no tengo ni idea de lo que sucedió después. (Es posible que avisaran al doctor Kodama, porque tengo un trozo de esparadrapo en el brazo derecho, por lo que debieron de ponerme una inyección).

Cuando volví en mí estaba en la cama y la luz de la mañana temprana se filtraba en la habitación. Debían de ser alrededor de las seis, pero no puedo decir que a partir de entonces estuviera consciente. Ayer, durante todo el día, tuve un terrible dolor de cabeza y la sensación de que mi cuerpo se hundía pesadamente. Una y otra vez me despertaba y al poco volvía a dormirme, aunque en realidad nunca estaba del todo despierta ni dormida y pasaba continuamente de un estado al otro. Me latía la cabeza, pero me hallaba en un mundo extraño que me hacía olvidar el dolor.

Debió de tratarse de un sueño, pero ¿es posible que un sueño fuese tan vívido, tan idéntico a la realidad? Al principio me sorprendí al alcanzar la culminación de un placer agudísimo, una clase de satisfacción sensual que iba mucho más allá de lo que podía esperar de mi marido. Pero no tardé en saber que el hombre que estaba en la cama conmigo no era mi marido, sino Kimura-san. ¿Se había quedado a pasar la noche en casa para cuidar de mí? ¿Adónde había ido mi marido? ¿Era correcto que me comportara de una manera tan inmoral?

Sin embargo, el placer era demasiado intenso para que meditara en esos interrogantes. Nunca en más de veinte años de matrimonio mi marido me había proporcionado una experiencia semejante. ¡Qué aburrido y monótono había sido siempre, triste, rancio, dejándome un regusto ingrato! Comprendí que jamás, hasta ese momento, había conocido la verdadera relación sexual. Kimura-san me había enseñado... A pesar de todo, también me percataba de que, por lo menos en parte, estaba soñando. De alguna manera estaba segura de que el hombre que me abrazaba sólo parecía ser Kimura-san, y que en realidad se trataba de mi marido.

Supongo que esa noche me llevó allí desde el baño, me acostó y entonces, puesto que yo estaba todavía inconsciente, se divirtió conmigo como le vino en gana. En cierto momento, cuando me besaba toscamente en las axilas, me desperté sobresaltada. Se le habían caído las gafas encima de mí; abrí los ojos en el instante en que noté su gélido contacto. Me había desnudado del todo y estaba tendida boca arriba, completamente desnuda, bajo una luz de horrenda brillantez. Provenía de dos lámparas: la de pie y otra, fluorescente, que estaba sobre la mesilla de noche. (Es posible que lo que me despertara fuese el resplandor). Yacía allí sin comprender lo que ocurría. Él tomó sus gafas y se las puso, y entonces dejó de acariciarme los brazos y empezó a besarme más abajo, por debajo de la cintura. Recuerdo haberme contraído instintivamente mientras tanteaba a mi alrededor en busca de una manta. Él

observó que había empezado a moverme y me cubrió con el edredón de plumas y la manta. Entonces apagó la lámpara fluorescente y cubrió la otra con alguna tela.

En el dormitorio no tenemos ninguna lámpara fluorescente, por lo que tuvo que traerla de su estudio. Sentí que me ruborizaba al pensar en cómo debía de haber gozado explorando mi cuerpo bajo una luz tan brillante. Debió de haber visto lugares que ni siquiera yo he visto jamás de tan cerca. Estoy segura de que permanecí desnuda durante horas. Él cargó la estufa hasta que el calor en la habitación era insoportable, a fin de que no sintiera frío y me despertara. Me enoja y avergüenza pensar en lo que hizo conmigo, aunque mientras lo hacía lo que más me molestaba era el dolor pulsátil de la cabeza. Él masticó unas tabletas (probablemente somníferos), tomó un sorbo de agua y me las administró de boca a boca. Las tragué obedientemente, para librarme del dolor. Pronto empecé a perder de nuevo la conciencia y me dormí a medias.

Y entonces tuve la ilusión de que abrazaba a Kimura-san. Pero ¿es acaso «ilusión» la palabra apropiada? ¿No sugiere algo nebuloso que flotaba en la atmósfera y que desaparecería de un momento a otro? Lo que vi y sentí no era tan intangible, no era sólo la ilusión de abrazarle. Incluso ahora la sensación pervive en mis brazos y muslos. Es totalmente distinta a la del abrazo de mi marido. Los jóvenes y fuertes brazos de Kimura-san me estrechaban con fuerza contra su cuerpo firme y flexible. Recuerdo que su piel parecía de un blanco deslumbrador, no era la tonalidad habitual de la piel de un japonés.

Me avergüenza confesarlo, aunque estoy segura de que mi marido ni siquiera sospecha la existencia de este diario, y mucho menos lo lee, pero pensé: «¡Ojalá pudiera él hacerme sentir de esta manera! ¿Por qué no puede ser así?»... No obstante —lo que no deja de ser curioso—, de algún modo sabía desde el principio que estaba soñando, o mezclando el sueño con la realidad. Sabía que lo que ocurría realmente era que mi marido me estaba violando, y que él sólo imaginaba que era Kimura-san. Pero lo asombroso del caso era que yo seguía sintiendo una satisfacción que nunca podría relacionar con mi marido.

Si es el Courvoisier lo que me ha producido esa ilusión, me gustaría tomarlo a menudo. Le estoy agradecida a mi marido por la experiencia. No obstante, me pregunto qué grado de verdad contenía mi sueño con la presencia de Kimura-san. ¿Por qué se me ha aparecido así, puesto que siempre le he visto completamente vestido? ¿Es el auténtico Kimura-san diferente del que he imaginado? Alguna vez me gustaría averiguar, y no sólo en mi imaginación, cómo es él realmente.

*30 de enero*



Hoy Kimura me ha telefoneado a la escuela, poco después del mediodía, y me ha

preguntado cómo estaba mi esposa. Le dije que cuando salí de casa aún dormía, pero que parecía encontrarse bien, y le propuse que viniera esta noche a tomar una copa.

—¡Una copa! —exclamó—. No voy a beber después de lo que ocurrió la otra noche. Si me permite que le diga una cosa, señor, creo que usted y su esposa deberían abstenerse un poco del alcohol. Pero pasaré a ver cómo sigue.

Llegó a las cuatro en punto. Por entonces Ikuko estaba levantada, y tomó asiento en la sala. Kimura dijo que no podía quedarse, pero yo insistí.

—Tomemos una copa para compensar lo sucedido la última vez —le dije—. No tengas tanta prisa.

Ikuko también sonreía. Desde luego, no mostraba la menor señal de desaprobación. Y lo cierto es que el mismo Kimura parecía deseoso de quedarse. Estoy seguro de que no sospechaba lo que había ocurrido la otra noche en nuestro dormitorio, después de que él se marchara (hasta la mañana siguiente no devolví la lámpara fluorescente a mi estudio). Tampoco tenía manera de saber que era objeto de las fantasías de mi mujer y que la había embelesado. Sin embargo, ¿por qué me daba la impresión de que deseaba que ella bebiera de nuevo? Si sabía algo, ¿era por intuición o porque ella le había insinuado algo? Sólo Toshiko pareció disgustada cuando los tres nos pusimos a beber. Se apresuró a terminar la cena y salió.

También esta noche Ikuko abandonó la estancia, se escondió en el lavabo y luego fue a bañarse y perdió el sentido en la bañera. Normalmente solemos calentar el agua de la bañera cada dos días, pero ella le había dicho a la asistente que, por el momento, lo hiciera a diario. Puesto que la anciana no vive en casa, llena la bañera antes de marcharse, y uno de nosotros enciende el calentador de gas. Esta noche Ikuko ya lo había encendido, a tiempo de que el agua estuviera caliente cuando la usara.

Todo sucedió exactamente igual que la otra noche. Vino el doctor Kodama y le puso una inyección de alcanfor. Toshiko se escabulló en algún momento. Kimura me ayudó a trasladar a Ikuko y luego se marchó. También mis propias acciones fueron las mismas que las de la otra vez. Lo más extraño de todo fue que ella volvió a pronunciar el nombre de Kimura... ¿Estaba teniendo el mismo sueño, la misma ilusión que la vez anterior? ¿Debería yo interpretarlo, tal vez, como una especie de burla?

*9 de febrero*



Hoy Toshiko me ha preguntado si podría vivir fuera de casa. Dice que desde hace tiempo deseaba un lugar tranquilo donde estudiar y que ha encontrado uno conveniente. Se lo ha sugerido una francesa ya mayor que fue su profesora en Doshisha y que todavía le da clases particulares. El marido de esa señora es japonés y está postrado en cama a causa de una parálisis, y ella lo mantiene enseñando francés.



Pero desde la enfermedad de su marido la mujer no puede dedicarse demasiado a la enseñanza, y Toshiko es la única alumna que acude a su casa. Ésta no es grande, pero la pareja no tiene hijos y no necesitan la casita del jardín que mide ocho tatamis y que sirvió como estudio de su marido. Si Toshiko desea quedársela, la señora se sentirá más segura cada vez que tenga que ausentarse, dejando al enfermo solo.

Parece ser que nada les satisfaría más que tener a Toshiko como inquilina. Hay teléfono, y podrían colocarle un supletorio. También puede llevar su piano si quiere (es posible reforzar las tablas del suelo con ladrillos). Incluso podrían construir muy fácilmente un pasadizo, a fin de que tuviera acceso directo al lavabo y el baño sin tener que pasar por la habitación del enfermo. Todo eso se podría realizar con poco gasto. Cuando la señora está ausente no suele haber llamadas telefónicas. En cualquier caso, Toshiko no tendría que prestar atención a tales cosas: ellos se ocuparían de que nadie la molestara.

Por otro lado, el alquiler será muy barato. Toshiko me ha dicho que le gustaría intentarlo durante una temporada.

Tal vez esté molesta porque Kimura-san viene a beber con nosotros cada tres o cuatro días (ya hemos dado cuenta de otra botella de Courvoisier), y porque me he desvanecido en la bañera en cada ocasión. Estoy segura de que ha reparado, con la consiguiente curiosidad, en que la habitación de sus padres a menudo está muy brillante en las primeras horas de la mañana. Pero no puedo saber si ése es el verdadero motivo de que quiera marcharse o si tiene otra razón y la oculta.

—Ve tú misma y pregúntaselo a papá, a ver qué te responde —le he dicho—. Si a él le parece bien, no pondré ninguna objeción.

*14 de febrero*



Hoy Kimura me ha dicho algo inesperado cuando Ikuko estaba en la cocina. Me ha preguntado si había oído hablar de una cámara fotográfica llamada Polaroid. Parece ser un invento norteamericano, una cámara que revela y hace copias de las fotos. La utilizan para tomar las fotos fijas que muestran en la televisión al final de los combates de sumo, como una ayuda para explicar los detalles de la llave vencedora. Según él, es una cámara muy fácil de manejar, tan fácil como una cámara corriente, y también fácil de transportar. Si se utiliza un *flash* estroboscópico es posible tomar fotos sin necesidad de trípode.

Kimura me ha dicho que las cámaras Polaroid son todavía muy escasas en Japón, e incluso hay que importar especialmente la película (papel de copia superpuesto al negativo). No obstante, un amigo suyo tiene una de esas cámaras y abundante película.

—Si quiere probarla, se la puedo prestar —me ofreció.

Mientras él hablaba, se me ocurrió una idea. Pero ¿cómo ha adivinado que me satisfaría conocer esa cámara? Es algo que me deja perplejo. Parece notablemente enterado de lo que sucede en nuestra casa.

*16 de febrero*



Hace poco, alrededor de las cuatro de esta tarde, ha ocurrido algo inquietante. Escondo mi diario en un cajón de la cómoda que está en la sala (un cajón que nadie utiliza), metido bajo capas de papeles viejos, el cordón umbilical de Toshiko con su correspondiente certificado, cartas de mis padres, etcétera. No me gusta sacarlo cuando mi marido está en casa, pero en ocasiones quiero anotar algo antes de que se me olvide o, sencillamente, siento el impulso de escribir. Así pues, aprovecho furtivamente unos minutos cuando él está encerrado en su estudio, sin esperar a que salga de casa. El estudio se encuentra encima de esta sala. No puedo oírle, pero de alguna manera percibo lo que está haciendo: si lee, si escribe en su diario o si está sentado y sumido en sus pensamientos. Supongo que él siente lo mismo acerca de mí. En el estudio reina siempre un silencio total, pero de vez en cuando es un silencio peculiar, o así me lo parece, como si él contuviera la respiración y se concentrara en la sala de abajo. Tales momentos tienden a producirse cuando estoy escribiendo. No creo que se trate sólo de mi imaginación.

A fin de no hacer el menor ruido, utilizo un pincel de escritura en lugar de una pluma, y he doblado unas hojas de delicado papel de arroz, formando un pequeño cuaderno de notas al estilo japonés. Pero esta tarde me he enfrascado de tal manera en el diario que he bajado un instante la guardia, algo que jamás había hecho con anterioridad. En ese momento, tanto si ha sido a propósito como si no, mi marido ha bajado en silencio las escaleras. Ha cruzado la sala sin detenerse, ha ido al lavabo y ha regresado de inmediato a su estudio. Digo que ha bajado «en silencio» porque ésa ha sido mi impresión. Es posible que no haya intentado suavizar sus pisadas, y tal vez le habría oído de no haber estado tan absorta. Sea como fuere, no le he oído hasta que ha llegado al pie de la escalera. Estaba inclinada sobre la mesa, escribiendo, pero me apresuré a ocultar el diario y el estuche del pincel. (No uso una piedra para hacer tinta. El estuche, una antigüedad china que me regaló mi padre, también contiene tinta). Así pues, logré que no me sorprendiera en el acto de escribir.

Sin embargo, al meter el cuaderno bajo un cojín, arrugué algunas de sus delgadas hojas. Me pregunto si habrá oído ese ligero crujido, tan característico del papel de arroz.

En lo sucesivo, deberé tener más cuidado. Pero suponiendo que ya haya adivinado que llevo un diario: ¿qué podría hacer yo al respecto? Aunque cambie el escondite, lo cierto es que no hay ningún lugar seguro de veras en esta pequeña sala.

Lo único que puedo hacer es procurar no salir de casa cuando él esté aquí. Desde hace varios días, siento tal pesadez de cabeza que no he salido tan a menudo como de costumbre, y he dejado que Toshiko o la asistente se encarguen de la mayor parte de las compras en Nishiki. Pero Kimura-san me ha preguntado si me gustaría ir a ver *Rojo y negro* en el cine Asahi. Sí, me gustaría mucho. Entretanto, tendré que pensar en un plan.

18 de febrero



Anoche, y por cuarta vez, oí a mi mujer pronunciar el nombre de Kimura. A estas alturas, es evidente que finge estar dormida. ¿Por qué lo hace? Tal vez se propone informarme de que no está realmente dormida, pero ¿cómo podría yo interpretar semejante cosa? ¿Me está diciendo: «Quiero pensar que mi pareja es Kimura-san y así volverme apasionada de veras. Al fin y al cabo, lo hago por ti»? ¿O bien: «Estoy intentando estimularte despertando tus celos. Al margen de lo que suceda, soy una mujer absolutamente fiel»?

Hoy, finalmente, Toshiko se ha trasladado a la casita del jardín en la vivienda de madame Okada. Aún no le han instalado el supletorio, pero el trabajo de reforzar el suelo y construir un pasadizo está casi terminado. Como éste parece ser un día de mala suerte, Ikuko le ha pedido que espere hasta el 21, que es un día propicio. Toshiko se ha negado.

El piano será trasladado a comienzos de la próxima semana. Con la ayuda de Kimura, Toshiko ya ha llevado allá la mayor parte de sus pertenencias. (Cuando Ikuko se levantó, tras la reunión de anoche, apenas quedaba algo por hacer). Parece ser que madame Okada vive en el distrito de Tanaka-Sekidencho, y hay un paseo de cinco o seis minutos desde aquí. Kimura tiene una habitación alquilada cerca de Hyakumamben, perteneciente a Tanaka-Monzencho, por lo que está bastante más cerca de Tanaka-Sekidencho que nosotros.

Hoy, nada más llegar a casa, me ha llamado desde el pie de la escalera, pues quería verme un momento, y entonces ha subido a mi estudio.

—Le he traído lo prometido —me ha dicho, tendiéndome la cámara Polaroid.

19 de febrero



No puedo imaginar qué es lo que piensa Toshiko. Parece querer a su madre y, al mismo tiempo, odiarla. Pero de lo que no hay duda es de que odia a su padre. Se diría

que interpreta mal nuestra relación conyugal y cree que es él, no yo, quien tiene una naturaleza lujuriosa. Parece creer que él me obliga a satisfacer sus exigencias sexuales, aunque la verdad es que soy demasiado débil para eso y que él es un adicto a los placeres groseros y perversos a los que me arrastra contra mi voluntad. (Debo admitir que he tratado de darle esa impresión). Ayer, cuando vino a recoger sus últimas cosas, entró en mi dormitorio para advertirme.

—¡Vas a dejar que papá te mate! —me dijo bruscamente, y se marchó.

Esa actitud era extraordinaria en ella, pues la muchacha es tan reticente como yo. Parece preocuparle de veras que se agrave mi problema pulmonar y detesta a su padre por ello. No obstante, la manera en que me hizo esa advertencia parecía curiosamente desdeñosa, llena de rencor y malevolencia. No puedo creer que le haya impulsado a decirlo el cariñoso sentimiento de una hija inquieta por su madre. ¿No está ofendida en el fondo por el hecho de que, aunque tiene veinte años menos que yo, ni su cara ni su figura son tan atractivas como las mías? Desde el principio dijo que Kimura-san le desagradaba, tal vez porque le recordaba a James Stewart. Es posible que haya ocultado a propósito sus sentimientos verdaderos y finja que él le desagrada. Me pregunto si no me guarda una hostilidad secreta.

Aunque procuro no salir de casa, más tarde o más temprano habré de hacerlo, y es posible que un día mi marido regrese a una hora en la que normalmente estaría dando clase. Me he devanado los sesos pensando en qué voy a hacer con este diario. Si es inútil esconderlo, por lo menos me gustaría saber si él lo lee furtivamente. Y así he decidido usar alguna clase de marca reveladora. Quizá sería mejor que fuese algo que sólo yo conozca y que él no pueda reconocer; pero tal vez dejará de espiarme si observa que estoy enterada de lo que se propone. (Aunque me temo que eso es muy dudoso). Sea como fuere, no es nada fácil encontrar la clase de señal apropiada. Puede que tenga éxito una vez, pero difícilmente podré repetirlo sin riesgo. Por ejemplo, puedo poner un mondadientes entre las páginas, de modo que se caiga al abrir el cuaderno. Este sistema puede ser útil la primera vez, pero luego, cuando él observe entre qué páginas se encuentra el mondadientes, lo colocará de la misma manera. Mi marido es muy astuto para estas cosas. Además, sería muy difícil inventar un nuevo método en cada ocasión.

Tras mucho pensarlo, he cortado a ojo un trozo de cinta adhesiva, de marca Scotch, número 600 (la he medido y era de cinco centímetros y tres milímetros) y he unido con ella las dos tapas del cuaderno. Seleccionando una zona, he cerrado con esa cinta el anverso y el reverso. (Desde la parte superior del cuaderno hasta la cinta hay ocho centímetros y dos milímetros y desde la inferior siete con cinco. Será preciso cambiar cada vez tanto la longitud como la posición de la cinta). Para mirar el interior del cuaderno él tendrá que retirar la cinta. Desde luego, mi marido podría cortar otro trozo del mismo tamaño y sustituir el anterior, dejándolo exactamente tal como estaba, pero sería una tarea muy delicada, y la verdad es que no veo cómo podría él hacerla. Además, cuando retire la cinta, por mucho cuidado que ponga, no

hay duda de que producirá un pequeño rasguño en la cubierta. Por suerte es de papel Hosho, grueso y de un blanco satinado, que se estropea con facilidad. Aquí y allá, dos o tres milímetros de la superficie saltarán con la cinta adhesiva. No creo que él pueda leer mi diario sin dejar alguna huella.

24 de febrero



Aunque Kimura no tiene ninguna razón aparente para visitarnos desde que Toshiko se mudó, sigue viniendo a casa con regularidad, cada tres o cuatro días. Yo mismo le telefono a menudo. Toshiko viene casi a diario, pero no se queda.

Ya he usado dos veces la cámara Polaroid. He hecho fotos de Ikuko de frente y de espalda, y también he fotografiado cada una de sus partes, desde los ángulos más atractivos: tengo fotos de ella doblada, estirándose, enroscándose, con brazos y piernas contraídos y en toda clase de posturas.

¿Por qué hago esas fotografías? En primer lugar, disfruto haciéndolas. Crear esas poses, manipularla libremente mientras duerme (o finge dormir) me proporciona un gran placer. El segundo motivo es el de pegarlas en mi diario a fin de que ella las vea. Entonces, ciertamente, descubrirá la insospechada belleza de su cuerpo y se quedará asombrada. Una tercera razón es mostrarle por qué deseo tanto mirarla desnuda. Quiero que me comprenda, tal vez incluso que se solidarice conmigo. (Me atrevería a decir que es inaudito que un hombre de cincuenta y seis años esté tan fascinado por su mujer de cuarenta y cinco. Ella haría bien si pensara en eso). Finalmente, quiero humillarla al máximo, para ver hasta cuándo se hará la inocente.

Por desgracia, la lente de esa cámara es bastante lenta y carece de telémetro. Como no se me da bien el cálculo de las distancias, a menudo mis imágenes están desenfocadas. Tengo entendido que existe una nueva película Polaroid muy sensible, pero es difícil de conseguir. La que me trajo el amable Kimura es vieja y su fecha de caducidad ya ha pasado. No puedo esperar que me dé unos buenos resultados. Por otro lado, tener que utilizar el *flash* resulta molesto.

Dado que con esta cámara sólo puedo realizar el primero y cuarto de los objetivos, por el momento no pegaré las fotografías en estas páginas.

27 de febrero



Aunque hoy es domingo, Kimura-san vino esta mañana a las nueve y media y me preguntó si me gustaría ver *Rojo y negro*. Dice que ahora le conviene más salir los

domingos, porque durante los días laborables está muy atareado ayudando a los alumnos a prepararse para los exámenes de ingreso en la universidad. En marzo dispondrá de más tiempo libre, pero este mes a menudo tiene que quedarse hasta bastante tarde en la escuela y dar clases extras. Incluso cuando está en casa, a veces le visitan estudiantes en busca de asesoramiento. Dicen de él que tiene un ingenio agudo y pericia para discernir las preguntas que caerán en el examen. Creo que comprendo por qué dicen eso. Desconozco su capacidad académica, pero en cuanto a pura percepción, mi marido no le llega a la suela de los zapatos.

Puesto que los domingos mi marido se queda en casa, no me conviene salir, pero Kimura-san había hablado con Toshiko camino de casa. En cuanto llegaron, mi hija me pidió que fuese con ellos. Parecía pensar: «No quiero ir, pero podría ser incómodo que estuvierais los dos solos, así que voy a sacrificarme por vosotros y os acompañaré».

—En domingo, si no vas pronto, no hay manera de encontrar asiento —comentó Kimura-san.

Mi marido también me incitó a ir.

—Estaré en casa todo el día —me dijo—. Anda, ve; yo cuidaré de la casa. Dijiste que querías ver esa película, ¿no es cierto?

No se me ocultaban sus razones para estimularme, pero yo estaba preparada para afrontar la situación y accedí a ir con ellos. Llegamos al cine a las diez y media y salimos poco después de la una. Les pedí a Toshiko y Kimura que se quedaran a comer, pero ellos no quisieron. Aunque mi marido había dicho que estaría en casa todo el día, lo cierto es que salió a dar un paseo hacia las tres y siguió ausente durante toda la tarde. En cuanto se hubo ido, saqué mi diario y lo examiné. La cinta adhesiva no parecía haber sufrido ninguna modificación, y también la cubierta parecía intacta. Pero cuando las miré con la lupa, descubrí dos o tres ligeras imperfecciones que no podían ocultarse: la cinta había sido retirada con pericia. Yo me había asegurado por partida doble, colocando un mondadientes en el interior y contando las hojas hasta el punto en que lo había depositado. Ahora el palillo estaba en un lugar diferente.

Ya no tengo la menor duda de que mi marido ha leído este diario. Así pues, ¿debería abandonarlo? Lo inicié con el único propósito de hablar conmigo misma, porque no me gusta abrirle mi corazón a otra persona. Ahora, ante la evidencia de que alguien más lo ha leído, supongo que debería interrumpirlo. No obstante, ese «alguien» es mi propio marido, y tenemos un acuerdo tácito para comportarnos como si desconociéramos nuestros mutuos secretos. Por ello es probable que, a pesar de todo, siga llevando el diario. Lo utilizaré para hablar con mi marido de una manera indirecta, para expresar cosas que de ningún modo podría decirle a la cara. Pero aun en el caso de que lo esté leyendo, confío en que no me lo revele. Desde luego, no es la clase de persona dispuesta a admitir que hace semejante cosa.

Al margen de lo que haga, quiero que sepa que no leo su diario, y lo afirmo categóricamente. Él debería darse cuenta de que soy muy anticuada, una mujer a la

que han educado con esmero, que ni por asomo invadiría la intimidad de nadie. Sé dónde está el diario de mi marido, y en ocasiones lo he tocado. Es incluso posible que, muy de vez en cuando, lo haya abierto para echar un vistazo a su interior, pero jamás he leído una sola línea. Ésta es la verdad pura y simple.

*27 de febrero*



¡Después de todo, yo tenía razón! Ikuko ha estado llevando un diario. No lo he mencionado antes, pero lo cierto es que tuve un primer atisbo de ello hace unos días. La otra tarde, cuando iba al lavabo, miré hacia la sala de estar y allí estaba ella, inclinada de una manera incómoda sobre la mesa. Un momento antes había oído un leve crujido, como si estrujaran papel de arroz, y no una o dos hojas... parecía como si hubieran escondido apresuradamente bajo un cojín un fajo de grosor considerable, tal vez un volumen encuadernado. En casa no solemos usar papel de arroz, y no era difícil imaginar lo que mi mujer estaría haciendo con ese papel suave y discreto. No he tenido ocasión de investigarlo hasta hoy. Mientras ella estaba en el cine, he registrado la sala de estar y lo he encontrado con facilidad. Pero lo que me ha asombrado es que, con toda evidencia, ella esperaba que lo buscara, y que lo hubiera sellado con cinta adhesiva. ¡Qué ridícula ha sido! El grado de suspicacia de esa mujer es realmente pasmoso. Debería saber que, aunque se trate del diario de mi esposa, no soy un sujeto tan ladino como para leerlo sin permiso. Sin embargo, no pude evitar sentirme irritado, y pensé si sería posible retirar la cinta con tal habilidad que ella no pudiera detectarlo. Quería decirle: «¡Tu cinta es inútil! ¡Eso no mantendrá tu diario a buen recaudo... tendrás que idear un sistema mejor!».

Pero no lo conseguí. Como podría haber imaginado, en estas cosas ella me da quince y raya. Aunque intenté separar la cinta adhesiva con el mayor cuidado, quedó un pequeño rasguño en la cubierta. Entonces comprendí lo necio que había sido. Sin duda ella incluso había medido la cinta, pero yo, sin pensarlo dos veces, la estrujé hasta convertirla en una bolita y volví a sellar el diario con un trozo que me pareció de la misma longitud. No es probable que la engañe.

De todos modos, puedo asegurar que, si bien he abierto su diario y hasta he examinado su contenido, no he leído con detenimiento una sola línea. Por otro lado, a un miope como yo le resulta difícil leer una escritura tan minúscula. Quiero que ella me crea, aunque ya sé que, cuanto más lo niegue, tanto más culpable me considerará. Tal vez, si de todos modos va a culparme, podría haberlo leído. Pero el caso es que no lo hice. La verdad es que temo enterarme de lo que ha escrito acerca de sus verdaderos sentimientos hacia Kimura. ¡Ikuko, te lo ruego, no confieses! ¡Aunque yo no vaya a leerla, no hagas esa confesión! Miente, si es necesario, pero di que lo utilizas sólo por mí, que él no significa nada más para ti.



Esta mañana Kimura vino para llevarse a Ikuko al cine, porque yo se lo había pedido. Hace algún tiempo le comenté mi observación de que rara vez sale de casa.

—Últimamente la asistente se encarga de hacer todos los recados —le dije—. Eso no es propio de ella... me gustaría que la llevaras a alguna parte durante unas horas.

Como de costumbre, Toshiko fue con ellos. No creo que tuviera ningún motivo especial para hacerlo, aunque resulta difícil interpretar sus acciones. En ciertos aspectos, Toshiko es incluso más complicada que su madre. Me pregunto si está ofendida porque, al contrario que la mayoría de los padres, parezco querer más a su madre que a ella. Si eso es lo que piensa, se equivoca, pues las quiero a ambas por igual. Lo que ocurre es que las quiero de manera diferente... Ningún padre podría sentir exactamente eso por su hija. Es preciso que se lo haga entender así.

Esta noche, por primera vez desde que Toshiko se marchó de casa, los cuatro hemos cenado juntos. Toshiko no tardó en marcharse, e Ikuko tuvo su reacción habitual al coñac. Cuando Kimura se disponía a marcharse, le devolví la cámara Polaroid.

—No tener que revelar los negativos es una gran ventaja —le dije—, pero no me gusta usar *flash*, ¿sabes? Creo que me arreglaría mejor con una cámara corriente. Me parece que voy a probar con nuestra Zeiss Ikon.

—¿Dará usted la película a revelar? —quiso saber él.

Por mi parte, ya había pensado a fondo en ello.

—¿Podrías revelarla tú? —le pregunté.

Él me miró un poco azorado y me preguntó si no podía hacerlo aquí. Le respondí que sin duda él sabía la clase de fotografías que yo estaba haciendo. Replicó que no estaba seguro.

—No se trata de ese tipo de fotos que no quisiera que nadie viese —seguí diciendo—, pero no estoy en condiciones de revelarlas en casa. Y, además, quiero algunas ampliaciones... y carecemos de un lugar apropiado para utilizarlo como cuarto oscuro. ¿No podrías revelarlas en tu casa? Mira, preferiría que no las manipulara un desconocido.

—Es posible que tengamos un sitio para ese fin, en alguna parte —respondió—. Hablaré con mi casero.

28 de febrero



Kimura vino esta mañana a las ocho, cuando Ikuko aún estaba completamente dormida. Dijo que había hecho un alto en el camino de la escuela. Yo también estaba acostado, pero cuando oí su voz me levanté y fui a la sala de estar.

—¡Todo arreglado! —me informó.

Me pregunté qué era lo que estaba arreglado, y resultó ser el cuarto oscuro.

Puesto que últimamente en su alojamiento no usan el baño, puede disponer de esa habitación siempre que lo desee. Será un excelente cuarto oscuro con agua corriente.

Le he dicho que lo acondicione de inmediato.

### *3 de marzo*



A pesar de lo ocupado que está con los exámenes, Kimura se muestra más entusiasmado que yo. Anoche saqué la Zeiss Ikon por primera vez en varios años e hice treinta y seis fotos, todo un carrete. Hoy Kimura ha venido de nuevo, tan desenvuelto como siempre.

—¿Podría verle un momento? —me ha preguntado, y, al entrar en mi estudio, se me ha quedado mirando con una expresión inquisitiva.

La verdad es que aún no me había decidido a confiarle el revelado de la película. Sin duda era la persona apropiada para esa tarea, puesto que ver a Ikuko desnuda no era precisamente una novedad para él. No obstante, incluso él sólo había tenido unos atisbos de esa desnudez, y nunca la había visto en aquella variedad de posturas seductoras. ¿No era probable que las fotografías le excitaran? Ciertamente, eso no era asunto mío, pero ¿no conduciría a algo más? En ese caso, sólo podría culparme a mí mismo.

Además, me he visto obligado a considerar la posibilidad de que le muestre las fotos a Ikuko. Ella se indignaría, o lo fingiría, no sólo porque las he tomado, y sin su conocimiento, sino porque le he pedido a otra persona que las revele. Incluso podría razonar que, después de que su marido la haya exhibido ante Kimura en un estado tan vergonzoso, tiene autorización tácita para cometer adulterio con él.

Había dado rienda suelta a mi imaginación, hasta tal punto que empezaba a experimentar unos celos atroces, una sensación tan intensa, tan voluptuosa, que ansiaba aceptar el riesgo. Le di el carrete a Kimura y le expresé mis deseos de que lo hiciera todo él solo.

—Asegúrate de que no las vea nadie —le dije—. Cuando hayas terminado, elegiré las que quiero que amplíes.

Era imaginable la excitación que él sentía, pero externamente no se le notaba.

—Me encargaré de todo —convino, y se marchó enseguida.

### *7 de marzo*



Hoy, y por segunda vez en lo que va de año, la llave estaba junto a la estantería en

el despacho de mi marido. La primera vez fue el 4 de enero. Yo había entrado a limpiar, y la encontré junto al florero con narcisos. Esta mañana, al observar que las flores de ciruelo se habían marchitado, entré para sustituirlas por camelias blancas y vi la llave en el mismo lugar. Pensé que algo tramaba mi marido, pero cuando abrí el cajón y saqué su diario, me sorprendió descubrir que estaba sellado con cinta adhesiva, tal como yo había sellado el mío. Ésa era su manera de decirme: «¡No dejes de abrirlo!».

Para escribir el diario, mi marido utiliza un cuaderno escolar corriente, de cubierta dura y lisa, que no se deteriora tan fácilmente como la del mío. Sentí curiosidad, mera curiosidad, por ver si podía desprender la cinta, y lo intenté. A pesar del cuidado que puse y de la superficie dura de la tapa, no pude evitar algunos leves rasguños. De haber sido a lo largo del borde de la cinta no habría importado, pero las pequeñas imperfecciones quedaron por todas partes y no hubo manera de ocultarlas. Apliqué un trozo de cinta nueva, pero, naturalmente, él lo observará y se convencerá de que he leído el contenido del cuaderno. Sin embargo, como he dicho una y otra vez, juro que jamás he leído una sola línea de su diario. Supongo que en realidad desea decirme esas cosas indecentes que, como bien sabe, no me agrada escuchar, y por ello soy tanto más reacia a leerlo.

Me apresuré a abrir el cuaderno para ver cuánto había escrito. Por supuesto, eso también lo hice únicamente por curiosidad. Pasé las páginas cubiertas por su escritura delicada y nerviosa, como si las líneas fuesen otras tantas hileras de hormigas. Pero hoy he descubierto que ha pegado en las páginas algunas fotografías obscenas. Cerré los ojos y pasé con rapidez esas páginas. ¿De dónde ha sacado tales imágenes y por qué las ha fijado ahí? ¿Acaso quería que yo las viera? Aquella mujer me intrigaba. ¿Quién sería?

Entonces cruzó por mi mente una idea repugnante en extremo. Últimamente, en plena noche, he soñado a veces con una luz cegadora que iluminaba la habitación por un instante, como el destello del *flash* de una cámara fotográfica. Alguien, mi marido o Kimura-san, parecía fotografiarme. Tal vez era un sueño, o tal vez mi marido, pues sin duda no podía tratarse de Kimura-san, hacía realmente esas fotos. Recuerdo que cierta vez me dijo: «No sabes lo espléndido que es tu cuerpo. Me gustaría fotografiarlo y enseñártelo». Sí, estoy segura de que la mujer fotografiada soy yo.

A menudo, durante ese sueño deslumbrador, tengo la sensación de que me han desnudado. Hasta ahora había pensado que ésa podría ser otra de mis fantasías, pero si soy yo la mujer de las fotos, debe de haber ocurrido realmente. No obstante, ni siquiera me opongo a que me fotografíe, siempre que no sea consciente de ello. Si estuviera despierta, no podría permitir semejante cosa. Pero puesto que verme desnuda le procura tanto placer, supongo que, como esposa obediente, debería dejarle que goce con ello. Antaño una esposa virtuosa se limitaba a satisfacer los deseos de su marido, por indecentes o repugnantes que fueran. Hacía lo que le pedían, sin discusión. Y en mi caso tengo sobrados motivos para consentírselo, puesto que él

sólo puede estimularse mediante estas disparatadas travesuras. No se trata tan sólo de cumplir con mi deber. A cambio de ser una esposa virtuosa y sumisa, puedo satisfacer mi fuerte apetito sexual.

Aun así, ¿por qué no se contenta él con mirarme? No entiendo por qué tiene que hacerme fotografías en ese estado y luego pegarlas en el cuaderno, donde puedo dar con ellas. Debería saber perfectamente bien que soy la clase de persona en cuyo corazón conviven la lujuria y la timidez. Por otro lado, me pregunto quién le revela la película. ¿Se ve obligado a dejar que otro hombre mire las fotos? ¿Ha sido sólo una broma pesada que me ha hecho o tiene algún significado? Él siempre se burla de mi «refinamiento»... ¿Intenta ahora que deponga esa actitud fastidiosa?

10 de marzo



No sé si debería mencionar esto en mi diario, como tampoco, en caso de que Ikuko lo leyera, cuáles podrían ser las consecuencias, pero debo confesar que tengo la sensación de que me he causado algún trastorno mental o físico indeterminado. Digo que es «una sensación» porque supongo que mi trastorno no pasa de ser una neurosis benigna.

Si rememoro mi pasado, debo decir en honor a la verdad que no siempre he sufrido un déficit de vigor sexual. Sin embargo, desde que llegué a la mediana edad, el agotamiento de mi vitalidad se ha debido a las desmesuradas exigencias de mi mujer, y mi deseo se ha debilitado. No, el deseo persiste, pero la fuerza que lo respaldaba se ha desvanecido. Por ello me debato para satisfacer a mi esposa, tan sexualmente excitable, estimulando mi apetito con toda clase de métodos violentos y antinaturales. Esto me asusta a veces, y me pregunto durante cuánto tiempo podrán seguir las cosas así. Durante unos diez años he sido un marido sin energía, abrumado por la de mi mujer, pero ahora eso ha cambiado. Ahora, gracias al descubrimiento de que el coñac y Kimura son unos magníficos remedios, me siento impulsado por una lujuria tan intensa que incluso a mí me parece milagrosa. Además, repongo mi vitalidad tomando, una vez al mes, las hormonas que le he pedido al doctor Soma que me recetara. Y para asegurarme de que mi potencia es suficiente, cada cuatro o cinco días yo mismo me pongo, sin que el médico lo sepa, inyecciones de quinientas unidades de hormonas de pituitaria anterior.

De todos modos, sospecho que mi nuevo y extraordinario vigor no se debe tanto a los fármacos como al estímulo mental. El fermento de pasión que acompaña a los celos, los impulsos sexuales avivados por la contemplación arrobada de su desnudez... todo esto me hace perder el dominio de mí mismo y me lleva a la locura. Ahora soy yo el insaciable. Una noche tras otra me sumerjo en éxtasis inauditos. Es inevitable que me sienta agradecido por mi dicha, pero al mismo tiempo tengo el presentimiento de que terminará, de que algún día deberé pagar por ella, de que esta excitación me va acortando la vida.

Lo cierto es que ya he experimentado más de una vez ciertos síntomas, tanto mentales como físicos, que parecen presagiar ese castigo. El pasado lunes por la mañana (cuando Kimura pasó por casa camino de la escuela) me sucedió algo extraño. Acababa de levantarme de la cama y estaba a punto de ir a la sala de estar, cuando observé que veía un leve duplicado de los contornos de la estufa, las puertas correderas y los tabiques deslizantes, el travesaño, las columnas, en fin, de cuanto me rodeaba. Me restregué los ojos, preguntándome si la edad me los empañaba, pero no se trataba de eso. Era evidente que se había producido algún cambio anormal en mi visión. En los últimos veranos he sufrido ligeros mareos a causa de la anemia cerebral, pero esta vez el problema era claramente otro. Al contrario que aquellos

mareos, que sólo duraban unos pocos minutos, la visión doble es ahora persistente. Todas las líneas, incluso las nervaduras de los tabiques deslizantes y los intersticios de los azulejos del baño, parecían dobles y un poco torcidas. La duplicación y la distorsión son muy ligeras, y no bastan para impedirme los movimientos o hacer que mi torpeza llame la atención, por lo que he procurado no hacer caso. Sin embargo, el fenómeno persiste.

Es cierto que no he padecido molestias ni dolores, pero no puedo negar que me siento inquieto. He pensado en ir al oftalmólogo para que me examine, aunque eso me asusta bastante, pues tengo la sensación de que mis ojos están perfectamente y que la verdadera dolencia afecta a un lugar más esencial. Por otro lado, aunque la causa sea probablemente nerviosa, en ocasiones me tambaleo, estoy a punto de perder el equilibrio y parece como si fuese a caerme. Desconozco por dónde pasan los nervios que controlan el sentido del equilibrio, pero siempre noto como si tuviera una cavidad detrás de la cabeza, directamente por encima de la columna vertebral, una especie de eje desde el que mi cuerpo oscila a uno y otro lado.

Ayer observé otro síntoma, aunque supongo que también podría ser únicamente neurótico. Alrededor de las tres de la tarde, cuando quise llamar a Kimura, no pude recordar el número de teléfono de su escuela, un número al que llamo casi a diario. Desde luego, he tenido fallos de memoria con anterioridad, pero en esta ocasión no se trataba de un olvido corriente, sino que estaba más próximo a la amnesia. Ni siquiera recordaba el número de la central telefónica. Me alarmé y me sentí desconcertado. Intenté recordar el nombre de la escuela, pero también eso fue en vano. Lo que más me sorprendió fue que había olvidado el nombre de Kimura, y hasta el de nuestra asistente. Es cierto que «Ikuko» y «Toshiko» seguían en mi memoria, pero no así los nombres de los padres de Ikuko. En cuanto a la mujer cuya casita en el jardín ha alquilado Toshiko, recordaba que era francesa, que su marido era japonés y que daba clases en la Universidad de Doshisha, pero se me había olvidado su nombre. Peor todavía, no podía recordar el nombre de nuestro barrio. Lo único que sabía era que vivíamos en el distrito de Sakyo, pero no acudía a mi mente el nombre concreto del barrio, Yoshida-Ushinomiya.

Una terrible inquietud se apoderó de mí. Si aquello continuaba y su gravedad iba en aumento, no tardaría en estar incapacitado como profesor. Y no sólo eso, sino que podría convertirme en un inválido, confinado en casa, apartado de la sociedad. Sin embargo, por el momento esa pérdida de memoria se limita a los nombres de personas y lugares. No he olvidado las circunstancias que los rodean. No acudía a mi mente el nombre de la señora francesa, pero conocía la existencia de esa persona y sabía que le había alquilado una habitación a Toshiko. En una palabra, sólo los nervios que transmiten los nombres estaban paralizados, no se trataba de una parálisis de la totalidad del sistema que controla la percepción y la comunicación. Además, afortunadamente, la parálisis sólo duró una media hora. Pronto los canales nerviosos bloqueados volvieron a abrirse, recuperé la memoria perdida y, salvo por la visión

doble, volví a la normalidad.

Pese a la inquietud que me causaba no saber cuánto podría durarme ese acceso de amnesia, logré superarlo sin decírselo a nadie y sin que los demás se percataran de que me sucedía algo anormal. Y a pesar de que el episodio no ha vuelto a repetirse, sigue acosándome el temor de sufrir en cualquier momento otro ataque, el temor de que éste no dure media hora, sino un día, un año, tal vez el resto de mi vida.

Pero ¿qué ocurrirá si Ikuko lee estas líneas? ¿Qué es probable que haga? ¿Se preocupará por mí e intentará dominar su instinto sexual? Me resisto a creer tal cosa. Aun cuando la razón lo exigiera, su cuerpo insaciable se negaría a obedecer. Si no sufro un colapso nervioso, ella jamás dejará de insistir en la satisfacción sexual.

Sin duda se preguntará por qué escribo esto, diciéndose que en los últimos tiempos mi actuación era notable, pero que me he visto obligado a darme por vencido. Supondrá que he querido asustarla, a fin de que reduzca sus exigencias.

Pero la verdad es que también yo he perdido el dominio de mí mismo. Soy cobarde por naturaleza ante la enfermedad, no soy la clase de hombre que corre riesgos. Y sin embargo, ahora, a los cincuenta y seis años, tengo la sensación de que por fin he encontrado algo por lo que vivir. En ciertos aspectos me he vuelto incluso más audaz que ella.

*14 de marzo*



Esta mañana, cuando mi marido estaba ausente, Toshiko vino a verme.

—Tengo que hablarte de una cosa —me dijo, con semblante serio. Al preguntarle de qué se trataba, me miró a los ojos y me reveló—: Ayer vi esas fotos en casa de Kimura-san.

No entendí a qué se refería, y le pedí que me lo explicara.

—Pase lo que pase, mamá, estoy de tu parte —me dijo—, pero me gustaría que me dijeras la verdad.

Parece ser que Kimura-san le había prometido prestarle cierto libro francés, y ayer, cuando ella pasaba ante su casa, se detuvo para recogerlo. Él no estaba presente, pero Toshiko entró de todos modos y sacó el libro de la estantería. Al abrirlo descubrió varias fotografías entre sus páginas.

—¿Qué significa esto, mamá? —quiso saber.

Repliqué que no sabía de qué me estaba hablando, y ella me acusó de que trataba de engañarla. Supuse que las fotografías eran las mismas ignominiosas imágenes que vi el otro día en el diario de mi marido... y, tal como había supuesto, la mujer fotografiada era yo. Pero no se me ocurrió ninguna explicación rápida. Supongo que Toshiko imaginó que aquello era el indicio de un verdadero escándalo, algo mucho peor de lo que en realidad había ocurrido. Es evidente que esas imágenes parecían



pruebas de unas relaciones ilícitas entre Kimura-san y yo misma. Tanto por su bien, como por el de mi marido y el mío propio, debería haber tratado de aclarar las cosas enseguida, pero aunque hubiera sido completamente sincera con Toshiko, me temo que ella no me habría creído.

Tras un momento de vacilación, le dije:

—Puede que sea difícil de creer, pero hasta ahora mismo, cuando me lo has dicho, desconocía la existencia de esas fotografías. Si existen, será porque papá las hizo mientras yo estaba aletargada, y lo único que ha hecho el señor Kimura ha sido revelárselas. No hay en absoluto nada más entre nosotros. No sabría decirte por qué papá me coloca en esa situación, por qué me fotografía y le pide a Kimura que revele el carrete en vez de hacerlo él. Ya te he dicho todo lo que puedo decirte aunque seas mi hija, y te ruego que no me preguntes más. Créeme, por favor, sólo he obedecido a tu padre. Hago lo que él quiere, incluso contra mi voluntad, porque considero que es mi deber. Puede que te resulte difícil entenderlo, pero me educaron en la moralidad tradicional, y para una mujer como yo no hay posibilidad de elección. Si él tiene tantos deseos de fotografiarme desnuda, estoy dispuesta a olvidarme de mi vergüenza y abandonarme a la cámara... sobre todo si es él quien la maneja.

Toshiko estaba escandalizada.

—¿Lo dices en serio? —inquirió, y respondí que sí—. ¡Eres despreciable, mamá! —exclamó. Empecé a intuir que disfrutaba ofendiéndola, y que de alguna manera había exagerado mis verdaderos sentimientos—. Crees ser una esposa modélica —siguió diciendo ella, con una sonrisa fría e irónica—. ¿No es así?

Al parecer, tampoco ella podía entender los motivos de su padre. Que otro hombre revelara las fotos era totalmente incomprensible para ella. Dijo que él me había humillado y que había atormentado a Kimura-san sin ninguna razón, y siguió denunciándole hasta que la interrumpí.

—¡No voy a tolerar que te mezcles en esto! —exclamé—. Dices que papá me ha humillado, pero ¿estás realmente segura de que eso es cierto? Yo no lo considero así. Incluso ahora me ama con pasión... supongo que necesitaba convencerse de que tengo un aspecto juvenil y soy hermosa para mi edad. Eso quizá parezca anormal, pero puedo entenderlo.

Como tenía necesidad de defenderle, fui capaz de decir cosas que de ordinario no habría podido decir, y creo que lo hice con bastante habilidad. Quizá será mejor que él lea esto y agradezca mi intento de protegerle.

—No estoy segura de que eso sea todo —dijo Toshiko—. Es evidente que papá se ha comportado como un sádico, pues sabe lo que Kimura siente por ti.

No repliqué a esa observación. Toshiko añadió que no podía creer que aquellas fotos hubieran sido abandonadas entre las páginas del libro por descuido, «puesto que ha sido Kimura-san quien lo ha hecho». A su modo de ver, tenían algún significado: tal vez quería que ella llevara a cabo determinado cometido. Y me reveló otras cosas que había observado en él, y que será mejor que no repita en estas páginas.



Esta noche llegué a casa pasadas las diez, debido a la fiesta en honor de Sasaki, que ha regresado del extranjero. Ikuko estaba ausente. Pensé que había ido al cine y subí a mi estudio, a escribir en el diario. A las once aún no había regresado.

Finalmente, a las once y media, me telefoneó Toshiko. Llamaba desde Sekidencho, y me pidió que fuese a su casa.

—¿Dónde está mamá? —le pregunté.

—Está aquí.

—Empieza a ser tarde —le dije—. Dile a tu madre que regrese. La asistente ya se ha marchado.

Toshiko bajó la voz.

—Mamá se ha desmayado en el baño de Sekidencho. ¿Llamamos al doctor Kodama? —Le pregunté quién más estaba allí, y ella respondió—: Estamos los tres —e inmediatamente añadió—: Luego te lo explicaré. Mira, creo que hay que ponerle a mamá una inyección. Si no puedes venir, llamaré al doctor Kodama.

—No te molestes en llamarle —repliqué—. Iré yo y le pondré esa inyección. Tú ven a casa y quédate durante mi ausencia.

Últimamente tengo siempre a mano la solución de Vitacanfor. Me la guardé en el bolsillo y, sin esperar la llegada de Toshiko, me apresuré a salir. De improviso me acometió una oleada de temor. ¡Sólo faltaría que volviera a fallarme la memoria!

Sabía dónde estaba la casa, pero era la primera vez que la visitaba. Cuando llegué, Toshiko me esperaba en el portal. Cruzamos el jardín y, al llegar a la casita, me dio una disculpa y se marchó.

Kimura me saludó con expresión compungida. Ni le pedí una explicación ni él, por su parte, me la ofreció. La situación era incómoda para los dos, y enseguida hice los preparativos para ponerle la inyección a Ikuko. El futón estaba extendido sobre el tatami del suelo, delante del piano, e Ikuko yacía allí, dormida. A su lado, la mesita de té estaba cubierta de platos y vasos. El kimono y la faja, en esos colgadores adornados con cintas que Toshiko usa para colgar las prendas de estilo occidental, pendían de la pared más cercana. Mi mujer dormía vestida con su fino kimono interior. Ikuko tiene unos gustos bastante llamativos para su edad, pero ese kimono interior me pareció especialmente chillón. Es posible que el motivo de la sorpresa radique en la hora y el lugar desacostumbrados.

Su pulso era más o menos el que yo había esperado, dadas las circunstancias.

—Su hija y yo la hemos traído aquí —se limitó a decir Kimura.

Era evidente que le habían secado más o menos el sudor, aunque el kimono interior se le pegaba al cuerpo. La cinta estaba desanudada. Me sorprendió constatar el desorden de su cabello, que le caía sobre los hombros. El cuello de la prenda estaba empapado. En las ocasiones anteriores en que perdió el sentido, siempre había tenido

el cabello recogido en un moño, jamás suelto como ahora. Me pregunté si ese aspecto de mi mujer reflejaba los gustos de Kimura.

Él parecía por completo a sus anchas y me trajo sin ninguna dificultad lo que necesitaba, una palangana, agua hirviendo y todo lo demás...

Transcurrió alrededor de una hora.

—No podemos dejarla dormir aquí —le dije a Kimura.

—En la casa principal se acuestan temprano —replicó él—. Probablemente, madame no sabe lo que ha ocurrido.

Pero el pulso de Ikuko se había normalizado bastante, y decidí llevarla a casa. Le pedí a Kimura que fuese en busca de un coche.

—Yo la sacaré —se ofreció, agachándose para que pudiera cargarla sobre su espalda.

Levanté a Ikuko y la coloqué en la espalda de Kimura, vestida con el fino kimono interior. Entonces le puse encima el kimono y su chaqueta, que colgaban de una percha. Cruzamos el jardín hacia el coche y entre los dos la introducimos en el vehículo. Éste era muy pequeño, un taxi cuya bajada de bandera costaba sesenta yenes, por lo que Kimura se sentó al lado del conductor. Las ropas de mi mujer hedían a coñac, y la atmósfera del coche era asfixiante. La sostenía sobre mi regazo, hundiendo la cara en su cabello húmedo y frío. Entonces me incliné para besarle y acariciarle los pies. No creo que Kimura pudiera ver lo que estaba haciendo, pero tal vez lo sospechaba.

La llevamos al dormitorio, y él me dijo entonces que confiaba en que yo no recelara de lo ocurrido. «Su hija lo sabe todo», añadió, y entonces me preguntó si le necesitaba para algo más. Le dije que no.

En cuanto se hubo ido, recordé que Toshiko se había marchado antes que nosotros, y fui en su busca. Pero también estaba ausente. Anteriormente, cuando sacamos a Ikuko del taxi y la entramos en casa, me pareció que mi hija estaba en el vestíbulo, esperando inquieta. Era probable que se hubiera marchado sin decir una sola palabra, poco después de nuestra llegada.

Subí a mi estudio, donde he anotado con rapidez los acontecimientos de la noche, todo lo que ha sucedido hasta ahora. Mientras escribía, ha cruzado por mi mente la idea de los deliciosos placeres que me aguardan.

*19 de marzo*



Aún no me había dormido cuando amaneció. El intento de encontrar un significado a lo sucedido anoche me ha procurado un goce intenso, al tiempo que me amedrentaba. Ni Kimura ni Toshiko ni mi esposa me han dado todavía una explicación. Es cierto que no he tenido ocasión de preguntarles, pero tampoco he

deseado tenerla, pues creo que aún es demasiado pronto. Experimento una especie de placer al reflexionar sobre lo ocurrido e idear una explicación antes de que me la den otros. Dejo que mi imaginación explore libremente toda clase de posibilidades (descarto una, la sustituyo por otra que, al cabo, reemplazo por una nueva) hasta que, presionado por los celos y la ira, siento que me estremezco, presa de una lujuria salvaje e irresistible. Cuando por fin aparezca la verdad, ese placer desaparecerá.

Hacia el amanecer mi esposa ha empezado a pronunciar el nombre de Kimura, a su manera habitual, como si delirase. Pero esta mañana lo ha repetido una y otra vez, a intervalos, unas veces alzando la voz y otras débilmente. Al final, cuando su voz se alzaba de nuevo, la he poseído.

En un instante la ira y los celos se han desvanecido. Ya no me importaba que estuviera dormida o despierta, que fingiera o no. Ya ni siquiera quería distinguirme de Kimura. En aquel momento tenía la sensación de haber accedido bruscamente a otro mundo, había ascendido a una altura vertiginosa, al cenit del éxtasis. Aquello era la realidad, y el pasado una mera ilusión. Estábamos solos, abrazados... Tal vez lo que estaba haciendo acabaría conmigo, pero esos momentos durarían eternamente.

19 de marzo



Por si acaso, voy a describir con detalle lo que sucedió anoche. Sabía que mi marido volvería al anochecer, y previamente le había dicho que tal vez iríamos al cine. Kimura-san llegó a las cuatro y media, pero Toshiko no se presentó hasta casi las cinco.

—¿No llegas un poco tarde? —le pregunté.

—Sí. ¿No sería mejor que fuéramos al cine después de cenar? Os invito a Sekidencho, mamá. Todavía no me has hecho una visita como es debido. ¡Y esta noche tengo una libra de pollo!

Llevando en ambas manos una bolsa con verduras y tofu, salió la primera.

—Pero vas a contribuir con esto, ¿verdad? —añadió, al tiempo que tomaba la botella de Courvoisier, que todavía contenía más de la mitad de su licor.

Repliqué que no deberíamos tomar coñac en ausencia de papá, y ella respondió que la cena sería incompleta sin esa botella.

—No quiero que sea una cena en toda regla —objeté—. Cenemos algo sencillo, puesto que luego vamos al cine.

Pero ella insistió diciendo que no había nada más sencillo que el *sukiyaki*.

Juntamos dos mesitas delante del piano y encendimos el hornillo de gas. (Tanto el hornillo como la olla los tomamos prestados de la casa de madame). La cantidad y variedad de comida que había traído Toshiko era asombrosa, no sólo los ingredientes habituales, cebollas, fideos, tofu, sino también col china, pastelillos de gluten de

trigo, bulbos de lirio y cosas por el estilo. En vez de sacar todos los ingredientes a la vez, los fue añadiendo poco a poco, uno tras otro, a medida que las existencias disminuían. Y también parecía haber más de una libra de pollo. Naturalmente, no llegamos a tocar el arroz, pero tomamos una copa tras otra de coñac.

—Es toda una novedad ver a su hija actuando como camarera, ¿verdad? —observó Kimura-san, quien parecía beber más de lo habitual.

—Me temo que nos hemos perdido el último pase de la película —dijo Toshiko, tras haber esperado a que fuese demasiado tarde, pero por entonces ya no me importaba.

Sin embargo, no creo que estuviera muy embriagada. Siempre me sucede lo mismo... Rebasado cierto punto, no puedo eliminar del todo los efectos del alcohol. Anoche intenté ser cauta, temerosa de que Toshiko quisiera emborracharme, y a pesar de ello no puedo negar que al mismo tiempo me sentía algo expectante, como esperanzada. Era posible que los dos lo hubieran planeado, pero, al ser muy difícil que admitieran tal cosa, no inquirí nada.

Sin embargo, en una ocasión Kimura-san me preguntó:

—¿Cree usted que debería beber tanto estando su marido ausente?

Aunque él mismo soporta cada vez mejor el alcohol, y fue bebiendo a medida que yo lo hacía. Supongo que los dos pensábamos en lo mismo. En cuanto a mí, tenía la sensación de que sólo estaba haciendo lo que mi marido habría deseado, puesto que si le pongo celoso parece feliz. No estoy diciendo que mi único objetivo fuera satisfacerle, sino sólo que pensar en eso me procuraba tal alivio que bebía sin cesar.

Hay otra cosa que hoy quiero dejar bien clara. Todavía no amo a Kimura, pero la verdad es que lo encuentro muy atractivo. Creo que, si me lo propusiera, incluso podría amarle. Naturalmente, eso se debe a que casi he permitido que me sedujera, pero estoy segura de que no lo habría hecho si él no me hubiera gustado. Hasta el momento he puesto cuidado para no rebasar la línea que había trazado, aunque ahora tengo la sensación de que es muy posible que dé un paso en falso. Espero que mi marido no confíe demasiado en mi fidelidad. Lo he soportado todo en su beneficio, me he sometido a sus deseos, pero empiezo a perder la confianza en mí misma. No sé en qué va a acabar todo esto.

En cualquier caso, debo admitir que sentía curiosidad por ver a Kimura-san desnudo. Quería ver por mis propios medios, sin ninguna intervención de mi marido, ese cuerpo desnudo en el que siempre he soñado... ¿Era realmente el de Kimura-san? De repente empecé a notarme bebida y fui a esconderme en el lavabo.

—Mamá —me dijo Toshiko a través de la puerta—. El baño está preparado. Puesto que madame ya se ha bañado, ¿por qué no lo haces tú?

En algún lugar de mi mente confusa tenía la certeza de que iba a desmayarme, y sabía que quien acudiría en mi ayuda iba a ser Kimura-san. Recuerdo que oí a Toshiko una o dos veces más, instándome a meterme en la bañera. No tardé mucho en ir al baño, abrir la puerta de vidrio, entrar y desnudarme. No recuerdo nada más.



Anoche mi mujer volvió a perder el sentido en la casa de Sekidencho. Había salido con Toshiko y Kimura después de cenar, al parecer con intención de ir al cine. A las once de la noche aún no habían regresado, y empecé a desconfiar. Pensé en telefonarles, pero eso parecía absurdo, pues sabía que no tardaría en tener noticias suyas. Mientras aguardaba me iba impacientando cada vez más. El nerviosismo me hacía temblar.

Toshiko se presentó sola poco después de medianoche. Hizo esperar al taxi mientras entraba en casa.

—Otra vez mamá —me dijo.

Según ella, al salir del cine Kimura insistió en acompañarlas a las dos a casa. Fueron primero a la de Sekidencho, donde tomaron té inglés. Al reparar en que había una botella de coñac en el *tokonoma*, el lugar de honor de la sala, y que todavía quedaba un cuarto de la de Courvoisier, Toshiko echó una cucharada de licor en cada taza. Aprovechando la ocasión, Kimura y su madre vertieron el coñac restante en las copas de jerez, hasta que vaciaron la botella. Una vez más, resultó que el baño estaba dispuesto. Una cosa condujo a otra, tal como había sucedido en las noches anteriores. Eso es lo que dijo Toshiko, y no era precisamente una explicación.

—¿Los has dejado solos? —le pregunté.

Ella asintió.

—Todavía no han conectado la línea a mi supletorio y no me hacía gracia la idea de llamar desde la casa principal. Además, sabía que necesitarías un taxi, así que he llamado a uno y aquí me tienes. —Me miraba fijamente, a su manera maliciosa—. La otra noche tuvimos suerte... No es fácil conseguir un taxi a estas horas. Esperé un rato en la calle, pero no pasaba ninguno. Finalmente fui a la compañía de taxis Kamogawa, llamé a la puerta, desperté a un taxista y le pedí que me trajera. —Entonces, sin que yo le preguntara, añadió, como si hablara consigo misma—: Debo de haber salido de casa hace más de veinte minutos.

Deduje lo que mi hija pensaba, pero me limité a darle las gracias por haber venido y le pedí que cuidara de la casa. Recogí todo lo que necesitaba y fui al encuentro del taxi. Por supuesto, no sabía hasta qué punto los tres habían planeado aquello, pero de todos modos no me costaba imaginar que la instigadora había sido Toshiko. Era evidente que había dejado solos a su madre y Kimura durante más de veinte minutos (¿o tal vez no serían veinte minutos ni media hora, sino casi una hora?), tiempo que, según ella, había necesitado para conseguir un taxi. Procuré no pensar en lo que podría haber sucedido durante ese intervalo.

Cuando llegué, encontré a Ikuko tendida, enfundada en el kimono interior, igual que la otra noche. De nuevo sus ropas estaban colgadas de la pared. Kimura trajo agua caliente y una palangana. Mi mujer parecía estar inconsciente, incluso más

borracha que en la ocasión anterior. Sin embargo, me di perfecta cuenta de que fingía. Era evidente que sólo estaba actuando, y también su pulso era bastante fuerte. Dado que habría sido inútil ponerle una inyección de alcanfor, decidí simular que lo hacía y, en vez del fármaco habitual, le administré vitaminas. Kimura reparó en lo que estaba haciendo y, en voz baja, me preguntó si las vitaminas bastarían.

—Sí, creo que sí —le respondí con calma—. Esta noche no parece estar tan mal.

Entonces le puse a Ikuko la inyección.

Más tarde ella pronunció el nombre de Kimura una y otra vez. Su voz tenía un tono nuevo y ardiente, sin el carácter un tanto delirante al que yo estaba acostumbrado, sino fuerte, penetrante, implorante. Cuando se aproximaba al orgasmo, sus gritos se hicieron aún más intensos. De repente noté que me mordía la punta de la lengua, luego el lóbulo de la oreja... Era la primera vez que mi mujer se comportaba de esa manera.

Cuando pienso que fue Kimura quien, de la noche a la mañana, la ha convertido en una mujer tan audaz y agresiva, me acometen unos celos violentos y, al mismo tiempo, me siento agradecido. Tal vez también debería estarle agradecido a Toshiko, la cual, irónicamente, parece desconocer por completo mi curioso estado mental. No sabe que, al intentar hacerme daño, en realidad me proporciona placer.

A primera hora de esta mañana, después del acto sexual, sentí un terrible mareo. Veía doble la cara, el cuello, los hombros, los brazos de Ikuko, todo el contorno de su figura. Parecía como si otro cuerpo idéntico se superpusiera al suyo. Poco después debí de quedarme dormido, pero incluso en sueños esa doble imagen persistía. Al principio la totalidad de su cuerpo era doble, y pronto las diversas partes estaban diseminadas por el espacio. Dos pares de ojos y dos narices en hilera, dos pares de labios uno encima del otro y así sucesivamente, y todo con los colores más intensos que quepa imaginar. El espacio circundante era azul celeste, el cabello negro, los labios carmesíes, las narices de un blanco puro... y el negro, el rojo y el blanco eran más brillantes que sus colores naturales, tan perniciosamente chillones como los de una cartelera de cine.

Mientras así soñaba, se me ocurrió pensar que ver unos colores tan vívidos debía de ser prueba de una grave neurastenia. Pero seguí soñando, y vi dos pares de pies, de piel exquisitamente blanca, que parecían flotar bajo el agua. Sin lugar a dudas, eran los pies de Ikuko, cuyas plantas flotaban por separado, a su lado. En aquel momento una gran masa blanca se alzó ante mí, como un banco de nubes. Era una forma que yo había fotografiado... sus nalgas, vueltas hacia mí.

Varias horas después tuve un sueño diferente. Kimura estaba en pie ante mí, desnudo. Unas veces su cabeza se transformaba en la mía, y otras ambas cabezas surgían de un solo cuerpo. Toda la imagen estaba duplicada.





Hoy, por tercera vez, he visto a Kimura-san sin mi marido. Anoche había una nueva botella de Courvoisier, todavía sin abrir, en el *tokonoma*.

—¿Eres tú quien ha traído esto? —le pregunté a Toshiko.

Pero ella lo negó, y dijo que no tenía idea de dónde procedía.

—Ayer, cuando llegué a casa, la botella estaba ahí —siguió diciendo—. Pensé que debía de haberla traído el señor Kimura.

—Yo tampoco sé nada —dijo Kimura-san—. Debe de haber sido su marido. Estoy seguro de que ha sido él. Nos está utilizando en un juego complicado.

—Si se trata de papá, menudo sarcasmo el suyo, ¿no os parece?

Así se refirieron al asunto. Parece probable que él dejara ahí la botella, pero la verdad es que no sé qué pensar. No puedo tener la seguridad de que Toshiko o Kimura-san no la llevaran.

Los miércoles y viernes madame va a Osaka, a dar clases, y no regresa hasta las once. La otra noche, cuando habíamos empezado a beber, Toshiko se fue a la casa principal. (Es la primera vez que menciono esto. He temido que mi marido me interpretara mal, pero no parece que siga siendo necesario ocultar la verdad). Anoche Toshiko volvió a marcharse temprano, e incluso cuando madame regresó a casa se quedó con ella charlando durante largo rato. Y una vez más perdí el sentido. No obstante, fuera cual fuese mi estado, creo que logré resistir y no di el último paso. Aún no he tenido el valor de cruzar esa línea, y creo que a Kimura-san le ocurre lo mismo.

—Fui yo quien le prestó la cámara Polaroid al profesor —me confesó—. Lo hice porque sabía que le gustaba emborracharla y contemplarla desnuda, pero la Polaroid no le bastaba, por lo que finalmente empezó a usar una Zeiss Ikon. Supongo que quería examinar todos los detalles de su cuerpo, pero creo que, aún en mayor grado, lo que deseaba era hacerme sufrir. Yo diría que le gusta que me encargue de revelar las películas, le gusta excitarme y obligarme a luchar contra una tentación terrible. Y le encanta la idea de que mis propios sentimientos se reflejen en usted, hasta que se siente tan atormentada como yo. Es cruel por su parte hacernos esto, pero aun así no quiero traicionarle. Veo cómo sufre y quiero sufrir con usted... quiero sufrir más y más profundamente.

—Toshiko ha descubierto esas fotos en el libro francés que me prestó —le dije—. Ella cree que debían de estar ahí por algún motivo, que no puede haberlas dejado ahí por casualidad. ¿Qué ha querido expresar con eso?

—Confié en que, si se las mostraba, ella hiciera algo —replicó Kimura-san—. No he pretendido sugerir nada en particular. Sé que ella tiene algo de Yago, y estaba bastante ansioso por ver lo que sucedería la noche del 18 y la del 23... y también esta noche. Su hija siempre ha tomado la iniciativa, así que me he limitado a callar y a

seguir su ejemplo.

—Ésta es la primera vez que hablamos de nuestra relación —le dije—. Nunca había tratado antes de ello, ni siquiera con mi marido. Él parece que evita preguntar sobre usted. Tal vez teme hacerlo, y aun así intenta creer que le he sido fiel. También a mí me gustaría creerlo, pero no estoy segura de haberlo sido de veras. Usted es el único que puede decírmelo.

—Sí, claro que ha sido usted fiel —respondió Kimura-san—. Hay una sola parte de su cuerpo que nunca he tocado. Su marido quería que la distancia entre nosotros fuese tan delgada como una hoja de papel, y he obedecido su deseo. Me he acercado tanto como he podido sin violar esa regla.

—¡Cuánto me alegra oírle decir eso! —exclamé—. ¡No puede imaginarse lo agradecida que le estoy!

Kimura-san me dice que odio a mi marido, pero la verdad es que, si bien es cierto que le odio, también le amo, y cuanto más le odio, tanto más apasionado es mi amor. Interpone entre nosotros a una persona como tú, Kimura, y si no te torturase, su propia pasión no ardería. No obstante, cuando pienso que su propósito, a fin de cuentas, es el de proporcionarme placer, no puedo volverme contra él. Pero ¿no podrías tú considerarlo como lo hago yo? Se ha identificado contigo, formas parte de él, en realidad los dos sois una y la misma persona.

*28 de marzo*



En la clínica oftalmológica de la universidad me han examinado la retina. Yo no quería someterme a esa prueba, pero el doctor Soma ha insistido tanto que al final he seguido su consejo.

Dicen que el vértigo se debe a un endurecimiento de las arterias cerebrales. El cerebro está congestionado, lo cual causa vértigo, visión doble y tal vez una pérdida parcial de la conciencia. En casos graves puede ocasionar inconsciencia total. Me han preguntado si los episodios de vértigo se producen sobre todo cuando he de levantarme en plena noche para orinar, cuando hago un movimiento apresurado o me vuelvo de repente, y he debido admitir que así es. Dicen que la pérdida del equilibrio, la sensación de que voy a caerme o hundirme en el suelo, es el resultado de la mala circulación en el oído interno.

El doctor Soma me examinó también en el departamento de medicina interna. Hoy, además de tomarme la presión arterial, me ha hecho un electrocardiograma y un examen renal.

—Me sorprende que tenga la presión arterial tan alta —me dijo—. Debe usted tener mucho cuidado. —Le pregunté a cuánto estaba, pero él se mostró reacio a responder—. La alta pasa de veinte y la baja está entre quince y dieciséis —dijo

finalmente—. Lo peor es que hay muy poca diferencia entre una y otra. En lugar de medicarse para ayudar al riñón, debería tomar algo para reducir la presión arterial. Me temo que deberá abstenerse de la actividad sexual, y también prescindir del alcohol. No tome alimentos salados ni estimulantes de ninguna clase.

Entonces me recetó varios medicamentos: Rutin C, Serpasil, Kallikrein, y me dijo que a partir de ahora deberé tomarme la presión con frecuencia.

Escribo todo esto en mi diario con una sinceridad total, a fin de ver el efecto que ejercerá sobre Ikuko. De momento me propongo hacer caso omiso de las advertencias del médico. Si ha de producirse algún cambio en nuestro comportamiento, ella deberá dar el primer paso, pero espero que finja que no ha leído estas líneas y que siga mostrándose tan lujuriosa como siempre. Ésa es su auténtica naturaleza, y no puede evitarlo. A estas alturas yo mismo soy incapaz de retroceder. Y además, después de la otra noche, ella se ha vuelto de repente agresiva en la busca de placeres nuevos y variados. Su fuerza es lo que nos empuja. Aunque, como de costumbre, durante el acto ella jamás dice una sola palabra. Expresa en silencio, por medio de los movimientos, todas sus sensaciones eróticas. Siempre finge estar medio dormida, por lo que no es necesario reducir la iluminación. Me cautiva su aire de embriaguez, soñoliento, pero con una expresión deliciosamente tímida.

Al principio procuraba que mi mujer estuviera lo más alejada posible de Kimura. Sin embargo, a medida que el estímulo desaparecía gradualmente, empecé a acortar la distancia. Cuanto más se incrementaba, más placer lograba, hasta que llegué al objetivo final. Pero, puesto que Ikuko y yo deseamos lo mismo, no hemos sabido dónde poner el límite. Han transcurrido casi tres meses desde Año Nuevo, y no puedo dejar de maravillarme por el esfuerzo que he hecho durante tanto tiempo para estar a su altura. Pero ¿qué nos espera? ¿Cómo puedo seguir estimulando mi pasión? A este paso el estímulo no tardará en extinguirse de nuevo, y ya los he puesto en una situación que, en circunstancias normales, habría que definir como adulterio. No obstante, incluso ahora confío en ella. ¿Cómo podría aproximarlos más sin obligar a Ikuko a serme infiel? Es preciso que intente encontrar la manera, aunque es probable que ellos, con la ayuda de Toshiko, la encuentren antes que yo.

He dicho que Ikuko es sigilosa, pero también yo lo soy. No es de extrañar que Toshiko haya salido a sus padres y también se caracterice por el sigilo. Pero Kimura es todavía peor. Cuán extraordinario resulta que las vidas de cuatro personas tan sigilosas y taimadas estén entrelazadas. Y aún es más extraordinario que los cuatro cooperemos con eficacia, al tiempo que mutuamente nos engañamos. Es decir, cada uno de nosotros parece tener su propio plan, pero lo cierto es que todos tenemos el mismo objetivo. Nos esforzamos al máximo por corromper a Ikuko.

*30 de marzo*



Esta tarde ha venido Toshiko y me ha persuadido para hacer una excursión a Arashiyama. Kimura-san, que está de vacaciones, nos esperaba en la terminal del tranvía de Omiya, desde donde fuimos juntos. Parece ser que ha sido idea de Toshiko, y me he sentido muy agradecida.

Ya que Kimura-san tiene vacaciones en la escuela, está libre, y paseamos por la orilla del río, tomamos una embarcación hasta el hotel Rankyokan y entonces, tras descansar un poco cerca del puente Togetsu, fuimos a ver el jardín del templo Tenryu. Por primera vez en mucho tiempo respiraba un aire fresco y saludable. Creo que me gustaría hacer esta clase de salidas con más frecuencia. Es una lástima que mi marido sea un ratón de biblioteca.

Al atardecer emprendimos el regreso. Bajamos del tranvía en Hyakumamben y cada uno se alejó en una dirección diferente. La jornada había sido tan estimulante que por una vez no me apeteció tomar coñac.

*31 de marzo*



Anoche mi marido y yo nos acostamos completamente sobrios. Alrededor de la medianoche le permití verme los dedos del pie izquierdo: los saqué por el borde inferior de la manta, bajo el resplandor de la luz fluorescente. Él se dio cuenta enseguida, y se metió en mi cama. Entonces, bañados por aquella luz intensa y en absoluto embriagados, hicimos el amor. Fue una actuación asombrosa. Vi que él estaba sonrojado de excitación.

Como es época de vacaciones, mi marido suele estar en casa todo el día, al igual que madame. Por supuesto, sale a pasear, deambula por el barrio durante una o dos horas y vuelve a casa. Le gusta caminar, pero creo que también le gusta darme tiempo para que lea su diario. Cada vez que me dice: «No tardaré en volver», tengo la sensación de que en realidad me está diciendo: «¡No dejes de leer mi diario!», y eso me reafirma en mi decisión de no hacerlo. Pero tal vez, dadas las circunstancias, debería darle ocasión de leer el mío.

*31 de marzo*



Anoche Ikuko me dio una sorpresa encantadora. No fingió que estaba bebida ni me pidió que apagara la luz. Tras exhibirse de la manera más provocativa, se dedicó pausadamente a excitarme. Me sorprendió que fuese tan experta en el arte del amor. Supongo que, a su debido tiempo, comprenderé el significado de esta actitud.

El vértigo ha sido tan intenso que al final he empezado a preocuparme y he acudido al doctor Kodama para que me tomara la presión. He visto que se alarmaba y me ha dicho que era casi lo bastante elevada como para romper su instrumento. Según él, necesito un descanso absoluto, y debería dejar de trabajar enseguida.

*1 de abril*



Hoy Toshiko ha venido con una señorita llamada Kawai, que es profesora de corte y confección y que también hace vestidos por encargo. Puesto que no paga impuestos, sus precios son un veinte o treinta por ciento más baratos que los de otras modistas. Toshiko le encarga todas sus prendas. Con excepción de los uniformes escolares, nunca he vestido a la occidental, pues tengo unos gustos anticuados y el kimono realza mi figura, pero aunque no pretendo cambiar de estilo a mi edad, me he dejado persuadir por Toshiko para encargarle un vestido a esa señorita. Sé que no puedo mantenerlo en secreto, pero me azoraba la presencia de mi marido y por eso le he pedido que viniera esta tarde, mientras él está ausente. Les he pedido a Toshiko y a la señorita Kawai que eligieran la tela y el diseño. Les he dicho que me gustaría la falda larga, al menos cinco centímetros por debajo de la rodilla, porque tengo las piernas un poco arqueadas. La señorita Kawai ha replicado que no están realmente arqueadas y que a menudo incluso las piernas de las occidentales tienen esa curvatura.

Me han enseñado una infinidad de muestras, y me he decidido por un diseño de *Modes et travaux*, un conjunto de *tweed* gris y granate. Ambas me han dicho que debería probarlo, de modo que he accedido. Parece ser que lo conseguiré por menos de diez mil yenes, pero también tendré que comprar zapatos y algunos accesorios.

*2 de abril*



Esta tarde he salido. Regresado de noche.

*3 de abril*



He salido a las diez. Comprado zapatos en la zapatería T. H. de Kawaramachi.

Regresado de noche.

*4 de abril*



He salido esta tarde. Regresado de noche.

*5 de abril*



He salido esta tarde. Regresado de noche.

*5 de abril*



Ikuko ha cambiado de hábitos. Ahora sale casi todas las tardes (a veces lo hace incluso por la mañana), y regresa a casa cuatro o cinco horas después, a la hora de la cena. Cenamos juntos los dos. En general, ella no bebe, y el coñac ya no parece atraerle. Tal vez el hecho de que Kimura esté ahora libre tenga algo que ver con sus nuevos hábitos. Desconozco por completo adónde va.

Esta tarde, a las dos, Toshiko se ha presentado de improviso.

—¿Dónde está mamá? —quiso saber.

—Siempre se ausenta alrededor de esta hora —le respondí—. ¿No está en tu casa?

—No la he visto —replicó Toshiko, ladeando la cabeza y con una expresión dubitativa en el rostro—. Ni tampoco a Kimura-san. ¿Adónde crees que va?

Pero no resulta nada difícil entender que ella también es cómplice.

*6 de abril*



He salido esta tarde. Regresado de noche.

Últimamente he salido a diario. Mi marido suele estar en casa cuando me marchó. Está encerrado en su estudio, sentado ante el escritorio, sobre el que hay un libro abierto, como si estuviera absorto en la lectura. Pero no creo que lo esté. Supongo

que una sola cosa ocupa su mente: adivinar qué hago durante las horas que paso fuera de casa. Desde luego, no dudo de que, mientras estoy ausente, baja a la sala de estar, saca mi diario del armario y lo lee. Pero, lamentablemente, no encuentra nada en estas páginas, pues he mantenido adrede la vaguedad acerca de mis actividades de los últimos días.

Antes de salir subo a su estudio, deslizo un poco la puerta corredera y le digo que estaré ausente unas horas. Entonces bajo sigilosamente, como si me escapara. A veces me limito a llamarle desde la mitad de la escalera. Él nunca se vuelve a mirarme. O bien asiente con la cabeza y murmura: «De acuerdo», o bien no responde.

Ni que decir tiene que no salgo tan sólo para permitirle que lea mi diario. Me reúno con Kimura-san en cierto lugar. Lo hago porque quiero estar en sus brazos, bajo los saludables rayos del sol, cuando mi mente no está embotada por el licor. Es cierto que he estado a solas con él en casa de Toshiko, lejos de mi marido, pero cuando nuestros cuerpos se juntaban siempre estaba demasiado bebida. El 13 de enero escribí que me preguntaba «cuánta verdad había en mi sueño de Kimura-san» y, el 19 de marzo, que sentía curiosidad «por ver, sin que mi marido esté presente, el cuerpo desnudo con el que siempre he soñado». Esas sensaciones, todavía insatisfechas, acechaban en mi corazón. Costara lo que costase, quería extasiarme en la contemplación, totalmente consciente y a plena luz del día, del hombre que era el auténtico y palpable Kimura-san, y no sólo un fantasma que se me aparecía a través de mi marido.

Jubilosa, pero con la extraña sensación de que no lo hacía por primera vez, descubrí que el Kimura-san de carne y hueso era el mismo hombre con el que tanto he soñado con acostarme desde comienzos de año. He escrito aquí que en sueños «asía sus jóvenes y fuertes brazos», que «me apretaba contra su cuerpo firme y flexible», y sobre todo que me asombraba la blancura deslumbrante de su piel. Ahora le he visto y sé cómo es. Por fin, sin sombra de duda, he asido sus jóvenes brazos, he notado mis senos prietos contra su cuerpo firme, he sentido el cálido y sedoso contacto de su piel blanca.

¡Pero cuán extraño resulta que mis ilusiones reflejaran la realidad! No puedo creer que el hecho de que el Kimura-san de mis sueños se corresponda tan perfectamente con el hombre real sea una mera coincidencia. Tengo la sensación de que le he conocido en una vida anterior, como si tuviera un poder misterioso para aparecer en mis sueños.

Ahora que esa imagen se ha hecho inequívocamente real, puedo separarle por completo de mi marido. De una vez por todas tacho las palabras «formas parte de él, los dos sois realmente uno y el mismo». El único parecido entre ellos es que tienen un físico liviano. Desnudo, el aspecto de Kimura-san es muy diferente. Sorprende la anchura de su pecho, y todo su cuerpo irradia vitalidad. No es en absoluto como mi descarnado marido, con el mal color de su cutis y esa piel floja y colgante. La piel de Kimura-san tiene una lustrosa pátina de frescura, una tonalidad rosada bajo el blanco,



mientras que la piel oscura y cetrina de mi marido parece la de un muerto, y su aspecto como de aluminio todavía me repugna. Hasta ahora los sentimientos hacia mi marido estaban divididos a partes iguales entre el amor y el odio, pero la balanza se inclina cada vez más hacia el odio. Innumerables veces a lo largo del día suspiro al pensar en la despreciable clase de hombre con el que me he casado. ¡Ojalá Kimurasan estuviera en su lugar!

No obstante, si digo que, una vez llegada aquí, todavía no he cruzado esa última raya... ¿me creerá mi marido? Tanto si me cree como si no, ésa es la verdad. Cierto que interpreto la «última raya» en un sentido muy estricto, y tal vez debería decir que lo he hecho todo menos cruzarla. Me criaron unos padres de mentalidad convencional, y comparto sin poder evitarlo su rígida manera de pensar. Lo cierto es que tengo el concepto de que, al margen de lo que suceda, mientras no realice lo que a mi marido le gusta llamar el acto sexual «ortodoxo», no habré sido realmente infiel. Y por ello, en ese sentido, le he seguido siendo fiel, pero sin prescindir de nada que no esté amparado por esa definición estricta. Aunque prefiero no entrar en detalles.



Esta tarde casi he tropezado con Ikuko. Iba yo en dirección oeste, por Shijo, varias manzanas más allá de los grandes almacenes Fujii Daimaru, cuando la vi salir de una tienda, a unos metros por delante, pero ella se dio la vuelta y se alejó en dirección contraria. Consulté mi reloj: eran las cuatro y media. A juzgar por la hora, debería haber ido en dirección este, hacia casa, pero supongo que me vio venir e intentó evitarme. Debió de sorprenderse, puesto que rara vez me aventuro fuera del distrito de Higashiyama, y casi nunca voy al centro de la ciudad.

Apreté un poco el paso y, cuando estuve bastante cerca de ella, caminé más despacio y la seguí, pero ni la llamé ni ella miró atrás. Los dos seguimos andando, a cierta distancia uno del otro. Entretanto, yo había mirado el escaparate de la tienda de donde ella acababa de salir, un escaparate lleno de accesorios de señora (guantes de encaje y nailon, pendientes de todas clases, colgantes y objetos por el estilo), y entonces reparé en algo que me sorprendió: Ikuko llevaba unos pendientes de perlas.

¿Cuándo había adquirido el gusto de llevar pendientes con el kimono? ¿Los había comprado en la tienda, llevándoselos puestos, o tenía la costumbre de ponérselos cuando yo no la veía? En ocasiones, durante el mes pasado, la he visto ponerse una de esas prendas elegantes llamadas *chabaori*, y hoy la llevaba. Hasta ahora siempre se había negado a seguir la última moda, pero he de admitir que ese estilo no le sentaba nada mal. Recordé algo que escribió Ryûnosuke Akutagawa sobre la atractiva palidez del reverso de las orejas de una mujer china. Las orejas de mi esposa, vistas desde atrás, eran así. Realzaban las perlas, y éstas las realzaban a su vez. El efecto era encantador. Pero no podía creer que aquello había sido idea suya.

Como de costumbre, tenía unos sentimientos encontrados de celos y gratitud. Era mortificante pensar que otro hombre había descubierto ese exótico aspecto de su belleza que a mí se me había pasado por alto. Supongo que los maridos no son tan observadores, porque miran a sus esposas de una manera invariable.

Ikuko cruzó la avenida Karasuma y siguió adelante. Además del bolso, llevaba un paquete largo y estrecho, probablemente de la tienda que acababa de dejar. Yo no acertaba a imaginar qué contenía. Al pasar por Nishinotoin, a fin de que ella supiera que no la perseguía, crucé la calle por donde pasa el tranvía hacia el norte, y la adelanté, haciendo que me viera. Entonces tomé el tranvía de la línea Nishijo-Horikawa en dirección este.

Ella llegó a casa como una hora después que yo. Ya no llevaba los pendientes, y supuse que los tenía guardados en el bolso. Conservaba el paquete, pero no lo abrió en mi presencia.



Quisiera saber si el diario de mi marido revela algo sobre su estado de salud. ¿Hasta qué punto le preocupa? Por supuesto, no tengo manera de descubrir en qué piensa, pero desde hace un mes por lo menos observo que le ocurre algo. Últimamente el color de su cutis está peor que nunca, ceniciento de veras. A menudo titubea cuando sube y baja la escalera. Siempre ha tenido una memoria poderosa, pero se está volviendo muy olvidadizo y, a veces, cuando habla por teléfono, no recuerda el nombre de alguien y parece aturdido. En ocasiones, cuando deambula por la casa, se detiene de repente y cierra los ojos, o se agarra a una columna.

Aunque escribe todas sus cartas al estilo antiguo, en papel enrollado y utilizando pincel, su caligrafía se está volviendo torpe. (Es de esperar que la caligrafía de un hombre se perfeccione con la edad). Sólo veo la escritura de los sobres, pero a menudo incluso en eso se equivoca, tanto en la fecha como en la dirección. Y comete unos errores muy extraños. Por ejemplo, en vez de «marzo» pone «octubre», o bien escribe mal el número de la casa. Cierta vez me sorprendí al ver en un sobre el nombre del destinatario: a pesar de que era su propio tío tenía dos errores. En otra ocasión, en vez de escribir «abril», escribió «junio» y entonces, para corregirlo, eliminó unos trazos del ideograma y acabó dejando «agosto». Cuando se trata de fechas y direcciones, se las corrijo discretamente, pero cuando se equivocó en el nombre de su tío, no supe cómo subsanar el error, por lo que le advertí, como de pasada, que el nombre estaba equivocado. Con toda evidencia, se inquietó, pero procuró parecer sereno. «Ah, sí», me dijo, y dejó la carta sobre la mesa sin corregirla de inmediato. Con los sobres no hay ningún problema, puesto que yo los examino cuidadosamente, pero no sé qué errores encontraría en el interior.

Tal vez sea ya de conocimiento público que se está comportando de una manera rara. El otro día fui a ver al doctor Kodama, el único a quien puedo consultar sobre este asunto, y le pedí que persuadiera a mi marido para que se haga una revisión.

—De eso quería hablarle precisamente —replicó él.

Parece ser que mi marido estaba tan preocupado que fue a ver al doctor Soma y entonces, muy asustado por lo que ese hombre le había dicho, acudió al doctor Kodama.

El médico me explicó que, como no es especialista, no puede efectuar un diagnóstico categórico.

—De todos modos —siguió diciendo—, me ha alarmado ver lo alta que tiene la presión.

—¿A cuánto está? —le pregunté.

El doctor Kodama titubeó un momento.

—No sé si debo decirle esto. Al intentar tomársela, el instrumento casi se rompe. Subió hasta lo más alto de la escala. Y aun así siguió subiendo, de modo que tuve que

pararlo. No puedo decirle lo elevada que es.

Le pregunté si mi marido lo sabía.

—El doctor Soma ya se lo ha advertido, pero él no le ha hecho caso. Le he dicho con toda franqueza que su estado es peligroso.

(Escribo esto porque no creo que importe si lo lee, puesto que el doctor Kodama ya le ha informado).

Supongo que yo soy la culpable de lo que le ocurre. De no haber sido por mis exigencias, él no habría llegado a semejante depravación. Cuando hablé con el doctor Kodama, no pude evitar ruborizarme. Por suerte, él no conoce la verdad de nuestras relaciones sexuales. Parece creer que soy tan pasiva que mi marido es el único responsable de sus excesos. Probablemente él diría que ha llegado a esa situación porque quería proporcionarme placer. No voy a negarlo pero, por mi parte, he hecho todo lo posible para cumplir con mi deber hacia él, he aguantado cosas muy difíciles de soportar. Toshiko me llamaría «una esposa modélica». Creo que, en cierto modo, lo soy.

Pero de nada sirve tratar de determinar la culpa, pues ya es demasiado tarde. Cada uno tentó al otro, nos estimulamos mutuamente, luchamos con desesperación, sin cuartel, y por fin, impulsados por una fuerza irresistible, hemos llegado a esto.

No sé si debería mencionarlo, ni lo que podría suceder si él leyera estas páginas, pero la verdad es que mi marido no es el único con problemas de salud. Yo no estoy mucho mejor. Empecé a notar que algo iba mal hacia finales de enero. Claro que hace años, cuando Toshiko tenía unos diez, empecé a expulsar algo de sangre al toser, y el médico me advirtió que mostraba síntomas de tuberculosis. Sin embargo, como aquello resultó ser una afección benigna, no me preocupé por estos nuevos síntomas. (Y también la primera vez hice caso omiso de los consejos del médico). No es que no temiera morir, sino que mi instinto no me dejaba insistir en ello. Cerré los ojos al terror de la muerte y cedí ciegamente al impulso sexual. Aunque a mi marido le sorprendió semejante temeridad, no tardó en avenirse a mis deseos. Supongo que, de haber sido desafortunada, habría muerto entonces. Pero, a pesar de mi imprudencia, me sobrepuse.

Y así, este año, a finales de enero, tuve una premonición de enfermedad. De vez en cuando siento una sensación de calor y picor en el pecho. Un día de febrero, como ya me sucediera en el pasado, escupí un poco de flema con motas escarlata que contenían un filamento de sangre. No era gran cosa, pero me sucedió dos o tres veces. De momento parece haber cesado, pero no sé cuándo ocurrirá de nuevo. Estoy segura de que tengo fiebre, pues noto una pesadez en el cuerpo y tengo la cara y las manos calientes, pero no pienso tomarme la temperatura. (Cierta vez lo hice, y era de 37,6°. No me la he vuelto a tomar desde entonces). También he decidido no consultar a un médico, aunque tengo sudores nocturnos.

Tal vez lo que me ocurre no sea más grave de lo que fue la vez anterior, pero no se trata de algo que una pueda tomarse a la ligera. Por suerte, como me dijo mi

médico en una ocasión, tengo el estómago fuerte. Según él, las personas con trastornos del pecho suelen adelgazar, y era asombroso que yo no perdiera el apetito. Lo que más me preocupa es que a menudo el pecho me duele intensamente, y por la tarde me siento exhausta. (Para contrarrestar esa sensación me aprieto más fuerte contra Kimura-san. No puedo superarla sin él). Antes el pecho no me dolía tanto ni me sentía tan cansada. Es posible que empeore gradualmente, y este dolor de pecho parece ser grave. Por otro lado, el desorden de mi vida es mayor que antes. Tengo entendido que el exceso de alcohol es sumamente perjudicial si se padece esta enfermedad, y teniendo en cuenta la cantidad de coñac que he tomado continuamente desde comienzos de enero, es un milagro que mi enfermedad no se haya desarrollado. De ser así, si me recupero será un milagro. Ahora que pienso en ello, quizá me he emborrachado tan a menudo porque tenía la sensación latente de que, en cualquier caso, no me queda mucho tiempo de vida.

*13 de abril*



Había pensado en la posibilidad de que mi mujer cambiara de horario, y eso es exactamente lo que ha hecho. Ahora que las vacaciones de Kimura han terminado, ya no pueden reunirse por las tardes. Durante unos días ella ha permanecido en casa en vez de irse enseguida después de comer. Sin embargo, ayer, alrededor de las cinco, apareció Toshiko, como si lo hubieran acordado previamente, e Ikuko empezó a prepararse para salir. Yo estaba en mi estudio, pero no tardé en percatarme de lo que sucedía.

Al cabo de unos minutos ella subió las escaleras y me dijo a través de la puerta:

—Me marchó, pero no tardaré en volver.

—De acuerdo —me limité a decirle, como de costumbre.

—Toshiko está aquí —añadió, deteniéndose al pie de la escalera—. Podéis cenar juntos.

—¿Y tú qué harás? —le pregunté, un tanto irritado.

—Cenaré cuando regrese. Espérame si quieres.

Le dije que no se apresurase por mí.

—Ya me las arreglaré. Podrías cenar fuera.

De repente sentí curiosidad por ver cómo iba vestida. Me levanté, salí al pasillo y miré escaleras abajo. Ella ya había llegado al pie, pero pude ver que ya se había puesto los pendientes de perlas. (Tal vez habría esperado a ponérselos de haber supuesto que yo saldría de mi estudio para mirarla). También se estaba poniendo unos guantes blancos de encaje. Pensé en el paquete del otro día: seguramente contenía esos guantes. A ella parecía incomodarle que la viera así. Toshiko le estaba diciendo lo bien que le sentaban los guantes.

Poco después de las seis y media la asistente me dijo que la cena estaba servida. Al bajar encontré a Toshiko esperándome.

—Todavía estás aquí —le dije—. Puedes comer tú sola.

—Mamá me ha dicho que coma contigo —me dijo, y entendí que ella quería hablarme de algo.

Es cierto que no suelo cenar a solas con mi hija, puesto que en general Ikuko está presente. Últimamente mi mujer sale con mucha frecuencia, antes o después de la cena, pero siempre está en casa a la hora de cenar. Quizás esto explicaba mi tristeza al ver un hueco en la mesa. Hasta ahora nunca me había sentido así. Y la compañía de Toshiko no hacía más que aumentar mi sensación de soledad. Se mostraba demasiado amable conmigo, y, conociéndola como la conozco, no creo que eso fuese casual.

—A ver, papá —me dijo cuando nos sentamos a la mesa—. ¿Sabes adónde va mamá?

—No tengo la menor idea —respondí—. Y tampoco tengo ningún interés en saberlo.

—Pues va a Osaka —dijo ella en un tono terminante, y aguardó para ver mi reacción.

—¿A Osaka? —repetí con brusquedad, pero me contuve—. ¿Cómo es eso? —añadí, con la mayor serenidad posible.

Toshiko me explicó que desde Sanjo hasta Kyobashi hay cuarenta minutos de tren, y desde esa estación a la casa donde va mi mujer cinco o seis minutos a pie.

—¿Quieres que te dé más detalles? —me preguntó, y parecía totalmente dispuesta a hacerlo.

Intenté cambiar de tema.

—Bueno, no importa —le dije—. ¿Cómo es que sabes tantas cosas?

—Yo le ayudé a encontrar ese sitio —dijo ella fríamente—. Kimura-san pensaba que en Kioto los verían, y me preguntó si conocía algún lugar no demasiado lejos, así que recurrí a una amiga mía que es muy mundana, la clase de chica que está enterada de esas cosas.

Mientras hablaba, vertió coñac en una copa y me la ofreció. Desde hace algún tiempo he dejado de beber, pero ella depositó la botella de Courvoisier sobre la mesa. Tomé un sorbo para ocultar mi turbación.

—¿Qué piensas ahora, si no soy demasiado fisgona? —quiso saber.

—¿A qué te refieres?

—Supongamos que mamá insiste en que todavía no te ha traicionado. ¿Le creerías?

Le pregunté si su madre le había dicho tal cosa.

—No, pero lo sé por Kimura-san —respondió ella—. Dice que mamá todavía te es fiel, pero yo no me tomo en serio esa tontería.

Toshiko me sirvió otra copa. La acepté sin vacilación y la apuré. Noté que me estaba embriagando.

—Haz lo que gustes —le dije—. Tú verás si te lo tomas en serio o no.

—¿Y tú cómo te lo tomas? —me preguntó.

—Confío en Ikuko. Nadie tiene que defenderla ante mí. Aunque Kimura dijera que se ha acostado con ella, no le daría crédito. No es la clase de mujer que me engañaría.

—¿Ah, no? —Toshiko soltó una risita apagada—. De todos modos, incluso suponiendo que no se haya acostado con ella, tal como tú lo entiendes, hay formas más indecentes de satisfacer...

—Basta ya —repliqué con brusquedad—. No seas tan descarada. ¡Tú misma hablas como una zorra mundana! ¡Vete a casa! No te necesito aquí.

—¡Pues me marchó! —dijo ella, tirando al suelo el cuenco de arroz. Y salió.

La agitación debida a que Toshiko me había cogido desprevenido tardó largo rato en disminuir. Cuando pronunció «Osaka», sentí una opresión en el pecho, una sensación que duró largo rato. Sin embargo, eso no significa que nunca hubiera sospechado lo que sucede. Tal vez la verdadera conmoción se debió a que me veía enfrentado a algo ante lo que había intentado cerrar los ojos.

Acababa de enterarme de que se reunían en Osaka, pero ¿dónde? ¿En un pequeño hotel, tal vez uno de mala fama? No podía apartar de mi imaginación la clase de lugar que era, la stampa de los dos juntos... «Recurrí a una amiga mía que es muy mundana»... Pensé en un apartamento de una sola habitación, barato y atestado. Los imaginé en una cama alta, de estilo occidental y, curiosamente, descubrí que deseaba que estuvieran ahí, y no sobre el suelo blando, cubierto de esteras de paja entretejida, de una habitación puramente japonesa. «Algún método antinatural en extremo», «formas más indecentes». Los veía en toda clase de posiciones, en una maraña de brazos y piernas...

Empezaron a asaltarme las dudas. ¿Por qué me había revelado Toshiko lo que ocurría? ¿Lo había hecho a instancias de Ikuko? Es posible que ésta hubiera escrito lo mismo en su diario, y entonces hubiese temido que yo no lo leyera, o no admitiera haberlo hecho. Quizás había utilizado a Toshiko para obligarme a reconocer que esta vez se había entregado por completo. Eso era lo que más me preocupaba. Cuando Toshiko dijo que ella no se tomaba en serio esa clase de tonterías, ¿no era Ikuko quien había puesto tales palabras en sus labios? Y ya que hemos llegado a esto, me doy cuenta de mi error al revelar que «muy pocas mujeres igualan sus dotes físicas para hacerlo». Me pregunto durante cuánto tiempo ha sido capaz de resistir la tentación de experimentar con otro hombre.

Uno de los motivos por los que no había dudado de ella hasta ahora era que nunca se ha negado a acostarse conmigo. Incluso cuando era evidente que acababa de ver a Kimura, nunca se ha mostrado reacia a que le hiciera el amor. Por el contrario, me induce a hacerlo, y entendí que esta actitud significaba que no se acostaba con él. Pero había pasado por alto su sensualidad innata. Al contrario que la mayoría de las mujeres, Ikuko acoge con beneplácito la repetición del acto sexual, y puede realizarlo

un día tras otro. Sin duda, a cualquier otra mujer le resultaría insoportable repetir el acto con un hombre al que detesta tras haber dejado al que ama. No obstante, aunque quisiera rechazarme, su cuerpo respondería de buena gana a mi abrazo.

Anoche ella regresó a las nueve. A las once entré en el dormitorio y la encontré ya acostada. Mostró un ardor increíble, hasta tal punto que me vi obligado a adoptar el papel pasivo. Su efusión, su afán, su interés fueron absolutamente satisfactorios. Sus actitudes seductoras, la audacia de su técnica, su manera de tomar la iniciativa, paso a paso, hasta el éxtasis supremo... todo esto demostraba hasta qué punto se ha abandonado al amor.

*15 de abril*



Observo que mi cerebro se deteriora sin cesar. Desde enero, cuando resolví satisfacer a Ikuko, he perdido el interés por todo lo demás. Mi capacidad de pensar se ha reducido tanto que no puedo concentrarme ni cinco minutos. Tengo la mente llena de fantasías sexuales con mi mujer. He sido durante muchos años un lector voraz, fueran cuales fuesen las circunstancias de mi vida, pero ahora me paso el día entero sin leer una sola línea. Y sin embargo, debido a la costumbre adquirida, sigo sentándome ante mi escritorio. Tengo la vista fija en las páginas de un libro, pero apenas leo nada. Es evidente que padezco un trastorno visual que me dificulta en extremo la lectura. Veo las letras dobles y he de repasar la misma línea una y otra vez.

Finalmente he sido embrujado y convertido en un animal que vive de noche, un animal que sólo sirve para copular. Durante el día, cuando estoy encerrado en mi estudio, experimento una fatiga y un hastío intolerables, y al mismo tiempo se apodera de mí una inquietud terrible. Salir a dar un paseo me distrae un poco, pero ando con dificultad debido al vértigo. Siento como si estuviera a punto de caerme hacia atrás. Aunque salga, no me aventuro a ir muy lejos de casa. Apoyado en el bastón, voy renqueando por Hyakumamben, Kurodani y el templo Eikan, me mantengo alejado de las calles concurridas y paso la mayor parte del tiempo descansando en bancos públicos. Tengo las piernas tan débiles que pronto me siento exhausto.

Hoy, cuando regresé, Ikuko estaba en la sala de estar, hablando con la señorita Kawai, la modista. Iba a tomar con ellas una taza de té, pero Ikuko exclamó: «¡No entres precisamente ahora. Vete arriba!». Eché un vistazo, de todos modos, y vi que se estaba probando un vestido de corte occidental. Insistió tanto que subí a mi estudio. Más tarde me llamó para decirme que se ausentaría un rato. Al parecer, se marchaba con la señorita Kawai.

Desde la ventana del piso superior las vi alejarse juntas. Era la primera vez que veía a Ikuko vestida a la manera occidental. Sin duda, cuando empezó a llevar



accesorios con el kimono se estaba preparando para esto. Pero, a decir verdad, la ropa occidental no le sienta muy bien. Yo habría dicho que, en comparación con la señorita Kawai, rechoncha y amorfa, Ikuko resultaría atractiva con esa clase de prendas. Pero la señorita Kawai está acostumbrada a ellas y las lleva con naturalidad. Tampoco los pendientes y los guantes de encaje de mi mujer le sentaban tan bien como cuando llevaba kimono. Entonces tenían un aire de exotismo, pero hoy, con el vestido de corte occidental, parecían artificiales e inadecuados. Había una falta de armonía entre el vestido, los accesorios y la figura de Ikuko.

En los últimos tiempos está de moda llevar prendas japonesas a la manera occidental, pero Ikuko hace lo contrario. Es evidente que está hecha para usar kimono, y tiene los hombros demasiado caídos para la ropa occidental. Peor aún, tiene las piernas arqueadas; son bastante esbeltas y bonitas, pero con una curvatura excesiva desde la rodilla al tobillo. Los tobillos, por encima de los zapatos, son muy gruesos. Además, su porte, su manera de andar, los movimientos de los hombros y el tronco, los gestos de las manos, el ladeo de la cabeza... todo en ella es dócil y femenino al estilo tradicional japonés, un estilo que es apropiado para el kimono.

De todos modos, tanto su figura esbelta y flexible como la desgarrada curvatura de sus piernas despiertan en mí una curiosa voluptuosidad. Es algo que estaba oculto a mi vista cuando llevaba kimono. Mientras la veía alejarse y contemplaba con admiración la distorsionada belleza de sus piernas por debajo de la falda de *tweed*, pensaba en lo que me espera esta noche.

*16 de abril*



Esta mañana fui de compras al mercado de la calle Nishiki. Llevaba semanas sin hacerlo, pues había dejado que la asistente se encargara de todo, pero me ha parecido que al actuar así soy injusta con mi marido, como si me tomara a la ligera mis deberes de ama de casa. Y así hoy he ido a comprar. (Pero debía hacer algo más importante que ir de compras. Me esperaba la dura tarea de satisfacer a mi marido, por lo que ni siquiera tenía tiempo de ir a Nishiki).

En la verdulería habitual compré guisantes, habas y bambú. Este último me recordó que la temporada de las flores de cerezo ha terminado, se ha ido antes de que yo hubiera pensado siquiera en ella. ¿No fue el año pasado cuando Toshiko y yo fuimos juntas a ver las flores, caminando a lo largo del canal desde el pabellón de Plata hasta el templo Honenjin? A estas alturas las flores ya deben de haber caído. ¡Pero qué inquieta e insegura ha sido esta primavera! Los dos o tres últimos meses se han ido en un abrir y cerrar de ojos, como en un sueño.

A las once estuve de regreso, subí a cambiar las flores del estudio, a colocar unas mimosas que madame había cortado en su jardín y nos había enviado. Al parecer, mi

marido acababa de levantarse, pues entró cuando yo estaba arreglando las mimosas. Normalmente es muy madrugador, pero desde hace algún tiempo se levanta tarde.

—¿Te has levantado ahora? —le pregunté.

Él me preguntó si era sábado, y entonces comentó:

—Supongo que mañana estarás todo el día fuera.

Lo dijo con voz soñolienta, como si todavía estuviera medio dormido, pero me di cuenta de que estaba preocupado. Musité una respuesta vaga.

Hacia las dos de la tarde oí a alguien en la entrada, y me encontré con un hombre desconocido que dijo ser un masajista de *shiatsu* de la clínica Ishizuka. Parecía muy improbable que alguno de nosotros hubiera llamado a semejante persona, pero la asistente me informó de que ella había ido a buscarle, por orden de mi marido. Eso era muy extraño. A él siempre le ha desagradado la idea de que le toque un desconocido, y ésta es la primera vez que permite que se le acerque un masajista. La asistente me dijo que se había quejado de tener los hombros tan rígidos que apenas podía volver la cabeza, y ella le dijo que conocía a un maestro de *shiatsu* que obraba maravillas. ¿Por qué no lo probaba? Sus manos parecían mágicas, y, tras una o dos sesiones, se olvidaría de que había tenido ese problema. Mi marido parecía sufrir un dolor intenso, y le pidió a la asistente que llamara al masajista.

El hombre tendría unos cincuenta años y su aspecto era bastante siniestro, delgado y con gafas oscuras. Pensé que tal vez era ciego, pero me equivocaba. La asistente se molestó cuando me referí a él llamándole masajista.

—Se enfadará si le llama así —me dijo—. ¡Es un maestro!

En cuanto entró en el dormitorio, el «maestro» le pidió a mi marido que se tendiera, y se subió a la cama para hacerle el masaje. Llevaba una bata de médico blanca y limpia, pero daba la impresión de que era sucio. No me gustaba verle allí, en la cama. Creo que es muy natural sentir aversión por los masajistas.

—Muy rígido, ¿verdad? —decía el hombre, con un aire de engreimiento ridículo—. ¡Vamos a eliminar esa tortícolis en un periquete!

La sesión de masaje duró un par de horas. Hasta las cuatro.

—Con una o dos sesiones más se sentirá mejor —le dijo a mi marido—. Volveré mañana.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté, cuando el masajista se hubo marchado.

—Algo mejor, pero ha sido una experiencia muy penosa. Me duele todo el cuerpo a causa de los apretones.

Le recordé entonces que el hombre volvería al día siguiente.

—Bueno, dejémosle que lo intente una o dos veces más —replicó él.

Parecía sufrir una rigidez atroz.

—Supongo que mañana estarás ausente todo el día —observó de nuevo.

Me resultaba difícil decirle: «Ahora también me voy», pero no podía evitarlo.

A las cuatro y media me puse mi nueva ropa occidental y los pendientes, y entré un momento en el dormitorio, tan sólo para darle a entender que me iba y

enseñándole adrede los pendientes.

—¿Saldrás a dar un paseo? —le pregunté, para ocultar mi turbación.

—Sí, yo también voy a salir —respondió, tendido boca arriba, todavía extenuado tras el *shiatsu*.

17 de abril



Un día tan decisivo para mi marido lo es también para mí, y tal vez lo que anoto aquí servirá para recordarlo durante el resto de mi vida. Me gustaría dejar constancia de todo lo que ha sucedido, con detalle, sin ocultar nada. Sin embargo, es mejor que no me apesume. De momento lo prudente es evitar los detalles sobre dónde y cómo he pasado el tiempo.

Sea como fuere, había trazado mis planes para el domingo con mucha anticipación, y los llevé a cabo exactamente como me lo había propuesto. Una vez más fui al encuentro de Kimura en nuestro hotel de Osaka y gocé de unas horas de felicidad con él. Hoy el placer ha sido extraordinario, quizá más que en cualquiera de los otros domingos que hemos pasado juntos. Hemos hecho el amor de todas las maneras imaginables. Me he entregado a él por completo y he hecho todo lo que quería. Me he contorsionado en posturas fantásticas que habrían sido impensables con mi marido. ¿Cuándo he adquirido semejante pericia y libertad? No salía de mi asombro, aunque sé que se lo debo todo a Kimura.

Cuando nos reunimos allí siempre nos abandonamos al amor. Lamentamos la pausa más pequeña y nunca desperdiciamos un momento en charla ociosa. Pero hoy Kimura me miró de repente con fijeza.

—¿En qué piensas, Ikuko? —me preguntó. (Hace ya algún tiempo que me llama por mi nombre).

—En nada —respondí.

Pero en aquel preciso momento experimenté algo desconocido hasta entonces: el rostro de mi marido apareció en mi mente. No podía imaginar por qué motivo.

—Se trata de tu marido, ¿no es cierto? —inquirió Kimura cuando me esforzaba por eliminar aquella imagen—. Yo también estoy preocupado por él.

Siguió diciendo que le resultaba violento ir a nuestra casa, y lo cierto era que debía hacernos pronto una visita. Había escrito a su familia, pidiéndole que nos enviara huevos de mújol. ¿Aún no las habíamos recibido?

Eso fue todo lo que nos dijimos, y una vez más nos sumimos en nuestro mundo de amor. Pero ahora me preguntaba si habría tenido una premonición.

Cuando regresé a casa, mi marido estaba ausente. La asistenta dijo que el maestro de *shiatsu* había vuelto y le había tratado de nuevo, por lo menos durante media hora más que el día anterior. Me comunicó lo que el hombre le había dicho a mi marido,

que la rigidez en los hombros era una señal de presión arterial elevada, pero que los médicos no sabían tratar ese problema, ni siquiera los médicos de las selectas facultades de medicina.

—Será mejor que lo deje en mis manos —le había dicho—. Le garantizo que le curaré. No soy sólo especialista en *shiatsu*, sino que también utilizo la acupuntura y la *mogusa*. Si el masaje no surte efecto, usaré las agujas. En un solo día le aliviará el vértigo. Aunque tenga la presión alta, no debe tomársela a cada momento. Mientras haga eso, no hará más que subir. Mucha gente con veinte, veinticuatro o veinticinco de máxima vive perfectamente sin necesidad de ningún cuidado especial. Lo mejor que puede hacer es no preocuparse. Un poco de alcohol y tabaco no le harán ningún daño. Lo superará, ya lo verá —le aseguró—. Puede estar seguro de que la presión alta no va a matarle.

Según la asistenta, mi marido estaba muy entusiasmado con el masajista. Le pidió que, a partir de ahora, acudiera cada día, y dijo que dejaría de ir al médico.

A las seis y media volvió de su paseo, y a las siete cenamos juntos. La asistenta preparó la cena con los ingredientes que compré ayer en Nishiki. Tomamos sopa de brotes de bambú, habas hervidas a la sal y guisantes con cuajada de soja Koya. Había además media libra de filetes de ternera. Mi marido debería seguir una dieta vegetariana, pero, a fin de tener la energía necesaria para satisfacerme, come carne a diario, *sukiyaki*, carne a la parrilla, asados, toda clase de platos. Lo que más le gusta es el filete medio hecho, sanguinolento, y parece sentirse intranquilo si no lo come. En general, yo misma aso los filetes a la parrilla cuando estoy en casa, puesto que es difícil controlar el tiempo justo para que estén en el punto deseado.

Vi que habían llegado las huevas de mújol, y había un plato de ellas sobre la mesa. Mi marido aprovechó esta circunstancia para proponerme que bebiera con él, y sacó la botella de Courvoisier, pero no bebimos mucho. El otro día, cuando se peleó con Toshiko, casi vació la botella. Con una copa cada uno terminamos lo que quedaba. Entonces él subió a su estudio. A las diez y media le dije que el baño estaba preparado. Cuando él terminó, me bañé por segunda vez el mismo día. Me había bañado en Osaka, pero lo hice de nuevo para mantener las apariencias. No es la primera vez que ocurre.

Cuando entré en el dormitorio encontré a mi marido ya acostado. Nada más verme, encendió la lámpara de pie. Ahora le gusta que el dormitorio esté en penumbra, excepto cuando hacemos el amor. El endurecimiento de las arterias parece afectarle la vista, y sufre de visión doble y hasta triple. A veces la tensión es tan fuerte que ha de cerrar los ojos. Por esta razón sólo enciende del todo la lámpara fluorescente en esa ocasión especial. Ahora tiene una bombilla más potente, por lo que la iluminación es muy intensa.

Cuando él me miró bajo aquel resplandor súbito, parpadeó asombrado. Después de bañarme, me había puesto los pendientes. Me metí en la cama y me coloqué de tal manera que él me viera las orejas adornadas. Una cosa tan trivial, la novedad más

sencilla, basta para excitarle. Dice que soy una obsesa del sexo, pero estoy segura de que no existe otro hombre tan obseso como él. Desde la mañana hasta el anochecer eso es lo único que le interesa. Nunca deja de reaccionar a la menor indirecta, y cada vez que ve una oportunidad, la aprovecha.

En un instante se metió en la cama, me abrazó y me cubrió las orejas de besos. Yací allí con los ojos cerrados, dejándole hacer lo que quisiera, y esa sensación, la de ser excitada por un marido de quien ya no puedo decir que le amo, no era del todo ingrata. Incluso mientras pensaba en lo torpes que eran sus besos comparados con los de Kimura, la extraña y cosquilleante sensación de su lengua no me parecía sencillamente desagradable. Lo era, desde luego, pero también tenía una especie de dulzura, y podía gozar de su sabor. Es cierto que detesto a ese hombre desde el fondo de mi corazón, pero cuando pienso en lo enamorado que está de mí, me siento impulsada a llevarle hasta un paroxismo de deseo. Puedo mantener totalmente separados el amor y la lujuria. Por un lado, le trato fríamente, incluso le encuentro repulsivo; por otro lado, tales son mis ganas de seducirle que, antes de darme cuenta, me seduzco a mí misma. Al principio muestro una serenidad glacial, enfrascada en encontrar las maneras de excitarle más. No sin malicia le veo jadear como si se estuviera volviendo loco, y me embriaga la habilidad de mi técnica. Pero al final también yo jadeo de la misma manera, tan excitada como él.

Esta noche he repetido con mi marido, una tras otra, todas las cosas que había hecho con Kimura por la tarde. Qué diferente ha sido... Al principio, incluso sentía lástima de mi torpe esposo. No obstante, mientras así pensaba, me iba excitando tanto como lo había estado por la tarde. Le rodeé con mis brazos, estrechándole con tanta fuerza como si estuviera estrechando a Kimura. (Supongo que él diría que esto es una demostración de mi excesiva susceptibilidad a la excitación sexual). Le abracé una y otra vez, hasta que llegué al borde del orgasmo. En ese momento él se puso a temblar; entonces perdió por completo la vitalidad y acto seguido se desplomó encima de mí.

Supe enseguida que se trataba de algo grave. Cuando le hablé, él sólo respondió con un sonido sordo e ininteligible. Noté un líquido cálido en la mejilla: tenía la boca abierta y babeaba.

*18 de abril*



Recordé lo que el doctor Kodama me dijo que hiciera en un caso de emergencia como aquél. Despacio, trabajosamente, empecé a separarme del cuerpo inerte que tenía encima. (Parecía como si le presionara un peso enorme. Procurando moverle lo menos posible, liberé la cabeza. Pero primero le quité las gafas. Aquella cara pálida, con los ojos semicerrados y los músculos flojos, nunca me había parecido tan

repulsiva). Me levanté de la cama y lentamente, con gran cuidado, le coloqué boca arriba. Entonces le alcé la cabeza y la apoyé en la almohada. Estaba completamente desnudo (lo mismo que yo, salvo por los pendientes), pero como sabía que él necesitaba un reposo absoluto, lo único que hice fue cubrirle con su kimono nocturno.

Todo el lado izquierdo de su cuerpo parecía paralizado. Miré la hora que era: pasaban tres minutos de la una. Apagué la lámpara fluorescente y utilicé sólo la pequeña lámpara que estaba junto a la cama, cubriéndola con un paño. Telefoneé a Toshiko y al doctor Kodama y les pedí que vinieran enseguida. También le dije a Toshiko que despertara al vendedor de hielo y trajera dos bloques. Pese a mi decisión de mantener la calma, me temblaba la mano que sostenía el teléfono.

Toshiko llegó a casa al cabo de unos cuarenta minutos. Yo estaba en la cocina, buscando una bolsa para el hielo. Mi hija entró, dejó el hielo en el escurridor y me miró fijamente para observar mi expresión. Entonces se dio la vuelta con aire de indiferencia y empezó a picar uno de los bloques. Le expliqué la situación de su padre. Ella no mostró ninguna emoción, y se limitó a asentir en ocasiones mientras seguía picando el hielo, como si alarmarse fuese inútil. Entonces fuimos al dormitorio y le aplicamos a mi marido la bolsa de hielo en el lado que no estaba paralizado. No intercambiamos una sola palabra innecesaria, ni siquiera nos miramos... Procurábamos no mirarnos.

El doctor Kodama llegó a las dos. Le pedí a Toshiko que permaneciera al lado de la cama y fui a recibirle. Camino de la habitación, me apresuré a explicarle al médico las circunstancias del ataque que había sufrido mi marido, incluyendo algo que no le había mencionado a Toshiko. Una vez más me ruboricé.

El examen del doctor Kodama fue muy minucioso. Pidió una linterna y la utilizó para comprobar los reflejos oculares del paciente. Entonces solicitó un palillo y Toshiko le trajo un par de la cocina. «Ilumine un poco más la habitación», me dijo, y encendí la lámpara fluorescente. El médico deslizó lentamente la punta del palillo por las plantas de los pies, del talón a los dedos, y repitió ese movimiento varias veces. (Más tarde me dijo que lo hacía con el fin de buscar el reflejo de Babinski. Cuando uno de los pies reacciona doblándose hacia atrás, eso indica que se ha producido una hemorragia cerebral en el otro lado. En este caso debía concluir que una parte del cerebro había quedado bloqueada, en algún lugar del lado derecho).

A continuación retiró la delgada manta con la que yo había cubierto a mi marido y le alzó el kimono de noche hasta el abdomen. (Por primera vez el doctor Kodama y Toshiko comprobaron que mi marido había estado desnudo. A ambos pareció repugnarles la estampa del paciente, tendido bajo aquel crudo resplandor, y yo me sentí más azorada que nunca. Era difícil creer que sólo una hora antes aquel cuerpo había estado encima del mío. A pesar de la frecuencia con que él me había contemplado desnuda, e incluso me había fotografiado, nunca hasta entonces le había mirado de esa manera. Desde luego, podría haberlo hecho si hubiera querido, pero siempre he procurado evitarlo. Cuando él estaba desnudo, intentaba acercarme al

máximo y le abrazaba para no ver la totalidad de su físico. Él ha examinado cada centímetro de mi cuerpo, hasta los poros de mi piel, pero yo nunca he conocido el suyo tan bien como conozco el de Kimura. No he querido conocerlo. Sospecho que sólo me haría detestarle todavía más. Experimenté una sensación extraña al pensar que toda mi vida había dormido al lado de un ser tan deplorable. ¡Y dice de mí que tengo las piernas arqueadas! Él las tiene mucho más).

El doctor Kodama extendió las piernas de mi marido, dejando entre ellas una separación de medio metro más o menos, para que se le vieran bien los testículos. Entonces, con el palillo, le restregó ambos lados del escroto, tal como había hecho con las plantas de los pies. (Más tarde me explicó que así comprobaba los reflejos de los músculos suspensores de los testículos). Restregó un lado y luego el otro, cada uno varias veces. El testículo derecho hizo un lento movimiento de arriba abajo, pero el izquierdo no pareció moverse. (Toshiko y yo procuramos desviar nuestras miradas. Finalmente, mi hija salió de la habitación). A continuación el médico le tomó la temperatura y la presión arterial. La temperatura era normal. Pero la presión era de diecinueve con tendencia a subir. Al parecer, había descendido un poco a causa de la hemorragia.

Durante hora y media el doctor Kodama permaneció al lado de la cama para ver cómo evolucionaba el paciente. Durante ese tiempo le extrajo cien centímetros cúbicos de sangre y le puso una inyección de Neofirina, vitaminas B<sub>1</sub> y K y un concentrado de glucosa al cincuenta por ciento.

—Volveré por la tarde —dijo el médico—, pero sería una buena idea llamar al doctor Soma para que lo examine.

Eso era algo que me había propuesto hacer de todos modos. Le pregunté si debería informar a sus familiares.

—Creo que puede esperar un poco —respondió.

El doctor Kodama se marchó hacia las cuatro de la madrugada. En la puerta le pedí que nos enviara una enfermera lo antes posible.

Como la asistenta llegó a las siete, Toshiko se marchó a su casa de Sekidencho, diciendo que volvería por la tarde.

En cuanto Toshiko se hubo ido, llamé a Kimura. Le dije lo que le había ocurrido a mi marido y añadí que, por el momento, probablemente sería mejor que no viniera a casa. La noticia le alteró y dijo que quería venir a verle aunque sólo fuese un momento, pero le expliqué que su presencia podría trastornarle, pues a pesar de la parálisis y la pérdida del habla, aún parecía parcialmente consciente.

—Entonces me quedaré en la entrada —dijo Kimura—. No subiré a su habitación.

Alrededor de las nueve de la noche mi marido empezó a roncar. Es un viejo hábito suyo, pero hoy era diferente, el sonido era alarmante de veras. Hasta entonces había tenido una vaga conciencia, pero ahora parecía haber entrado en coma. Telefoneé de nuevo a Kimura para decirle que, si seguía como estaba, podía venir a

verle sin ningún peligro.

El doctor Kodama telefoneó a las once.

—Me he puesto en contacto con el doctor Soma —me dijo—. Iremos juntos a ver al paciente a las dos.

Kimura llegó poco después de las doce y media, entre una clase y otra de la mañana del lunes. Entró en la habitación del enfermo y permaneció una media hora sentado al lado de la cama. Yo también me quedé. Kimura se sentó en la silla y yo en la otra cama (mi marido yacía en la mía). De vez en cuando intercambiábamos algunas palabras. Entretanto los ronquidos de mi marido eran cada vez más fuertes, hasta que llegaron a parecer atronadores. (De repente me pregunté si no estaría fingiendo. Vi que Kimura observaba mis recelos, e incluso los compartía, pero, como es natural, ninguno de los dos lo mencionó). Él se marchó a la una. Llegó la enfermera, una chica bonita, de veinticuatro o veinticinco años, llamada Koike. También llegó Toshiko. Por fin estaba libre, y fui a la cocina para comer. Era mi primera comida desde ayer.

A las dos llegaron juntos los doctores Soma y Kodama. Mi marido tenía fiebre desde la mañana, y había llegado a 38,2 °C. El doctor Soma parecía coincidir en general con el diagnóstico del doctor Kodama. Comprobó una vez más el reflejo de Babinski, pero no el otro (al parecer, llamado reflejo escrotal). No creía que fuera aconsejable extraer demasiada sangre. Y le dio al doctor Kodama más consejos, en lenguaje técnico.

Cuando los doctores ya se habían ido, se presentó el masajista de *shiatsu* para otra sesión, y Toshiko le despidió, con una observación sarcástica sobre lo mucho que sus tratamientos habían ayudado a su padre. Dijo eso porque, anteriormente, el doctor Kodama había comentado que el masaje largo y drástico podría haber causado el ataque de mi marido. (Supongo que trataba de consolarme).

La asistente se deshizo en excusas, y dijo que presentarnos a ese hombre había sido un error terrible.

Poco después de las tres, Toshiko me aconsejó que me acostara un rato, y pensé que era una buena oportunidad para dormir un poco. El dormitorio estaba ocupado y había muchas idas y venidas en la sala de estar. La habitación de Toshiko estaba libre, pero a ella no le gusta que nadie la utilice. Tiene cerradas con llave las puertas del armario, las estanterías cubiertas con cristal protector y los cajones del escritorio. Casi nunca he entrado en esa habitación. Así pues, subí al piso de arriba, extendí el futón en el suelo y me acosté para dormir. Supongo que la enfermera y yo nos turnaremos aquí. Pero la verdad es que mi estado de ánimo no era el adecuado para conciliar el sueño. (Quería poner al día mi diario, que me había subido discretamente, asegurándome de que Toshiko no me viera). Tras escribir durante hora y media, finalicé la anotación del día 17. Entonces escondí el diario detrás de la estantería y bajé a la sala, como si acabara de despertarme. Todavía no eran las cinco.

Mi marido ya había salido del coma. De vez en cuando abría un poco los ojos y



miraba a su alrededor. Me dijeron que llevaba unos veinte minutos haciendo eso. El coma, iniciado a las nueve de la mañana, había durado más de siete horas. La señorita Koike me dijo que tenía entendido que, si duraba más de veinticuatro horas es peligroso, por lo que mi marido evolucionaba bien. Pero el lado izquierdo de su cuerpo aún parecía paralizado.

Hacia las cinco y media se puso a farfullar, como si quisiera hablar. No podía entender lo que intentaba decir, pero no pronunciaba tan mal como antes. Movi6 un poco la mano derecha, señalándose la parte inferior del abdomen. Supuse que quería orinar y le di la ampolla, pero no sali6 ni una gota. Parecía estar muy irritado. Cuando le pregunté si tenía ganas de orinar, hizo un gesto de asentimiento, por lo que volví a intentarlo... de nuevo sin resultado. Debía de ser doloroso, puesto que la orina se había acumulado durante tanto tiempo. Llegué a la conclusión de que tenía la vejiga paralizada. Tras llamar al doctor Kodama para que me diera instrucciones, envié a la asistente en busca de un catéter, y la señorita Koike lo utilizó para extraer la orina. Comprobé que la había en gran cantidad.

A las siete le dio al enfermo un poco de leche y zumo de frutas con una botella especial. La asistente se marchó a su casa a las diez y media. Dijo que no podía quedarse durante la noche debido a su familia. Toshiko me preguntó si la necesitaba para algo, y supe lo que me daba a entender: «No hay ningún motivo por el que no debería quedarme, salvo que podría ser inconveniente para ti». Le dije que podía hacer lo que le viniera en gana, pues su padre no corría un peligro especial y parecía mantenerse estable. Si empeoraba, podría ponerme en contacto con ella.

—Sí, supongo que sí —replicó, y a las once se marchó a Sekidencho.

Mi marido parecía amodorrado, sin dormir profundamente.

### *19 de abril*



A medianoche la señorita Koike y yo estábamos sentadas en la habitación del enfermo y guardábamos silencio. Habíamos apartado la lámpara para que no molestara a mi marido, y pasábamos el tiempo leyendo periódicos y revistas. Intenté que fuese a descansar un poco, pero ella no quería. Hacia las cinco de la madrugada, cuando ya empezaba a amanecer, por fin subió al piso superior.

El sol empezaba a filtrarse a través de las persianas y parecía perturbar el sueño de mi marido. De repente observé que tenía los ojos abiertos y miraba en mi dirección. Parecía buscarme, y no sé si realmente podía verme sentada allí, a su lado. Intentaba decirme algo. Lo único que reconocí, o creí reconocer, fue una sola palabra. Tal vez era sólo mi imaginación, pero parecía decir «Ki-mu-ra». Lo demás era sólo una especie de sonido gorjeante, pero esa palabra parecía inequívoca. Quizá también habría dicho el resto de la frase con más claridad de no haber sido tan embarazosa.

Tras repetirla dos o tres veces, se interrumpió y cerró los ojos.

La asistenta llegó a las siete, y poco después lo hizo Toshiko. La señorita Koike bajó al cabo de una hora.

A las ocho y media le dimos el desayuno al enfermo: un cuenco de arroz hervido, una yema de huevo y zumo de manzana. Yo le di de comer con una cuchara. Parecía querer que fuese yo, en vez de la señorita Koike, quien cuidara de él.

Poco después de las diez expresó deseos de orinar. Le puse la ampolla, pero no salía nada. Cuando la señorita Koike intentó aplicarle la sonda, él se mostró contrariado e hizo un gesto como para decir: «¡Quita ese trasto de aquí!». Lo único que pudimos hacer fue colocarle de nuevo la ampolla, y diez minutos después aún no había ningún resultado. Parecía muy irritado. La señorita Koike sacó de nuevo el catéter y habló con él como si tratara de razonar con un niño.

—Comprendo que esto no le guste, pero luego se sentirá mucho mejor. Vamos, déjeme que se lo ponga, por favor. Le aliviará enseguida.

Él trataba de decirnos algo, de indicarlo con las manos, y las tres, Koike, Toshiko y yo, le preguntábamos una y otra vez qué era lo que quería. Comprendimos que se dirigía a mí, y estaba diciendo: «Si hay que usar el catéter, hazlo tú. Que Toshiko y la enfermera se vayan». Finalmente Toshiko y yo le persuadimos de que la enfermera era la única que podía hacerlo adecuadamente.

A mediodía le di el almuerzo. Era más o menos lo mismo que había tomado para desayunar, pero parecía tener un apetito bastante bueno.

Kimura llegó a las doce y media. Hoy sólo he hablado con él en la entrada. Le he dicho que mi marido ha salido del coma, que parece mejorar gradualmente y que ha musitado algo que parecía ser su nombre: «Kimura».

A la una nos ha visitado el doctor Kodama y ha dicho que el paciente está haciendo unos progresos satisfactorios. Aún debíamos tener mucho cuidado, pero si su recuperación proseguía a aquel ritmo, todo iría bien. La presión arterial sistólica era de 16,5, la diastólica de 11. La temperatura había bajado a 37,2°. Hoy ha vuelto a comprobar el reflejo de Babinski y el escrotal. Durante esta última prueba me pregunté con inquietud si mi marido la toleraría, pero lo hizo, y permaneció mirando el vacío con los ojos vidriosos y sin expresión. El doctor Kodama también le ha puesto una inyección de dextrosa, neofirina y vitaminas.

He intentado en la medida de lo posible que no se difundiera la noticia del ataque, pero en la escuela ya lo saben. Esta tarde ha habido varias llamadas telefónicas y visitas. Han empezado a enviarle flores, fruta y cosas por el estilo. Ha venido madame, quien se ha mostrado tanto más solidaria al saber que se trata de la misma dolencia de su marido. Nos ha traído unas lilas de su jardín. Toshiko las ha puesto en un florero y las ha colocado en una mesilla de noche junto a la cama del enfermo.

—Mira, papá, estas flores son del jardín de madame —le ha dicho.

También nos han enviado unas mandarinas, que a él tanto le gustan. Las he licuado en la mezcladora y le he dado el zumo.

A las tres lo he dejado todo a cargo de Toshiko y la señorita Koike y he subido a la habitación de mi hija. Tras escribir en mi diario, he intentado dormir un poco. Como es natural, por entonces estaba muy fatigada, y he dormido profundamente unas tres horas.

Esta noche Toshiko se ha ido de casa a las ocho, poco después de cenar. La asistente se ha marchado a las nueve y media.

*20 de abril*



La una de la madrugada. La señorita Koike se ha retirado a descansar y me he quedado a solas con mi marido. Éste dormitaba desde el anochecer, pero, unos diez minutos después de que la enfermera se hubiera marchado, empecé a pensar que en realidad podría estar despierto. Yacía en la penumbra, pero le oía moverse y farfullar. Le miré sigilosamente y vi que, tal como había imaginado, tenía los ojos abiertos. Estaba mirando en mi dirección, pero más allá de mí. Parecía mirar fijamente las lilas dejadas allí por Toshiko. La lámpara estaba cubierta, de modo que sólo iluminaba una pequeña parte de la habitación. En ese pequeño círculo de luz, apenas suficiente para leer el periódico, las lilas tenían un tenue brillo. Mi marido parecía contemplar inexpresivamente la pálida silueta de las flores, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Por alguna razón, me molestó. Ayer, cuando Toshiko le dijo que eran del jardín de madame pensé, aunque no sabría decir qué le impulsó a hacerlo, que no debería haberlo mencionado en aquel momento. Supongo que él la oyó. Y aunque no fuese así, esas flores deben de haberle recordado el arbusto de lilas en el jardín de Sekidencho, y entonces habrá pensado en la casita de Toshiko y en todo lo que sucedió allí de noche.

Puede que sólo fuese mi imaginación, pero mientras le miraba a los ojos pensé que esa clase de fantasías anidaban en sus vacuas profundidades. Me apresuré a apartar la lámpara de las flores.

Siete de la mañana. Saqué el florero de lilas de la habitación y lo sustituí por unas rosas en un cuenco de cristal.

Una de la tarde. Visita del doctor Kodama. La temperatura ha bajado a 36,8°. La presión arterial vuelve a subir: sistólica, 18,5; diastólica, 14. Para corregirla, una inyección de neohipotonina. El doctor Kodama ha vuelto a efectuar la prueba del reflejo escrotal. Le acompañé a la puerta, y salí con él para consultarle algunas cosas. Le dije que la parálisis de la vejiga continuaba, por lo que esta mañana la señorita Koike había tenido que usar de nuevo el catéter y que mi marido se incomodaba cada vez que lo hacía; le dije también que el más ligero inconveniente le ponía nervioso, pero lo que más le irritaba era que las manos, las piernas y la boca no respondieran a su voluntad.

El doctor Kodama dice que deberíamos darle Luminal para serenarle y facilitarle el sueño.

Hoy Toshiko no se ha presentado hasta las cinco de la tarde. Alrededor de las diez he empezado a oír roncar a mi marido, no esos ronquidos anormales de anteayer, sino su manera habitual de roncar cuando duerme. Al parecer, la inyección de Luminal ya había surtido efecto. Toshiko le contempló un momento la cara, y observó que parecía descansar bien. Se marchó poco después, y la asistente no tardó en hacerlo también. Le dije a la señorita Koike que fuese a acostarse.

Hacia las once de la noche sonó el teléfono. Era Kimura.

—Discúlpame por molestarte a esta hora —me dijo.

¿Le había informado Toshiko de que yo estaba sola?

Preguntó cómo le iba a mi marido. Se lo dije, y añadí que dormía profundamente, gracias a la sedación.

—¿Podría pasar por tu casa un momento? —me preguntó. ¿Para qué querría verme?

—De acuerdo, si esperas en el jardín hasta que salga por la parte trasera —le respondí en voz muy baja, acercando la boca al teléfono—. No toques el timbre. Si no salgo, será porque es inconveniente. En ese caso, vete a casa, por favor.

Al cabo de un cuarto de hora oí el ligero sonido de unas pisadas en el jardín. La ruidosa respiración de mi marido era tan regular como de costumbre. Hice entrar a Kimura por la puerta trasera, y hablamos durante media hora en la habitación de la asistente.

Cuando regresé al lado de mi marido, seguía roncando apaciblemente.

## *21 de abril*



Una de la tarde. Visita del doctor Kodama. Presión arterial sistólica, 18; diastólica, 13,6. Ha bajado un poco, pero no estará fuera de peligro hasta que la diastólica sea de diecisiete, con una diferencia por lo menos del cincuenta por ciento entre ambas lecturas. Pero por fin la temperatura ha vuelto a la normalidad. Esta mañana ha podido orinar en la ampolla. Tiene buen apetito. Come todo lo que le doy, aunque de momento sigue una dieta blanda.

A las dos dejé a la señorita Koike junto al enfermo y me fui a la cama. Tras escribir en mi diario, dormí hasta las cinco. Cuando bajé, Toshiko había llegado. A las cinco y media, cuando aún faltaba otra media hora para la cena, le pusimos otra inyección de Luminal. El doctor Kodama nos aconsejó que se la pusiéramos siempre a esa hora, puesto que tarda cuatro o cinco en hacer efecto, pero advirtió a la señorita Koike que no le dijera que se trata de un sedante: debe dejarle pensar que es un medicamento para reducir la presión arterial.

A las seis, cuando vio la bandeja de la cena, mi marido empezó a farfullar. No podía entender lo que decía, pero lo repitió dos o tres veces. Le di arroz hervido, pero él repitió lo mismo, como si no quisiera tomar lo que le daba. Pensé que tal vez no le gustaba que yo lo hiciera, y entonces lo intentó Toshiko y a continuación la señorita Koike. Pero no era eso lo que él pretendía. Entretanto, yo había empezado gradualmente a entenderle. Por increíble que parezca, estaba diciendo: «biiisteec». Y mientras lo decía me miró con una expresión suplicante, y cerró los ojos de nuevo. Supuse qué era lo que estaba pensando, pero la señorita Koike probablemente no lo imaginaba, y quizá Toshiko tampoco. Hice un discreto gesto negativo con la cabeza, dándole a entender que debería esperar, que ahora no debía pensar en tales cosas. No sé si me comprendió. Sea como fuere, no insistió más y abrió la boca dócilmente para sorber la cucharada de arroz que yo le ofrecía.

Toshiko se marchó a las ocho, y la asistenta una hora más tarde. A las diez mi marido se quedó profundamente dormido y empezó a roncar. Le dije a la señorita Koike que subiera a descansar.

A las once oí ruido de pisadas en el jardín. Le hice pasar por la puerta trasera y entramos en la habitación de la asistenta. Se marchó a las doce. Los ronquidos continuaban.

## *22 de abril*



No hay apenas cambios en el estado del enfermo. La presión arterial es un poco más elevada que ayer. Duerme bastante bien gracias al sedante, pero durante el día tiene la mente turbia y a menudo está de mal humor. Aunque el doctor Kodama dice que necesita por lo menos doce horas de sueño profundo, lo más probable es que no duerma más de seis o siete. Parece ser que el resto del tiempo tan sólo dormita. Según mi experiencia, sólo está dormido cuando ronca, pero ahora hay ocasiones en que incluso sus ronquidos me parecen sospechosos. Mañana, con permiso del médico, empezaremos a administrarle Luminal dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde.

Toshiko y la asistenta se marcharon a la hora de costumbre. A las diez empezaron los ronquidos. A las once oí pisadas en el jardín.

## *23 de abril*



Ha pasado casi una semana desde que mi marido sufrió el ataque. A las nueve de

la mañana, cuando la señorita Koike llevaba la bandeja del desayuno a la cocina, vio que estábamos solos e intentó hablar.

—Di-a-rio, di-a-rio —decía.

En comparación con la palabra que pronunció ayer, «biiiisteec», ésta era muy clara. Repitió la palabra «diario»; era evidente qué le preocupaba.

—¿Quieres escribir en tu diario? —le pregunté—. ¡Aún es demasiado pronto para que puedas hacer eso!

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿No? —le dije—. ¿Entonces no se trata de tu diario?

—El tuyo... —replicó.

—¿El mío? —exclamé.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué... qué estás haciendo... en tu diario? —inquirió.

Fingí que su pregunta me enojaba.

—Sabes muy bien que jamás he llevado un diario.

Él sonrió débilmente y asintió, como si dijera: «¡Sí, claro! Comprendo». Era la primera vez que me sonreía, incluso de una manera vaga, pero su sonrisa era bastante misteriosa.

La señorita Koike desayunó en la sala de estar, y hacia las diez regresó al dormitorio. Entonces, sin decir una sola palabra, inició los preparativos para inyectarle el Luminal en el brazo.

—¿Qué es esto? —preguntó él con recelo. Nunca le habían puesto una inyección a esa hora de la mañana.

—Todavía tiene un poco alta la presión —le dijo ella—. Voy a darle algo para bajarla.

Una de la tarde. Visita del doctor Kodama. Hacia las dos, al oír los ronquidos de mi marido, he subido a descansar. Cuando he bajado, a las cinco, los ronquidos ya habían cesado. Según la señorita Koike, había dormido menos de una hora, y después permaneció adormilado. Parece ser que todavía no puede descansar muy bien durante el día, ni siquiera con un sedante. Después de la cena le hemos puesto la segunda inyección.

A las once en punto he oído pisadas en el jardín.

*24 de abril*



Hoy ha sido el primer domingo tras el ataque de mi marido. Han venido dos o tres visitantes, pero no les he permitido pasar. El doctor Kodama no ha venido a verle. No hay ningún cambio en su estado.

Toshiko llegó hacia las dos, mucho antes de lo habitual. Últimamente ha venido al

atardecer y sólo se ha quedado unas pocas horas. Hoy, de pie al lado de su padre, que estaba profundamente dormido, ha comentado mirándome a la cara:

—He pensado que podrías tener muchas visitas —no le contesté, y ella siguió diciendo—: ¿No tienes que ir de compras, mamá? ¿Por qué no sales a tomar un poco el aire, hoy que es domingo?

Me pregunté si eso había sido idea suya o si él le había pedido que me lo sugiriese. Por supuesto, a él no le habría resultado difícil decirme algo. ¿Prefería que Toshiko lo hiciera por él, o ella actuaba así debido a sus sospechas?... De improviso le vi en nuestro hotel de Osaka, esperándome con impaciencia, en aquel mismo momento. ¿Y si realmente estuviera allí? Pero me dominé, pues, al fin y al cabo, era demasiado improbable. Sin embargo, no podía quitármelo de la cabeza. En cualquier caso, estaba claro que no tenía tiempo de ir a Osaka. Una ausencia tan prolongada era imposible. Tendría que esperar por lo menos hasta el próximo domingo.

Pero otra cosa ocupaba mi mente, y le dije a Toshiko que iría a hacer unas compras al mercado de Nishiki y que estaría de regreso al cabo de una hora. Eran las tres cuando salí de casa.

Tomé un taxi y fui rápidamente a Nishiki. En primer lugar, para justificar el viaje, compré tortas de gluten de trigo, tofu tostado y unas verduras. Entonces subí a pie por Teramachi hasta Sanjo, y entré en la papelería para comprar diez hojas grandes de papel de arroz y una cartulina. Pedí que cortaran las hojas de acuerdo con el tamaño de mi diario y, una vez envueltas cuidadosamente, las metí en la bolsa de la compra, debajo de las verduras. Fui a la calle Kawaramachi en busca de un taxi, pero no puedo dejar de anotar que le llamé desde el mercado.

—No, hoy no tenía pensado salir —me dijo, vacilante, como si creyera que yo podría sugerirle un encuentro.

No hablamos más que unos minutos.

Llegué a casa poco después de las cuatro (probablemente había estado ausente algo más de una hora), escondí el paquete de papel de arroz detrás del paragüero y fui a la cocina para darle a la asistenta la bolsa de las compras. Mi marido aún parecía dormido, aunque no roncaba.

Lo que me preocupaba era esa pregunta sobre mi diario. ¿Por qué había dicho eso? ¿Había olvidado, en su confuso estado mental, que no debía dar a conocer la existencia del cuaderno? ¿O acaso su atrevimiento era una manera de decirme que ya no veía ninguna necesidad de fingir? ¿Y cuando intenté zafarme del asunto diciéndole que nunca había llevado un diario, su extraña sonrisa significaba que dejara de hacerme la inocente? Sea como fuere, era evidente que quería saber si había continuado mi diario. El paso siguiente sería plantearme su deseo de verlo. Puesto que ya no puede leerlo a mis espaldas, ha empezado a insinuar que le gustaría tener mi permiso para hacerlo. He de estar preparada para cuando me lo pida abiertamente.

Por lo que respecta a las anotaciones hasta el 16 de este mes, estoy dispuesta a mostrárselas cuando guste. Pero nunca debe saber que no se detienen ahí. «Has

estado leyendo mi diario en secreto —le diré—, por lo que ya no tiene sentido que lo esconda. Léelo cuanto quieras, aunque no creo que valga la pena. Como verás, se interrumpe el día 16. Desde entonces, he estado demasiado ocupada y no he tenido tiempo para llevar el diario, ni tampoco he hecho nada sobre lo que merezca la pena escribir».

Pero tendré que probarlo mostrándole que, después del día 16, las páginas están en blanco. Utilizaré el nuevo papel de arroz para dividir el cuaderno tras esa fecha, añadir el número apropiado de hojas en blanco y volver a encuadernarlo en dos volúmenes.

Acusaba la falta de mi siesta de la tarde, por lo que subí para descansar alrededor de una hora. Cuando bajé, a las seis y media, llevaba conmigo el diario y lo guardé en el cajón del armario, en la sala de estar. A las diez le dije a la señorita Koike que se fuese a dormir al piso de arriba. A las once oí pisadas en el jardín.

### *25 de abril*



A medianoche le despedí y cerré la puerta de la cocina. Entonces permanecí cerca de una hora en el dormitorio, con el oído atento. En cuanto tuve la seguridad de que mi marido estaba dormido, fui a la sala de estar y me dediqué a encuadernar de nuevo mi diario. Cuando terminé guardé la parte con las anotaciones hasta el día 16 en el cajón del armario y llevé la parte que comienza el 17 al piso de arriba, donde la escondí detrás de los estantes. Empleé una hora en esta tarea. Eran las dos cuando regresé al dormitorio. Él dormía profundamente.

Una de la tarde. Visita del doctor Kodama. Ningún cambio en particular. Últimamente la presión arterial máxima ha oscilado entre dieciocho y diecinueve. El doctor Kodama frunció el ceño y expresó su deseo de que descendiera un poco más. Como de costumbre, mi marido no pareció dormir muy bien durante el día. A las once oí pisadas en el jardín.

### *28 de abril*



A las once, pisadas en el jardín...

### *29 de abril*





A las once, pisadas en el jardín...

*30 de abril*



Una de la tarde. Visita del doctor Kodama. Dice que el doctor Soma debería examinar de nuevo al paciente a comienzos de la próxima semana. A las once, pisadas en el jardín.

*1 de mayo*



Hoy ha sido el segundo domingo después del ataque. Toshiko llegó poco después de las dos de la tarde, como el domingo pasado. Escuchó atentamente para asegurarse de que su padre dormía, y entonces, en voz baja, me instó a salir de compras y a tomar un poco el aire.

—¿Tú crees? —le pregunté, vacilante.

—Papá está bien —replicó—. Sólo se ha quedado dormido. Vete, mamá, y, camino de casa, haz un alto en Sekidencho. Tenemos el baño caliente.

Supuse que había algo oculto tras esas palabras.

—Bueno, entonces estaré fuera sólo una o dos horas —le dije a Toshiko.

Eran cerca de las tres cuando salí de casa.

Fui directamente a Sekidencho, donde encontré a Kimura. Madame estaba ausente. Kimura me dijo que Toshiko le había telefoneado para pedirle que fuese a la casa y estuviera allí dos o tres horas, mientras ella visitaba a su padre. El motivo era que había prometido a madame, quien estaba pasando el día en Wakayama, que cuidaría de la casa. En lugar del baño preparado, estaba Kimura.

Por primera vez en varias semanas hemos podido pasar juntos unas horas de asueto. Sin embargo, por alguna razón, nos sentíamos inquietos y no podíamos serenarnos. A las cinco me despedí de él y me apresuré a hacer las compras en un mercado cercano. Temía que mi marido se hubiera despertado.

—Has vuelto temprano —me dijo Toshiko.

Cuando le pregunté cómo había estado su padre, me respondió que había dormido sorprendentemente bien, y que ya llevaba así más de tres horas. Desde luego, roncaba con estrépito.

—Su hija ha cuidado del paciente mientras yo iba a bañarme —dijo la señorita Koike, con la cara rosada y lustrosa, como si acabara de salir de la bañera.

¡Así pues, había ido al baño público! Sin poder evitarlo, pensé que Toshiko se

había ocupado de ello. Por supuesto, era a la señorita Koike a quien le correspondía ir. Desde que mi marido está enfermo, sólo hemos calentado el baño de casa dos o tres veces, y la asistente, la señorita Koike y yo hemos ido al baño público más o menos a días alternos, por la tarde. Toshiko debía de haber sabido eso cuando me dijo que saliera. Ha sido un descuido por mi parte no pensar en ello. Supongo que lo habría hecho, como también habría recordado que la señorita Koike invierte casi una hora en bañarse, pero cuando Toshiko mencionó que el baño estaba preparado en Sekidencho el corazón me dio un vuelco y me hizo olvidar por completo la necesidad de tomar precauciones.

¡Ahora sí que la he hecho buena!, pensé, mientras las dejaba y subía para hacer la siesta.

Saqué el diario de su escondite detrás de la estantería y lo examiné con sumo cuidado. Tal vez debería haberlo sellado con cinta adhesiva, pero no se me había ocurrido llegar a tal extremo de cautela. Así pues, no tenía manera de averiguar si lo habían abierto... pero me dije que sólo estaba imaginando cosas y que había permitido que mis celos me llevaran demasiado lejos. ¿Cómo podía nadie saber que había dividido mi diario y había escondido la parte en la que ahora escribo en el piso de arriba? Examinar el problema desde ese ángulo me procuró una sensación de alivio.

Pero a las ocho, cuando Toshiko partió hacia Sekidencho, volví a sentirme preocupada. Fui a la cocina y le pregunté a la asistente si alguien había subido al estudio por la tarde. Ella me sorprendió al decirme que Toshiko lo había hecho. Parece ser que la señorita Koike salió como un cuarto de hora después de que yo lo hiciera, y entonces Toshiko subió al piso superior. Bajó al cabo de unos minutos y volvió al dormitorio. «Parecía hablar de algo con el señor», me informó la asistente.

—Creía que estaba dormido —le dije.

—Se despertó de repente —replicó la mujer, y añadió que Toshiko subió de nuevo más tarde, pero sólo permaneció arriba un momento. Entonces la señorita Koike regresó del baño público.

—Pero él estaba roncando cuando llegué a casa —objeté.

—No lo hizo mientras usted estuvo ausente —dijo ella—. Se durmió poco antes de su llegada.

Empecé a comprender que mis temores no eran tan infundados como había supuesto. Tal vez debería tratar de consignar lo que Toshiko debe de haber hecho hoy. A las tres, tras conseguir librarse de mí, envió a la señorita Koike al baño público. Entonces, tanto si lo hizo instigada por mi marido como si no, buscó mi diario en el armario de la sala de estar y se lo llevó a su padre. Él observó que las anotaciones finalizan el 16 de abril, y le dijo que debía de existir otro cuaderno escondido en alguna parte... ¡ése es el que deseaba ver! Entonces ella registró las estanterías de su estudio, lo encontró y lo llevó abajo para mostrárselo. Es posible incluso que se lo leyera. A continuación llevó el cuaderno arriba y lo devolvió a su escondite. La

señorita Koike regresó, y él, una vez más, fingió que dormía. A las cinco llegué a casa. Eso es lo que ha ocurrido, aunque resulta difícil de creer que haya tenido lugar con tanta facilidad en las dos o tres horas que he estado ausente. Entonces recordé que el domingo pasado, el 24 de abril, también salí a instancias de Toshiko. Es decir, mi hija emprendió esta obra ya el domingo pasado. Por la mañana del sábado, el día 23, cuando estábamos solos mi marido y yo, él me dijo: «Diario..., diario...», es decir, no había duda de que él deseaba leer mi diario. ¿Quién podría decir que la tarde del día 24, cuando salí, mi marido no repitió lo mismo ante Toshiko y Koike? (Tal vez ese día Koike también fue al baño público, pero la asistente no lo recuerda). Como el enfermo sabe que no voy a hacerle caso por mucho que me lo pida, recurrió a Toshiko. Eso es lo que probablemente habrá sucedido. No recuerdo que haya informado a Toshiko de que llevo un diario, pero tal vez lo sabe por Kimura o por ciertos detalles. Y, además, al oír a su padre mencionar la palabra «diario», habrá caído de inmediato en la cuenta. «Armario...», dice el enfermo señalando la sala de estar. Toshiko busca en el cajón del armario, pero no encuentra ahí el cuaderno. «Ah, ya sé, seguramente estará en el piso de arriba», se dice Toshiko, y sube a buscarlo. Puedo imaginar fácilmente esa escena. De todas maneras, así se supo el domingo pasado que sigo llevando el diario después del día 16, y hoy se ha sabido que éste está dividido cuidadosamente en dos tomos, uno de los cuales se encuentra en la planta baja y el otro en el piso superior. De ser así, se explica que todo eso haya ocurrido en sólo dos o tres horas.

Pero, suponiendo que mis conjeturas sean acertadas, ¿cómo voy a proteger mi diario a partir de ahora? No puedo resignarme a abandonarlo tan sólo porque he cometido un error. No obstante, he de tomar medidas para que no se repita. En lo sucesivo dejaré de escribir arriba a la hora de la siesta. Bien entrada la noche, cuando tanto mi marido como la señorita Koike estén dormidos, efectuaré una nueva anotación y entonces esconderé el cuaderno en un lugar realmente seguro.

### *9 de junio*



Durante largo tiempo he descuidado mi diario. No lo he tocado desde el 1 de mayo, la víspera del día en que otra apoplejía acabara con la vida de mi marido. Eso se ha debido en parte a que su muerte repentina me cargó con toda clase de deberes familiares, y en parte a que he perdido el deseo, o tal vez debería decir el incentivo, de continuarlo. El motivo de la «pérdida de incentivo» no ha cambiado, por lo que es posible que ésta sea la última anotación que hago. Por lo menos, aún no he decidido seguir adelante.

Creo sinceramente que un diario que he logrado redactar durante ciento veintidós días, a partir del 1 de enero, merece que lo lleve a su conclusión, en lugar de

abandonarlo sin más. Pero no obro así tan sólo por un sentido del orden. Creo que a estas alturas vale la pena examinar una vez más el conflicto de nuestra vida sexual, y tratar de recordar sus diversas fases. Si comparo su diario con el mío debería ser capaz de comprender lo que sucedió realmente. Por otro lado, había una serie de cosas que yo vacilaba en poner por escrito cuando él vivía. Quisiera añadirlas como una especie de posdata, a fin de concluir esta relación.

Como he dicho, mi marido falleció de repente. Desconozco la hora exacta, pero fue el 2 de mayo, probablemente hacia las tres de la madrugada. Su enfermera, la señorita Koike, dormía arriba, y Toshiko había regresado a Sekidencho. Yo era la única que estaba en la habitación del enfermo. A las dos, puesto que roncaba apaciblemente, fui con sigilo a la sala de estar, donde empecé a efectuar una anotación en mi diario. Hasta entonces, desde el día en que él cayó enfermo hasta el 30 de abril, había escrito sólo por las tardes. Iba al piso de arriba como si fuese a echar la siesta, y aprovechaba la ocasión para anotar lo sucedido el día anterior. Pero el domingo, 1 de mayo, tuve la impresión de que Toshiko y mi marido leían esta parte de mi diario, que yo ocultaba cuidadosamente. Decidí cambiar de hábitos, escribir sólo por la noche y buscar un nuevo escondite. (Sin embargo, como no se me ocurría ninguno bueno, dejé el diario en su lugar habitual y bajé. Esa noche, en cuanto Toshiko y la asistenta se hubieron ido, volví a sacarlo y lo guardé bajo el kimono. Poco después la señorita Koike se fue a la cama. Yo estaba preocupada porque aún no había dado con un lugar seguro donde ocultar el cuaderno. Claro que disponía de toda la noche para pensar en ello. Si era preciso, podía incluso meterlo entre las tablas flojas del techo o en el ropero de la sala de estar...).

Así pues, el 2 de mayo, a las dos de la madrugada, fui a la sala de estar, saqué el diario que llevaba conmigo y me puse a escribir. Poco después reparé con un sobresalto en que la respiración de mi marido, tan ruidosa unos momentos antes, se había vuelto inaudible. No nos separaba más que un delgado tabique, pero yo estaba tan absorta que no me había percatado del silencio. Me di cuenta de ello cuando acababa de escribir estas palabras: «Bien entrada la noche, cuando tanto mi marido como la señorita Koike estén dormidos, efectuaré una nueva anotación y entonces esconderé el cuaderno en un lugar realmente seguro».

Dejé de escribir y agucé el oído, inclinando la cabeza hacia el dormitorio, pero no oí nada, así que me levanté y fui a verle. Estaba tendido boca arriba (solía dormir así, mostrando su rostro grisáceo y sin gafas, que no se ponía nunca desde el ataque. Me resultaba difícil no mirarlo). Parecía dormir tranquilamente, aunque no era fácil asegurarlo porque la pantalla de la lámpara estaba cubierta por un paño y él tenía la cabeza en la zona oscura.

Tomé asiento y le contemplé en la penumbra, pero parecía extrañamente inmóvil, hasta tal punto que retiré el paño de la lámpara y dejé que la luz le iluminara el rostro. Entonces vi que tenía los ojos semiabiertos, la mirada fija, rígida y sesgada. Me dije que estaba muerto, y cuando le toqué la mano, la noté fría. Pasaban siete minutos de

las tres, de modo que sólo podía estar segura de que había muerto en algún momento entre las dos y las tres y siete minutos de la madrugada del 2 de mayo. Debía de haber muerto mientras dormía, sin dolor. Durante unos instantes, como una cobarde que contemplara las profundidades de un abismo, retuve el aliento y contemplé aquel rostro grisáceo. Los recuerdos de nuestra luna de miel se atropellaron en mi mente. Entonces me apresuré a cubrir de nuevo la lámpara.

Al día siguiente, tanto el doctor Soma como el doctor Kodama me dijeron que no habían esperado que sufriera tan pronto otro ataque. Según ellos, hasta hace unos diez años, la mayoría de los pacientes sufrían la segunda apoplejía al cabo de dos o tres años, y en algunos casos después de siete u ocho, y ese segundo ataque solía ser fatal. Pero ahora, gracias a los avances de la medicina, las cosas eran diferentes. Había personas que sufrían una o dos apoplejías y luego se recuperaban, y algunas incluso sobrevivían a tres o cuatro. En el caso de mi marido, existía un claro peligro de recaída, porque, al contrario que la mayoría de los hombres cultos, tendía a hacer caso omiso de los consejos de su médico. De todos modos, ellos no habían pensado que ocurriría tan pronto. El paciente aún no tenía sesenta años, y una vez hubiera recuperado la salud, por muy lentamente que lo hiciera, habría seguido en activo durante varios años más, quizá durante unos diez, si todo iba bien. Era realmente inesperado... o eso es lo que dijeron.

Desde luego, no puedo saber si eran sinceros conmigo, pero es posible que lo fueran. Los médicos nunca son muy exactos en la predicción de cuánto vivirá una persona. Por mi parte, tenía la sensación de que el fallecimiento se había producido más o menos como había esperado, y no me tomó por sorpresa. A menudo me equivoco en mis intuiciones, quizá con demasiada frecuencia, pero esta vez había acertado. E imagino que Toshiko también.

Ahora quiero releer nuestros diarios y compararlos, recorriendo las etapas por las que llegamos a esta separación definitiva. Fue él quien, hace muchos años, antes de que nos casáramos, me sugirió que llevara un diario. Tal vez debería empezar por ahí, a fin de estudiar a fondo nuestras relaciones. Pero no soy la clase de persona adecuada para llevar a cabo esa investigación. Sé que hay docenas de diarios polvorientos acumulados en el altillo de su estudio, a los que sólo es posible llegar con una escalera de mano, pero no tengo la paciencia necesaria para leer ese voluminoso registro de sus días. Como él mismo decía, evitaba meticulosamente cualquier mención a nuestra vida sexual. En enero de este año empezó a escribir sobre ese tema con toda libertad y casi de manera exclusiva, y yo empecé a rivalizar con él llevando mi propio diario. Al comparar las anotaciones a partir de esa fecha (y llenar las lagunas), debería ser capaz de ver cómo amaba cada uno, cómo nos entregábamos a nuestras pasiones, cómo nos engañábamos y tendíamos trampas, hasta que uno de los dos fue destruido. No creo que tenga ninguna necesidad de remontarme a épocas anteriores.

En su anotación del día de Año Nuevo dice de mí que soy una mujer «sigilosa,

amante de los secretos, que practica siempre la ocultación y finge no saber nada». Eso es del todo cierto. En conjunto, él era mucho más sincero que yo, y he de admitir que su diario contenía muy pocas falsedades. De todos modos, hay algunas. Dice, por ejemplo: «Me parece improbable que se dedique a hojear los escritos íntimos de su marido..., he decidido no seguir preocupándome por ello». Comprendí enseguida que su verdadero motivo era otro, como admitió más adelante: «Quizás en mi fuero interno haya aceptado que ella lo lea».

El hecho de que dejara caer la llave a propósito delante del florero, la mañana del 4 de enero, demuestra que quería que leyera su diario, y ahora confieso que yo lo leía desde hacía tiempo. La verdad es que no tenía por qué haberse tomado la molestia de tentarme. El 4 de enero decía yo: «Jamás lo leeré. No tengo el menor deseo de comprender su psicología, más allá de los límites que a mí misma me he fijado. No me gusta permitir que los demás sepan lo que pienso, y tampoco me interesa curiosear en lo que ellos piensan». Pero eso no era cierto, excepto cuando digo que no me gusta que los demás sepan lo que pienso. Poco después de nuestro matrimonio adquirí el hábito de curiosear en sus cuadernos íntimos. Por supuesto, decía la verdad al afirmar: «Hace largo tiempo que conozco la existencia del diario», aunque era una tontería decir que «jamás se me habría pasado por la cabeza abrir ese cuaderno».

Pero antes él se concentraba en lo que, para mí, eran aburridos asuntos académicos, y por ello me limitaba a hojear el cuaderno de vez en cuando, por la satisfacción de leer a sus espaldas lo que él escribía. Sin embargo, desde que él «decidió no preocuparse por eso», me he sentido atraída por su diario. Ya el 2 de enero, cuando él estaba fuera, dando un paseo, descubrí hasta qué punto habían cambiado sus anotaciones. Pero no fue tan sólo el hecho de que me gusta «fingir que no sé nada» lo que me hizo mantener el secreto. Me percaté de que eso era lo que él quería que hiciera.

Creo que era del todo sincero cuando me llamaba su «querida esposa». No tengo la menor duda acerca de su amor. Al principio también yo experimenté un amor apasionado por él. Es cierto que «la noche de bodas, al ver su cara sin las gafas de miope, sentí un escalofrío», aunque ahora pienso que «acepté a un hombre totalmente inadecuado para mí» y que «había ocasiones en las que me sentía mal con sólo verle». Todo eso es cierto, pero no significa que no le amara. Puesto que recibí «una rancia educación en Kioto», me casé con él «porque mis padres deseaban que lo hiciera, y durante los años transcurridos he creído que el matrimonio es siempre así». No tenía más alternativa que amarle. Él estaba en lo cierto al decir que yo daba gran importancia a mi «anticuada moralidad». Cada vez que empezaba a repugnarme, me avergonzaba de mí misma. Tenía la sensación de que me estaba comportando de una manera indigna con mis padres fallecidos, así como con él. Cuanto más le odiaba, tanto más intentaba amarle, y lo conseguía. Estimulada por el apetito sexual, no podía hacer otra cosa.

Mi único pesar era que él no me satisfacía plenamente. Pero, en vez de

considerarle débil, me avergonzaba de mi lujuria. Lamentaba la mengua de su vitalidad y, lejos de culparle, intentaba serle tanto más leal. Pero desde enero me he visto obligada a considerarle de un modo distinto. Aún no tengo claro por qué razón decidió «empezar a escribir libremente». Dijo que lo hacía por «la frustración de no tener jamás la oportunidad de hablarle acerca de nuestros problemas sexuales... debido a su extremada reticencia, su “refinamiento”, su “feminidad”, su presunto pudor». Él quería eliminar todo eso, pero ¿no había también otra razón? Creo que sí, aunque no doy con nada claro en su diario. Es posible que ni siquiera él comprendiera su verdadero motivo.

Sea como fuere, supe que «pocas mujeres tienen la adecuación física de la mía para el acto sexual». Aunque entonces anotó: «Quizá no debería mencionar esto, pues, como mínimo, podría perjudicarme». ¿Por qué decidió correr el riesgo? Dijo que tan sólo pensar en ello le hacía sentir celos, que le preocupaba lo que podría suceder «si otro hombre lo supiera». No obstante, lo mencionó ex profeso en su diario.

Por mi parte, entendí que esa actitud significaba que confiaba en que le daría motivos para dudar de mí. Y más adelante escribió: «He gozado de ello en secreto [de los celos]... Tales sentimientos siempre me han proporcionado un estímulo erótico y, en cierto sentido, son tan necesarios como agradables para mí» (13 de enero). Pero ya lo había colegido así tras leer la anotación de su diario correspondiente al día de Año Nuevo.

### *10 de junio*



El 8 de enero escribí: «Siento un profundo desagrado hacia mi marido, pero le amo casi con la misma intensidad. Por mucho que él me repugne, jamás me entregaré a otro hombre».

Durante veinte años me sentí obligada a reprimir la insatisfacción que me causaba mi marido. Ésa es la razón de que, a pesar de la educación confuciana que me dieron mis padres, me permitiera escribir cosas desagradables acerca de él. Pero, por encima de todo, había empezado a comprender que volverle celoso era la manera de hacerle feliz, y que ése era el deber de una «esposa modélica». Con todo, sólo había dicho: «Siento un profundo desagrado hacia mi marido», y entonces añadí esa frágil afirmación: «Jamás me entregaré a otro hombre». Es posible que amara ya a Kimura sin saberlo. Todo lo que hice, temerosa y de una manera indirecta, fue provocar los celos de mi marido. Y lo hice a regañadientes, impulsada por mi sentido del deber.

Pero mis sentimientos cambiaron cuando leí su anotación del día 13: «Estimulado por los celos, logré satisfacer a Ikuko... quiero que ella me vuelva loco de celos... no es que no deba existir un factor de riesgo, y, en realidad, cuanto mayor sea el peligro,

tanto mejor».

De repente mis pensamientos se dirigieron a Kimura. El día 7 mi marido había escrito: «[Aunque Ikuko] crea que tan sólo hace de carabina..., creo que en realidad ama a Kimura». Pero eso sólo me había repelido, me había hecho pensar que, al margen de lo que él dijese, yo no podía de ninguna manera ser tan inmoral. Ante aquella frase, «cuanto mayor sea el peligro, tanto mejor», cambié de idea. No estoy segura de si él lo dijo porque, incluso antes de que yo lo hiciera, se percató de que Kimura me gustaba, o si sus palabras fueron el acicate de mi interés. Incluso después de saber que me estaba enamorando de Kimura, seguí engañándome durante tanto tiempo como pude, diciéndome que lo hacía a regañadientes, en beneficio de mi marido. Sí, ya me estaba enamorando, pero me decía que tan sólo trataba de mostrar cierto interés por otro hombre.

La primera noche que perdí el conocimiento (el 28 de enero), ya no me fue posible explicar de ese modo mis sentimientos hacia Kimura, y lo único que pude hacer fue tratar de ocultar mi sufrimiento. Me pasé durmiendo la mañana del 30. Él escribió: «Claro que tal vez lo fingía». Desde luego, no fingía, aunque no puedo decir que permaneciese inconsciente durante todo aquel tiempo. Supongo que él acertaba al pensar que estaba semidespierta, pero en cuanto a si «deliraba de veras» cuando musité el nombre de Kimura, o si «sólo era un subterfugio», yo diría que estaba a medio camino de ambas cosas. Es cierto que «soñaba que estaba haciendo el amor con Kimura», pero en aquel momento tuve la vaga conciencia de que había pronunciado su nombre. ¡Qué vergüenza!, me dije. No obstante, aunque me azoraba que mi marido me oyera, también yo tenía la sensación de que eso era lo mejor que podía haber ocurrido.

Sin embargo, las cosas fueron diferentes la noche siguiente (la del día 30), aun cuando él anotó: «Volvió a pronunciar el nombre de Kimura... ¿Estaba teniendo el mismo sueño, la misma ilusión que la vez anterior?». Esa noche lo hice a propósito. No es que tuviera un objetivo claro, y es posible que, después de todo, me encontrara en un estado de ensoñación, pero esa nebulosidad me ayudó a acallar mi conciencia. «¿Debería yo interpretarlo, tal vez, como una especie de burla?», se preguntó él. Quizá tuviera razón. Intentaba decirle cuánto ansiaba estar en brazos de Kimura en lugar de en los suyos, y cuánto deseaba que él nos uniera a los dos. Eso es lo que quería que él comprendiera.

El 14 de febrero Kimura le habló a mi marido de la cámara Polaroid. «Pero ¿cómo ha adivinado que me satisfaría conocer esa cámara? Es algo que me deja perplejo». También a mí me intriga. No había adivinado que mi marido quería hacerme fotos desnuda. Aunque lo hubiera hecho, no le habría dicho tal cosa a Kimura. En aquel entonces él me llevaba a la cama, cuando estaba borracha, casi cada noche, pero nunca tuve una conversación en privado con él, ni mucho menos le conté nada de nuestra vida sexual. La verdad es que no existía otro tipo de relación, no tuve la oportunidad. Personalmente, me sentía inclinada a sospechar de Toshiko.



Ella es la única que pudo darle esa indicación.

El 9 de febrero mi hija pidió permiso para vivir sola, en Sekidencho, diciendo que quería tener un lugar tranquilo para estudiar. No era difícil imaginar que «un lugar tranquilo» significaba un lugar alejado del dormitorio de sus padres. Debía de haber atisbado una noche tras otra el espectáculo llamativamente iluminado, y a causa del rugido de la estufa nosotros no podíamos oír sus pasos.

Supongo que vio a mi marido desnudándose y haciendo toda clase de obscenidades, y también supongo que se lo contó a Kimura. Más adelante mis sospechas se confirmaron más o menos, pero por mi parte ya lo había conjeturado al leer la anotación de mi marido el día 14. Probablemente Toshiko sabía lo que ocurría, e informó de ello a Kimura, incluso antes de que yo lo supiera.

Pero ¿por qué Kimura le habló a mi marido de la cámara especial, como si le estimulara a que me fotografiase desnuda? Todavía no se lo he preguntado, pero quizá trataba de congraciarse con él. Además, debía de haber confiado en que algún día vería las fotos. Probablemente ése fue su principal motivo. Supongo que esperaba que mi marido pasara de la Polaroid a la Zeiss Ikon y le pidiera a él que se encargara del revelado.

El 19 de febrero escribí: «No puedo imaginar qué es lo que piensa Toshiko». Eso no era del todo cierto. Como he dicho, por entonces yo estaba segura de que ella le había contado a Kimura lo que sucedía en nuestro dormitorio, y comprendía también que mi hija estaba enamorada de él. Por esa razón «me guarda una hostilidad secreta». Es cierto que le preocupaba mi salud y que odiaba a su padre por obligarme «a satisfacer sus exigencias sexuales». Pero cuando vio que mi marido nos estaba uniendo a Kimura y a mí, y que nos aveníamos a su extraño capricho, Toshiko también empezó a odiarme. Lo sospeché muy pronto. Mi hija es astuta y sabe que «aunque tiene veinte años menos que yo, ni su cara ni su figura son tan atractivas como las mías». Como sabía que también Kimura se estaba enamorando de mí, decidió actuar como mediadora entre nosotros. Así, con tiempo por delante, podría idear un plan. Todo eso lo vi con claridad. Sin embargo, ni siquiera hoy estoy segura de hasta qué punto ella y Kimura se pusieron de acuerdo. Por ejemplo, no creo que ella se mudara a Sekidencho tan sólo para alejarse de casa: el hecho de que Kimura viviera cerca de allí debió de tener algo que ver con esa decisión. ¿Cuál de los dos tuvo la idea? Kimura dijo que ella había arreglado las cosas (él sólo siguió su iniciativa), pero no tengo la certeza de que fuera así. Me temo que todavía no confío en él.

En el fondo, yo estaba tan celosa de Toshiko como ella lo estaba de mí. Pero procuré que nadie más lo supiera, ni siquiera lo revelé en mi diario. Eso se debió en parte a mi sigilo natural, pero incluso en mayor medida a que me sentía superior a ella, y era una cuestión de orgullo. Sobre todo, temía que mi marido pudiera pensar de mí que tenía motivos para estar celosa, que pudiera tener la sospecha de que Kimura se interesaba por ella. Mi marido escribió: «Si yo estuviera en su lugar y

hubiera de decir cuál de las dos me parece más atractiva, no tengo la menor duda de que, a pesar de su edad, elegiría a la madre». No obstante, añadió: «Pero no sé qué pensará Kimura. Tal vez su verdadero propósito sea ganarse la voluntad de Toshiko».

Yo no quería refrescar esa clase de ideas, deseaba que mi marido creyera que Kimura estaba completamente enamorado de mí y dispuesto a cualquier sacrificio. De lo contrario, sus celos se habrían debilitado.

### *11 de junio*



El 27 de febrero mi marido decía: «¡Después de todo, yo tenía razón! Ikuko ha estado llevando un diario... tuve un primer atisbo de ello hace unos días...».

Estoy segura de que lo sabía desde mucho antes y lo leía a mis espaldas. Por supuesto, yo había escrito: «No cometeré el error de dejarle sospechar lo que me propongo». Pero mentía. Lo cierto era que deseaba que él lo leyera. Es verdad que también quería «hablar conmigo misma», pero ésa no era la verdadera razón por la que empecé a llevar un diario. Actuar de una manera tan sigilosa (utilizando papel de arroz y sellando el cuaderno con cinta adhesiva) no era más que mi manera natural de proceder. Aunque me ridiculizó por ello, él hacía lo mismo. Sabíamos que cada uno leía el diario del otro, y aun así levantábamos toda clase de barreras, sin más objeto que dificultar las cosas y volverlas cuanto más inciertas mejor. Preferíamos seguir con la duda, y no me importaban los inconvenientes, puesto que atendía a los gustos de ambos.

El 10 de abril mencioné su enfermedad por primera vez. «Quisiera saber si el diario de mi marido revela algo sobre su estado de salud... desde hace un mes por lo menos observo que le ocurre algo». En realidad, empezó a escribir sobre eso el 10 de marzo, pero creo que lo noté incluso antes, aunque fingí lo contrario. Temía preocuparle, sobre todo porque quizá tendría que enfrentarse al cese de su actividad sexual. Su salud me preocupaba, desde luego, pero la necesidad de satisfacer mi deseo parecía mucho más apremiante. Al utilizar a Kimura para provocarle celos, hice cuanto estaba en mi mano para ayudarle a olvidar el temor a la muerte.

Pero en abril mis sentimientos empezaron a cambiar lentamente. Durante todo marzo había escrito que defendía tenazmente la «última raya», y que hacía cuanto estaba en mi mano para convencer de ello a mi marido. En realidad, el 25 de marzo cayó la última defensa «delgada como una hoja de papel». Al día siguiente inventé una inofensiva conversación con Kimura y la anoté en el diario. Creo que fue a comienzos de abril, hacia el 4 o el 5, cuando tomé una decisión importante. Atraída por la inmoralidad, había ido cayendo cada vez más bajo, pero hasta entonces me había engañado a mí misma, diciéndome que lo hacía tan sólo porque no podía negarle a mi marido lo que quería. Me había dicho a mí misma que me comportaba

como una esposa leal, incluso desde un punto de vista moral anticuado. Pero entonces me quité la máscara del engaño y admití sinceramente que estaba enamorada de Kimura.

El 10 de abril escribí: «Mi marido no es el único con problemas de salud. Yo no estoy mucho mejor». Por supuesto, no estaba en absoluto enferma, y era otra cosa lo que ocupaba mi mente. Es cierto que «hace años, cuando Toshiko tenía unos diez, empecé a expulsar algo de sangre al toser, y el médico me advirtió que mostraba síntomas de tuberculosis», pero por suerte «resultó ser una afección benigna», y nunca he vuelto a tener síntomas desde entonces. En cuanto a mis afirmaciones de que «un día de febrero, como ya me sucediera en el pasado, escupí un poco de flema con motas escarlata que contenían un filamento de sangre», que «por la tarde me siento exhausta» y «a menudo el pecho me duele intensamente», y que temía que esta vez «empeore gradualmente»... todo eso fueron patentes mentiras. Trataba de atraerle hacia la sombra de la muerte. Quería hacerle creer que me estaba jugando la vida, y que él debería estar dispuesto a arriesgar la suya.

A partir de entonces escribí mi diario exclusivamente con esa finalidad. Pero no sólo me limité a escribir, sino que en ocasiones fingía los síntomas. Hice todo cuanto pude por excitarle, por mantenerlo agitado, por lograr que su presión arterial fuese cada vez más elevada. (Incluso después de la primera apoplejía seguí haciendo travesuras para mantenerle celoso). Mucho antes, Kimura me había dado a entender que mi marido parecía al borde del desplome. Para mí, y sin duda también para Toshiko, su opinión tenía más peso que la de cualquier médico.

Pero ¿cómo pude ir tan lejos, hasta el punto de llegar a intrigar contra la vida de mi marido? ¿Por qué se me ocurrió un pensamiento tan atroz? ¿Fue acaso porque cualquier persona, por apacible que fuese, si se viera sometida a la presión constante de una mente tan degenerada y viciosa como la de mi marido se pervertiría? Tal vez, en lo más hondo de mi ser, siempre había sido capaz de hacer una cosa así. Es algo en lo que debo meditar. Pero, después de todo, tengo la sensación de que le proporcioné la clase de felicidad que él deseaba.

Mis celos acerca de Toshiko y Kimura son todavía considerables. Ella dijo que nos había encontrado el hotel de Osaka, gracias a una amiga «mundana» que ella tenía, porque Kimura-san le preguntó si conocía algún sitio. ¿Fue eso realmente todo? Es posible que ella misma haya usado ese hotel con alguien, incluso que lo siga usando ahora.

Según el plan de Kimura, se casará con Toshiko cuando haya finalizado el período de duelo. Ella hará ese sacrificio para salvar las apariencias, y los tres viviremos juntos aquí. Eso es lo que él me dice...

•



JUN'ICHIRO TANIZAKI (Tokio, 1886 - Yugawara, 1965). Novelista y ensayista japonés. Fue colaborador de la revista *Literatura de Mita*, junto con Nagai Kafu, Satô Haruo y Kubota Mantaro, jóvenes escritores que, como él, rechazaban la escritura naturalista del grupo *Shirakaba*. Influido por Edgar Allan Poe, Oscar Wilde y el simbolismo francés, publicó su primer cuento, *Tatuaje* (o *El tatuador*, 1910). Con *Hay quien prefiere las ortigas* (1929), *Relato de un ciego* (1931) e *Historia de Shunkin* (1933), su estilo se acerca en mayor medida al realismo y a la cultura nipona clásica. De su obra posterior, fruto de la confrontación de lo tradicional y lo moderno en Japón, junto a cierta obsesión por lo erótico y sensual, cabe citar *Las hermanas Makioka* (1947), *La llave* (1956) y *Diario de un viejo loco* (1962). En el importante ensayo *El elogio de la sombra* (1933), efectúa un repaso crítico de las principales nociones estéticas de la cultura japonesa.